J.M.G. Le Clézio

EL PEZ DORADO



Laila, una niña marroquí, es raptada de su aldea en las montañas y vendida a los seis años a Lalla Asma, una anciana que la instruye y que se convierte en su abuela. Cuando, ocho años después, muere Lalla Asma, Laila huye y se refugia en un fondac, en realidad una casa de «princesas» que hacen las delicias de los hombres. Pero hasta allí, con fines dudosos, la persigue el hijo de Lalla Asma. Laila, atemorizada como un pececillo dorado, solo piensa en alejarse de esos hombres que la tratan con un sospechoso afecto. Tras esconderse unos meses en un barrio paupérrimo, se marcha a París ilegalmente con Huriya, una de las «princesas» del fondac. La gran metrópoli la fascina, aunque la condena a la más absoluta marginalidad. Rodeada de los personajes más variopintos, encuentra en la literatura su tabla de salvación, pero, solo tras un azaroso periplo, será la música la que la devolverá a sus raíces.

Jean-Marie Gustave Le Clézio

El pez dorado

Título original: *Poisson d'or*
Jean-Marie Gustave Le Clézio, 1997
Traducción: Mercedes Corral Corral

Quem vel ximimati.
In ti teucucuitla michin.

Oh, pez, pececillo dorado, ¡ten mucho cuidado!
Son muchas las redes y trampas que te tiende este mundo.

1

Cuando tenía seis o siete años, me raptaron. En realidad no me acuerdo muy bien de cómo fue, porque era demasiado pequeña y todo lo que he vivido después ha borrado ese recuerdo. Es más bien como un sueño, como una pesadilla lejana, terrible, que se me repite algunas noches y me deja alterada durante todo el día. Hay una calle blanca por el resplandor del sol, polvorienta y vacía, el cielo azul, el grito desgarrador de un pájaro negro y, de pronto, unas manos de hombre me arrojan al fondo de un gran saco y me ahogo.

Lalla Asma fue quien me compró.

Por eso no sé cuál es mi verdadero nombre, el que mi madre me puso al nacer, tampoco el de mi padre ni el del lugar donde nací. Lo único que sé es lo que me contó Lalla Asma: que llegué a su casa una noche y que por eso me llamó Laila, la Noche. Soy del sur, de muy lejos, tal vez de un pueblo que ya no exista. Antes de eso no recuerdo nada, solo esa calle polvorienta, el pájaro negro y el saco.

Después me quedé sorda de un oído. Fue mientras jugaba en la calle, delante de casa: una camioneta me dio un golpe y me rompió un hueso del oído izquierdo.

Me daba miedo la oscuridad, la noche. Recuerdo que algunas veces me despertaba y sentía que el miedo se deslizaba dentro de mí como una serpiente fría. Ni siquiera me atrevía a respirar. Entonces me metía en la cama de mi señora y me acurrucaba contra su espalda, para no ver ni oír nada. Estoy segura de que Lalla Asma se despertaba, pero no me echó de su lado ni una sola vez; por eso para mí era como si fuera mi abuela.

Durante mucho tiempo me dio miedo la calle. No me atrevía a salir del patio. Ni siquiera quería cruzar la gran puerta azul que daba a la calle, y, si trataban de sacarme afuera, gritaba y lloraba agarrándome a las paredes o corría a esconderme debajo de un mueble. Tenía unas migrañas terribles: la luz del cielo me desollaba los ojos y se me metía hasta dentro.

Incluso los ruidos de fuera me daban miedo. Me echaba a temblar cada vez que, en el barrio judío, el Mellah, oía un rumor de pasos en la callejuela, o una voz fuerte de hombre al otro lado de la pared. Pero me gustaban mucho los gritos de los pájaros al amanecer y los chirridos de los vencejos en primavera volando al ras de los tejados. En esta zona de la ciudad no hay cuervos, solo palomos y palomas. Y a veces, en primavera, algunas cigüeñas de paso que se posan encima de una tapia y hacen tabletear su pico.

Durante años no conocí otra cosa que el pequeño patio de la casa y la voz de Lalla Asma gritando mi nombre: «¡Laila!». Como he dicho antes, no sé cuál es mi verdadero nombre, pero me he acostumbrado al que me puso mi señora, como si fuera el que mi madre eligió para mí.

Pero también pienso que algún día alguien me llamará por mi verdadero nombre y que entonces me estremeceré y lo reconoceré.

Lalla Asma tampoco era el verdadero nombre de mi señora. Se llamaba Azzema y era judía española. Cuando estalló la guerra entre los judíos y los árabes, en el otro extremo del mundo, fue la única que no abandonó el Mellah. Se encerró detrás de la gran puerta azul y renunció a salir. Hasta que una noche llegué yo y todo cambió en su vida.

Yo la llamaba unas veces «señora» y otras «abuela», porque ella fue quien me enseñó a leer y a escribir en francés y en español, me inició en el cálculo y la geometría y me transmitió las bases de la religión —de la suya, en la que Dios no tiene nombre, y de la mía, en la que se llama Alá—. Me leía pasajes de sus libros sagrados y me enseñaba todo lo que no había que hacer, como soplar sobre lo que uno va a comer, poner el pan al revés o limpiarse las partes íntimas

con la mano derecha. Me decía que había que decir siempre la verdad y lavarse todos los días de pies a cabeza.

A cambio, yo trabajaba para ella de la mañana a la noche en el patio, barriendo, cortando leña para el brasero o haciendo la colada. Me gustaba mucho subir a la azotea a tender la ropa: desde allí veía la calle, las azoteas de las casas vecinas, la gente que pasaba, los coches, e incluso, entre pared y pared, un trozo del gran río azul. Desde allí arriba los ruidos me resultaban menos terribles. Me parecía estar fuera del alcance de todos.

Cuando me quedaba demasiado tiempo en la azotea, Lalla Asma gritaba mi nombre desde la gran habitación llena de almohadones de cuero en la que permanecía todo el día. Me daba un libro para que leyera o bien me hacía dictados y me preguntaba cosas de las lecciones anteriores. Como recompensa, me dejaba quedarme con ella en la sala y me ponía los discos de sus cantantes preferidos: Um Kalsum, Said Darwich, Hbiba Misika, y sobre todo Fayruz, con su voz grave y ronca, y la hermosa Fayruz Al Halabiyya, que canta *Ya Kudsu* y, cada vez que oía el nombre de Jerusalén, Lalla Asma se echaba a llorar.

Una vez al día, la gran puerta azul se abría y entraba una mujer morena y flaca que se llamaba Zohra y no tenía hijos. Era la nuera de Lalla Asma, que venía a cocinar un poco para su suegra y sobre todo a inspeccionar la casa. Lalla Asma decía que la inspeccionaba como si fuera un bien que heredaría algún día.

El hijo de Lalla Asma, Abel, venía con mucha menos frecuencia.

Era un hombre alto y fuerte y siempre iba vestido con un elegante traje gris. Era rico, dirigía una empresa de obras públicas, trabajaba incluso en el extranjero, en España y en Francia. Pero, por lo que contaba Lalla Asma, su mujer le obligaba a vivir con sus suegros, una gente insoportable y vanidosa que prefería la ciudad nueva, en la otra orilla del río. Siempre desconfié de él. Cuando era pequeña, me escondía detrás de las cortinas en cuanto lo veía llegar. Él se reía y decía:

—¡Qué salvaje!

Cuando me hice mayor, todavía me daba más miedo. Tenía una forma muy especial de mirarme, como si fuera un objeto que le perteneciera. Zohra también me daba miedo, pero de otra manera. Un día, al ver que no había barrido el polvo del patio, me pellizcó hasta hacerme sangre.

—¡Pordiosera, huérfana, ni siquiera sirves para barrer!

—¡No soy ninguna huérfana! —grité—, ¡Lalla Asma es mi abuela!

Se burló de mí, pero no se atrevió a perseguirme.

Lalla Asma siempre se ponía de mi parte. Pero estaba vieja y cansada. Tenía las piernas enormes y llenas de varices. Cuando estaba fatigada o se quejaba y yo le preguntaba: «¿Está usted enferma, abuela?», me hacía mantenerme muy recta delante de ella y, mientras me miraba, repetía un proverbio árabe que le gustaba mucho y que pronunciaba de una forma un poco solemne, como si tratara de traducirlo lo mejor posible al francés:

—La salud es una corona que llevan en la cabeza las personas sanas y que solo ven los enfermos.

Ahora ya casi no me obligaba a leer ni a estudiar, ya no se le ocurrían ideas para los dictados. Se pasaba casi todo el día en la sala vacía viendo la televisión, o bien me pedía que le trajera su cofre de joyas y sus cubiertos de plata. Una vez me enseñó un par de pendientes de oro y me dijo:

—Mira, Laila, estos pendientes serán para ti cuando yo me muera.

Y me los puso en los agujeros de las orejas. Eran unos pendientes viejos y desgastados en forma de media luna. Y cuando Lalla Asma me dijo que se llamaban Hilal, me pareció oír mi nombre, me imaginé que eran los pendientes que yo llevaba cuando había llegado al Mellah.

—Te sientan muy bien. Te pareces a Balkis, la reina de Saba.

Puse los pendientes en su mano y, tras cerrársela, se la besé.

—Gracias, abuela. Es usted muy buena conmigo.

—Vamos, vamos —me dijo con aspereza—, que todavía no me he muerto.

Yo no conocí al marido de Lalla Asma, solo sabía de él por una foto que ella conservaba encima de una cómoda de la sala, junto a un despertador parado. Tenía un aspecto muy severo e iba vestido de negro.

Era abogado y poseía mucho dinero, pero era muy infiel y, cuando se murió, lo único que le dejó a su mujer fue la casa del Mellah y un poco de dinero en el notario. Cuando llegué a la casa, él todavía vivía, pero no le recuerdo, porque era demasiado pequeña.

Yo tenía motivos para desconfiar de Abel.

Un día, cuando yo contaba once o doce años, Zohra, cosa rara, llevó a su suegra a que la viera un médico o a hacer unas compras, no recuerdo bien. Abel entró en la casa sin que yo me diera cuenta; debió de buscarme primero dentro; al final me encontró en el cuartito del fondo del patio, donde estaban las letrinas y el lavadero.

Era tan alto y tan fuerte que ocupaba toda la puerta y no pude escaparme. En cualquier caso estaba tan aterrorizada que era incapaz de moverme. Se me acercó y empezó a hacer unos gestos nerviosos, brutales. Tal vez me hablara, pero yo había vuelto la cabeza del lado del oído izquierdo para no oírle. Era alto y ancho de hombros, y su frente desnuda brillaba a la luz. Se arrodilló delante de mí y empezó a palparme la ropa y a tocarme los muslos y el sexo con sus manos endurecidas por el cemento. Eran como dos animales fríos y secos que se hubieran escondido debajo de mi ropa. Tenía tanto miedo, que oía el corazón latirme en la garganta. De pronto volví a revivirlo todo: la calle blanca, el saco, los golpes en la cabeza. Y luego unas manos que me tocaban, que se apoyaban en mi vientre, que me hacían daño. No sé cómo lo hice, creo que me oriné de miedo, como una perra, entonces me quitó las manos de encima y se apartó de mí, y yo conseguí deslizarme igual que un animal por detrás de él, atravesé el patio gritando y me encerré en el cuarto de baño, porque era el único sitio que se cerraba con llave. Esperé con

el corazón latiéndome desbocado y el oído bueno pegado a la puerta.

Le oí llegar y llamar a la puerta, primero suavemente, con las yemas de los dedos, después más fuerte, a base de puñetazos:

—¡Laila! ¡Ábreme! ¿Qué estás haciendo? ¡Abre, no te haré nada!

Luego debió de irse. Y yo me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la bañera de mármol que él había construido para su madre.

Después de mucho tiempo, oí voces detrás de la puerta, pero no entendía qué estaban diciendo. Volvieron a llamar, y esta vez reconocí la mano de Lalla Asma. Cuando abrí, debió de verme tan asustada que me estrechó entre sus brazos:

—¿Pero qué, te han hecho? ¿Qué te ha pasado? —Yo me apreté contra ella al pasar por delante de Zohra, pero no dije nada.

—¡Lo que la ocurre es que se ha vuelto loca! —gritó Zohra.

Lalla Asma no me hizo más preguntas, pero, a partir de ese día, no volvió a dejarme sola cuando Abel venía a casa.

Un día que estaba lavando unas legumbres en la cocina para la sopa de Lalla Asma oí de pronto un ruido muy fuerte dentro de la casa, como si algo muy pesado se hubiera caído al suelo y, a su paso, hubiera volcado una silla. Acudí corriendo y vi a la anciana tirada en el terrazo a todo lo largo. Pensé que estaba muerta, y ya iba a salir corriendo para esconderme en algún sitio cuando de pronto la oí gemir y gruñir. Solo se había desmayado. Al caer, se había golpeado la cabeza contra la esquina de una silla y de su sien manaba un poco de sangre negra.

Temblaba de forma convulsiva y tenía los ojos en blanco. Yo no sabía qué hacer. Al cabo de un momento me acerqué a ella y le toqué la cara. Su mejilla estaba flácida y fría. Pero ella respiraba con fuerza alzando su pecho, y el aire, al salir, hacía temblequear sus labios con un extraño gorgoteo, como si roncara.

—¡Lalla Asma! ¡Lalla Asma! —le murmuré al oído. Estaba segura de que podía oírme desde donde estaba, aunque no pudiera hablar. Veía el ligero temblor de sus párpados entreabiertos sobre sus ojos blancos, y sabía que me estaba oyendo—. ¡Lalla Asma, no se muera!

En esto vino Zohra, pero yo estaba tan concentrada en oír la lenta respiración de Lalla Asma que no la sentí llegar.

—Idiota, bruja, ¿qué haces aquí?

Me tiró tan violentamente de la manga que me rompió el vestido.

—¡Ve a buscar al doctor! ¿No ves que mi madre está en las últimas? —Era la primera vez que se refería a Lalla Asma llamándole madre. Al ver que yo permanecía petrificada en el umbral de la puerta, se quitó una zapatilla y me la tiró—. ¡Vete de una vez! ¿A qué esperas?

Entonces atravesé el patio, empujé la pesada puerta azul y me eché a correr por la calle sin saber adónde iba. Era la primera vez que salía afuera. No tenía ni idea de dónde podría encontrar un doctor. Lo único que sabía es que Lalla Asma iba a morirse por culpa mía, porque no iba a encontrar a nadie que la salvara. Continué corriendo a lo largo de las callejuelas silenciosas. Hacía mucho calor, el cielo estaba despejado y las paredes de las casas muy blancas.

Fui de una calle a otra, hasta que al final llegué a un lugar desde donde se veía el río y, más lejos todavía, el mar y las velas de los barcos.

Era tan bonito que se me quitó todo el miedo. Me detuve a la sombra de un muro y miré todo lo que pude. Era el mismo panorama que se veía desde la azotea de Lalla Asma, pero mucho más vasto. Abajo, en la carretera, había muchos coches, camiones y autocares. Debía de ser la hora en que los niños volvían a la escuela por la tarde; caminaban por la carretera con sus carteras o sus libros sujetos con una goma; las niñas con las faldas azules y las camisas muy blancas, los niños un poco peor vestidos y con la cabeza rapada.

Era como si me hubiera despertado de un sueño muy largo.

Cuando pasaban cerca de mí, me parecía oírles reír y bromear.

Pensándolo bien, debía de tener un aspecto muy raro con mi vestido con la manga desgarrada y mis cabellos demasiado largos y rizados, como si viniera de otro mundo. A la sombra del muro, debía de tener mucho más aspecto de bruja.

Tomé una calle al azar, siguiendo la misma dirección que los colegiales, y después otra llena de gente en la que había un mercado con unas lonas extendidas al sol. En la entrada de una casa había un anciano trabajando en un puesto de tablones de madera; estaba sentado en el suelo, junto a una especie de mesa baja, completamente rodeado de babuchas. Con un martillito de cobre introducía unos clavos muy finos en una suela. Me quedé mirándole y él me preguntó:

—¿Quieres una *belra*? —Veía perfectamente que yo iba descalza —. ¿Qué quieres? ¿Acaso eres muda?

Al final, conseguí decir:

—Estoy buscando un doctor para mi abuela.

Primero se lo dije en francés, pero después, al ver que no me entendía, se lo repetí en árabe.

—¿Qué le pasa?

—Se ha caído. Se va a morir.

Yo misma me asombraba de estar tan tranquila.

—Aquí no hay ningún doctor. Pero puedes ir a buscar a la señora Jamila al fondac, allí. Es partera, tal vez pueda hacer algo.

Salí corriendo en la dirección que me señalaba. El zapatero se quedó inmóvil, con su martillito de cobre levantado. Me gritó algo que no entendí, pero que hizo reír a la gente.

La señora Jamila vivía en una casa inimaginable. Era un hotel en ruinas con los muros de adobe y una puerta cuyos batientes llevaban abiertos tanto tiempo que ya no podían cerrarse, bloqueados por el fango y los escombros. De la fachada, unos trozos de revoque mostraban que la casa había sido rosa en otra época. En

ella sobresalían unas ventanas de madera y unos balcones carcomidos. A pesar de mi aprensión, entré en el patio.

El interior de la casa de Lalla Asma era un mundo organizado, riguroso, de una limpieza excesiva, y yo había pensado que todos los patios eran así. Pero allí, dentro del fondac, había un caos enorme. Se veía a gente dormitando por todas partes, a la sombra de los tejadillos o debajo de unas acacias secas. Había cabras, perros, niños, braseros que se consumían completamente solos, y, aquí y allá, montones de basura en la que escarbaban unas cuantas gallinas viejas que parecían buitres. Junto a los muros, todo alrededor del patio, los vendedores ambulantes habían amontonado sus fardos al abrigo de los tejadillos y, para vigilarlos mejor, se habían tumbado encima. Yo ni siquiera sabía lo que era un hotel.

Mientras atravesaba lentamente el patio, sin saber qué dirección tomar, alguien me llamó con grandes gestos desde lo alto de la galería interior.

Deslumbrada por el sol, escruté en la sombra de la galería y oí que alguien me decía:

—¿Qué estás buscando?

Al final vi a una mujer algo mayor vestida con una larga túnica de color turquesa. Fumaba apoyada en la barandilla y me miraba. Cuando le contesté que estaba buscando a la señora Jamila, me hizo un gesto con la mano y me dijo:

—Sube, la escalera está al fondo del patio, delante de ti. —Al ver que no la había entendido, me gritó—: Espérame.

Me condujo a través de una gran habitación oscura donde había más fardos y gente descansando. Unos viejos jugaban al dominó en una mesa baja, con un gran narguilé a su lado. Nadie parecía prestarme atención.

En lo alto de la escalera, la galería estaba iluminada por los rayos de sol que entraban por las ventanas sin postigos. En el piso de arriba vivían unas mujeres muy raras. Algunas parecían jóvenes y otras eran de la edad de Zohra o mayores que ella. Eran gordas, tenían la tez clara, los cabellos enrojecidos por la henna, los labios

maquillados y muy oscuros, y los ojos pintados con khol. Fumaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, delante de las puertas de las habitaciones. El humo de sus cigarrillos salía de la galería en sombra y bailaba al sol.

—Voy a buscar a la señora Jamila.

Yo me quedé en lo alto de la escalera, con un pie apoyado en el suelo del primer piso. Creo que solo el miedo de volver sin el doctor a casa de Lalla Asma me impidió salir corriendo. Las mujeres me rodearon.

Hablaban muy alto y se reían. El humo de los cigarrillos llenaba el aire de un olor dulzón y embriagador.

Me acariciaban los cabellos, me los tocaban como si nunca hubieran visto nada parecido. Una de ellas, una mujer con las manos largas y finas y el cuello lleno de collares, empezó a hacerme trenzas entrelazando mis cabellos con un hilo rojo. No me atrevía a moverme.

—Mirad qué guapa está, ¡parece una verdadera princesa!

Yo no entendía lo que decía. Me preguntaba si esas mujeres tan hermosas, con todas sus joyas y sus maquillajes, no estarían burlándose de mí, si no irían a pellizcarme y a tirarme del pelo de un momento a otro. Hablaban muy deprisa, en voz baja, y debido a mi oído enfermo yo no captaba todas sus palabras.

Luego llegó la señora Jamila. Me la había imaginado alta y fuerte y con cara de pocos amigos, pero no, era una mujer bajita y endeble con los cabellos cortos y vestida a la europea. Me observó un instante.

Apartó a las mujeres y, como si se hubiera dado cuenta de mi problema de oído, se me acercó a la cara y me dijo lentamente:

—¿Qué quieres?

—Mi abuela se está muriendo. Tiene que venir a verla a su casa.

Dudó durante un momento y luego dijo:

—Tienes razón, yo estoy aquí para eso, para ocuparme de los niños y de las abuelas que se están muriendo.

Caminaba a grandes pasos y yo la seguía casi corriendo por las callejuelas. Sin la señora Jamila jamás hubiera conseguido encontrar el camino de vuelta, pero ella sabía dónde vivía Lalla Asma.

Cuando llegamos a casa, yo tenía el corazón en un puño. Pensaba que durante todo ese tiempo Lalla Asma se habría muerto y que oiría los chillidos de su nuera. Pero Lalla Asma seguía viva. Estaba sentada como siempre en su sillón, con los pies apoyados en una silla. Solo tenía un poco de sangre seca en la sien, en la zona donde se había golpeado al caer.

Al verme, la mirada de Lalla Asma se iluminó. Todavía temblaba un poco. Me apretó con fuerza las manos. Yo veía que quería hablar y que no lo conseguía. No sabía que me quisiera tanto, y de pronto me entraron ganas de llorar.

—No se mueva, abuela. Voy a prepararle un té como a usted le gusta.

Después vi a la señora Jamila en el umbral de la sala. Lalla Asma no estaba muriéndose, así que ya no necesitaba a nadie. Además, yo sabía que no le gustaba que hubiera gente extraña en su casa. De modo que le dije a la señora Jamila:

—Ahora ya está mejor. Ya no la necesita.

La acompañé hasta la puerta y quise pagarle la visita con los dirhams que me daban por hacer las tareas de la casa, pero ella se negó.

Luego, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Tal vez tengas que ir a buscar a un doctor de verdad. Se le ha roto algo dentro de la cabeza, por eso se ha caído.

—¿Volverá a hablar? —le pregunté.

La señora Jamila meneó la cabeza y dijo:

—Nunca volverá a ser la misma de antes. Algún día se caerá otra vez y ya no se recuperará. Pero tú deberás quedarte con ella hasta que exhale su último suspiro. —Luego repitió esa misma frase en árabe—: *Kherjat er rohe*.

Zorha regresó un poco después. Pero no le dije nada de la señora Jamila. Si se hubiera enterado de que solo había podido traer a una

partera de un viejo fondac, me habría abofeteado. Le mentí:

—El doctor dice que se pondrá mejor y que la semana próxima volverá a visitarla.

—¿Y las medicinas? ¿No le ha dado ninguna medicina?

Sacudí la cabeza.

—Dice que no es nada, que volverá a ser la de antes.

Zohra le gritó a Lalla Asma en el oído, como si estuviera hablando con una sorda:

—¿Lo ha oído, madre? El doctor ha dicho que se pondrá bien.

Pero como Lalla Asma a veces no le dirigía la palabra durante meses, Zorha no se dio cuenta de nada. Cuando se fue, ayudé a Lalla Asma a ir caminando hasta su cama. Tenía una forma muy graciosa de andar, daba saltitos como un mirlo. Y su mirada verde se había vuelto transparente, triste, lejana.

De pronto, me dio miedo de lo que un día pasaría. Hasta entonces nunca me había planteado qué sería de mí cuando Lalla Asma ya no estuviera. Había pensado que al estar en esa casa, rodeada por esos muros tan altos, tras la puerta azul, adivinando tan solo la ciudad desde la azotea en la que tendía la ropa, nunca podría ocurrirme nada malo.

Miré el rostro viejo y abotargado de mi señora, donde los ojos eran dos hendiduras sin color, y sus escasos cabellos, blancos bajo la henna, y le dije:

—Abuela, abuela, ¿verdad que nunca me abandonará? —Las lágrimas me caían por las mejillas, ya no podía detenerlas—. ¿Verdad que nunca me dejará, abuela? —Estoy segura de que me oyó, porque vi sus párpados moverse y sus labios temblar. Entonces puse mis manos entre las suyas para que me las apretara muy fuerte y añadí—: Yo me ocuparé de usted, abuela, no dejaré que nadie se le acerque, y menos Zohra. Yo le prepararé su té y le daré de comer, iré a buscarle su pan y sus legumbres. Ahora ya no me da miedo salir fuera, ya no necesitaremos para nada a Zohra.

Mientras hablaba, seguían cayéndome las lágrimas. Puedo decir que era la primera vez que lloraba, yo que nunca había llorado por

nada, ni siquiera cuando Zohra me pellizcaba hasta hacerme sangre.

Pero Lalla Asma no volvió a ser la misma de antes. Al contrario, cada día que pasaba estaba más desmejorada. Ya no comía. Cuando trataba de hacerle beber, el té frío le chorreaba por las comisuras de la boca y le empapaba la ropa. Tenía los labios agrietados, resquebrajados.

Su piel, de color arena, estaba cada vez más seca. Y debo decir que se hacía sus necesidades encima, ella que había sido siempre tan limpia y meticulosa. Pero yo la cambiaba de ropa enseguida para que Zohra y Abel no la vieran en ese estado. Estoy segura de que ella se avergonzaba, de que se daba cuenta de todo. Cuando Zohra entraba en la sala, fruncía la nariz y preguntaba:

—¿Por qué huele tan mal? —Yo le decía que estaban haciendo obras en la casa de al lado, que estaban vaciando el pozo negro. Zohra miraba con un gesto de perplejidad a Lalla Asma y me gruñía —: Eso es porque no limpias bien, mira qué desordenado lo tienes todo.

Y yo, para que no se diera cuenta de nada, peinaba a Lalla Asma por la mañana, le daba colorete en las mejillas y le ponía manteca de cacao en los labios. Después colocaba la bandeja de cobre junto a ella, encima de la mesa, con la tetera y los vasos, y echaba un poco de té azucarado en los vasos para que pareciera que Lalla Asma se lo había bebido.

No me separaba de ella. Por las noches me tumbaba a los pies de su cama, envuelta en una colcha. Me acuerdo de que había mosquitos y que me pasaba toda la noche oyéndoles zumbar al lado de mi oreja. Por la mañana, me daba la vuelta para dormir un poco. Olvidaba la respiración dolorosa de Lalla Asma, soñaba que nos íbamos, que tomábamos por fin el famoso barco del que ella me hablaba siempre y que pasábamos de Melilla a Málaga, e incluso más lejos, hasta Francia.

Una noche, la cosa empeoró. De pronto me di cuenta de que Lalla Asma estaba ahogándose. Su respiración sonaba como un fuelle y, al final de cada espiración, se oía como un ruido de

burbujas. Yo permanecía inmóvil en el suelo, sin atreverme a hacer un solo movimiento. La habitación estaba completamente a oscuras; fuera, en el patio, había una luna muy pequeña. Esperaba, quería que se hiciera de día. Pensaba: en cuanto salga el sol, Lalla Asma se despertará y dejará de roncar y de ahogarse con su ruido de burbujas.

Pero, al amanecer, la que me quedé dormida por el cansancio fui yo. Quizá Lalla se muriera en ese momento y por eso pudiera por fin dormirme.

Cuando me desperté, ya era de día. Zohra estaba al lado de la cama llorando. De pronto me vio y su boca se torció en un gesto de ira. Me golpeó con todo lo que encontró a mano, con una toalla, con unas revistas; después se quitó la zapatilla para pegarme con ella y yo hui al patio. Me gritaba:

—¡Miserable, bruja! ¡Mi madre ha muerto y tú sigues durmiendo tranquilamente! ¡Eres una asesina!

Me escondí en la cocina, debajo de una mesa, como cuando era pequeña. Temblaba de miedo. Por suerte, en ese momento llegó una vecina que había oído los gritos. Después llegó Abel y los dos calmaron a Zohra, que blandía un cuchillo en la mano como si quisiera matarme y seguía gritando:

—¡Bruja! ¡Asesina! —La hicieron sentarse en el patio y le dieron un vaso de agua.

Me deslicé fuera de la cocina y atravesé el patio a cuatro patas, a lo largo de la sombra muro. Desgreñada y descalza como estaba, y con el vestido con el que había dormido arrugado de arriba abajo, en verdad debía de tener el aspecto de una asesina.

Conseguí escabullirme por la gran puerta azul que se había quedado entreabierta y me eché a correr por la calle, como el día que había ido a buscar a la partera. Tenía mucho miedo de que me atraparan y me metieran en la cárcel por haber dejado morir a Lalla Asma.

Y así fue como abandoné definitivamente la casa del Mellah. No tenía ni un real, iba descalza y vestida con mi ropa vieja, y ni

siquiera tenía el par de pendientes de oro en forma de media luna que Lalla Asma me había prometido que me dejaría al morir. Me sentía todavía más desposeída que el día en que los ladrones de niños me habían vendido a Lalla Asma.

2

El fondac era muy diferente a todo lo que había conocido hasta entonces.

Era una casa abierta a todo el mundo y situada en una calle muy concurrida llena de camionetas, de coches y de motocicletas. El mercado, un gran edificio de cemento, estaba a dos pasos; en él podía encontrarse de todo, desde carne y legumbres hasta babuchas, alfombras y cubos de plástico.

Después de dejar la casa de Lalla Asma no sabía adónde ir. Lo único que sabía es que tenía que esconderme en algún sitio donde Zohra y Abel nunca pudieran encontrarme, ni aunque mandaran a la policía a buscarme. Correteaba por las calles en sombra, iba pegada a las paredes como un gato perdido. En mi cabeza resonaban los gritos de Zohra:

«¡Bruja! ¡Asesina!». Estaba segura de que, si me atrapaba, haría que me metieran en la cárcel. Sin darme cuenta, llegué hasta la calle donde había buscado un doctor para Lalla Asma. Cuando reconocí el edificio del fondac, con su gran puerta de dos batientes abierta de par en par, el corazón me dio un brinco de alegría. Estaba segura de que Zohra nunca me encontraría allí.

La señora Jamila no estaba. La habían llamado para que fuera a atender una urgencia. Me senté prudentemente en la galería, con la espalda apoyada en la pared, y la esperé junto a su puerta.

La primera vez que había estado allí iba con mucha prisa y no había tenido tiempo de ver lo que pasaba en el edificio. Ahora me fijaba en todo: en la gente que entraba y salía sin cesar del patio, en

los vendedores ambulantes vestidos con harapos y cargados como mulos, en los mercaderes que depositaban sus fardos bajo las arcadas. Había vendedores de legumbres, vendedores de dátiles y muchachos que llevaban extraños cargamentos en sus bicicletas, como cajas de cartón llenas de juguetes de plástico, casetes de música, relojes y gafas de sol. Yo conocía todas sus mercancías, porque muchas veces venían a llamar a la puerta de Lalla Asma, y como ella no podía salir de compras, les hacía desembalar sus artículos en el patio y les compraba cosas que no necesitaba para nada, como, por ejemplo, plumas estilográficas y jaboncillos, lo que hacía enfurecer a su nuera:

—Madre, ¿para qué quieres eso?

Lalla Asma movía la cabeza:

—Tal vez algún día me alegre de haberlo comprado.

Nunca pensé que fuera a encontrar a los vendedores callejeros en ese patio.

En el primer piso vivían las jóvenes que había visto la primera vez.

Eran tan guapas y tan elegantes que yo, en mi ingenuidad, pensaba que eran princesas. Como era muy temprano, todavía estaban durmiendo en sus habitaciones, tras las grandes puertas entornadas.

Escudriñando a través de la rendija de una de las puertas, vi a una de las princesas acostada en una cama muy grande. Al cabo de un momento la distinguí: estaba completamente desnuda encima de las sábanas y los cabellos le cubrían el rostro; me asombró ver su vientre tan blanco y su pubis depilado. Era la primera vez que veía algo así. Lalla Asma no me llevaba nunca a los baños y, salvo en los últimos tiempos, nunca había querido que la viera desnuda. Por otra parte, mi cuerpo delgado y negro no se parecía en absoluto a esa carne tan blanca y a ese sexo dormido. Creo que retrocedí un poco asustada y con las palmas de las manos llenas de sudor.

Esperé durante mucho tiempo en la galería, observando el ir y venir de los vendedores por el patio. No había comido nada desde la

víspera, estaba hambrienta y muerta de sed.

Abajo, en el patio, había un pozo, y bajo las arcadas había visto un fardo de frutos secos que los gorriones se acercaban a picotear. Bajé por las escaleras hasta el fardo. Me avergonzaba un poco de mí misma, porque Lalla Asma siempre me había dicho que no había nada peor que robar a otra persona, no tanto por lo que pudieras quitarle, sino por el engaño que suponía. Pero yo tenía mucha hambre y las hermosas lecciones de Lalla Asma ya quedaban muy lejos.

Me acuclillé junto al saco abierto y me puse a comer dátiles, higos secos y pasas que saqué de un embalaje de plástico. Creo que me hubiera comido casi todo lo que había en el fardo si el propietario de la mercancía no hubiera llegado silenciosamente por detrás y me hubiera atrapado. Con la mano derecha me agarraba por los cabellos y con la otra me daba correazos: «¡Negra, ladrona! ¡Te vas a enterar de cómo me las gasto yo con la gente de tu calaña!». Recuerdo que lo que más me mortificaba no era el hecho de que me hubiera pillado con las manos en la masa, sino la forma en que me agarraba de los cabellos y me llamaba «¡*Sauda*!». Porque era algo que nunca me habían llamado, ni siquiera Zohra cuando se enfurecía conmigo, pues sabía que Lalla Asma no lo hubiera permitido.

Me debatí y, para que me soltara, le mordí hasta hacerle sangre. Le planté cara y le grité:

—¡No soy ninguna ladrona! ¡Le pagaré lo que me he comido!

Justo en ese momento llegó la señora Jamila; las princesas se asomaron al balcón y empezaron a meterse con el vendedor ambulante y a dirigirle unos insultos que yo nunca había oído hasta entonces. Incluso una de ellas, al no encontrar un proyectil mejor, iba lanzándole moneditas de diez o veinte céntimos a la vez que le gritaba:

—¡Toma, ahí tienes tu dinero, ladrón, hijo de perra!

Y él, completamente alelado, retrocedía bajo las burlas de las mujeres y la lluvia de moneditas; hasta que la señora Jamila me asió

de un brazo y me llevó con ella al primer piso. Creo que yo todavía llevaba pasas en las manos, que no había soltado ni siquiera cuando el vendedor me había agarrado por los cabellos y me había azotado con su correa.

No sé si fue por la acumulación de todo lo que me había pasado en los últimos tiempos, con Lalla Asma que se había caído al suelo y Zohra que me había echado de la casa robándome los pendientes que me pertenecían, el caso es que de pronto me entró mucho miedo y me puse a llorar tan fuerte que no conseguía subir los peldaños de la escalera. Y la señora Jamila, que solo era un poco más alta que yo, me tomó en sus brazos como si fuera un bebé y me subió hasta arriba repitiéndome al oído: «Mi niña, mi niña», y yo lloraba todavía más por haber perdido a mi abuela y haber encontrado una madre, todo en el mismo día.

En lo alto de la escalera, las princesas (porque así era como las llamaba yo para mis adentros, incluso cuando comprendí que no eran precisamente unas princesas) me esperaban con miles de caricias y demostraciones de afecto. Me preguntaron cómo me llamaba y se repitieron mi nombre unas a otras: Laila, Laila. Me trajeron un té muy cargado y unas pastas con miel y me comí todas las que pude. Después me llevaron a una habitación grande y sombría y me prepararon una cama en el suelo con unos almohadones. A pesar del guirigay que había en el hotel me quedé dormida enseguida, acunada por la música de un aparato de radio que sonaba en el patio. Así fue como entré en la vida de la señora Jamila, la partera, y de sus seis princesas.

3

Mi vida en el fondac se organizó de una forma muy tranquila; puedo decir sin exagerar que fue el periodo más feliz de mi existencia.

No tenía ninguna obligación, ningún problema, y encontraba en la señora Jamila y sus princesas todo el beneplácito y el afecto que hasta entonces me habían faltado.

Cuando tenía hambre, comía, cuando tenía sueño, dormía, y cuando quería salir (cosa que me sucedía constantemente), salía, sin tener que pedir permiso a nadie. La total libertad de la que gozaba en el fondac era la misma que la de las mujeres con las que compartía mi existencia.

Ellas no tenían horarios, por lo tanto eran felices. Me habían adoptado como si fuera su hija, o más bien como si fuera su muñeca o su hermana pequeña; la señora Jamila me llamaba «Hijita» y Fátima, Zubeida, Aicha, Selima, Huriya y Tagadirt me llamaban «Hermanita». Pero Tagadirt a veces también me llamaba «Hijita»; a decir verdad, por la edad que tenía hubiera podido ser perfectamente mi madre. Yo dormía por turno en cada una de las habitaciones que las princesas ocupaban de dos en dos, salvo Tagadirt, que tenía para ella sola la gran habitación sin ventanas en la que yo había dormido la primera vez. La señora Jamila tenía su apartamento en el otro extremo de la galería, con una ventana que daba a la calle. A veces, dormía también allí, pero con menos frecuencia, porque la señora Jamila alojaba a menudo en su consultorio a las mujeres que tenían algún problema con el hijo que esperaban. Cuando recibía a alguna paciente, yo sabía que no debía

llamar a su puerta. Esos días, la señora Jamila cerraba la puerta con pestillo y yo veía a través de las cortinas el candil que dejaba encendido en el gabinete. Era una señal que yo había comprendido enseguida.

Las princesas me querían mucho. Me mandaban a hacer recados, me encargaban sus asuntos. Iba a buscarles té al patio, les compraba pasteles y cigarrillos en el mercado y les llevaba las cartas a la oficina de correos. Algunas veces me pedían que las acompañara de compras a la ciudad, no para que les llevara las bolsas (para eso siempre tenían algún chiquillo), sino para que las ayudara a comprar, para que discutiera el precio. Lalla Asma me había enseñado a comprar y a regatear con los vendedores ambulantes que llamaban a su puerta, y yo había aprendido muy bien sus lecciones.

A Zubeida le encantaba ir conmigo al mercado de las telas. Era alta y delgada, tenía la piel blanca como la leche y los cabellos negros como el jade. Escogía una tela de algodón para un vestido o una colcha, se envolvía con ella, se paseaba a la luz del sol y me preguntaba:

—¿Qué tal me sienta?

Yo, después de reflexionar un poco, le respondía muy seria:

—Bien, pero estarías mejor con una tela azul oscuro.

Los mercaderes me conocían. Sabían que siempre les discutía el precio, como si fuera yo la que pagaba. No podían engañarme sobre la calidad de sus artículos. Era algo que también había aprendido de Lalla Asma. Un día impedí que Fátima se comprara un colgante de oro con una piedra turquesa.

—Mira, Fátima, no es una piedra auténtica, es un trozo de metal pintado —le dije haciéndola tintinear contra mis dientes—. ¿Lo ves? Está hueca.

El vendedor se enfureció, pero Fátima le puso en su sitio:

—Cállate. Mi hermanita siempre dice la verdad. Y da gracias de que no te denuncie al juez.

A partir de ese día, las princesas redoblaron sus atenciones conmigo. Contaban mis hazañas a todo el mundo, ahora incluso los vendedores ambulantes del fondac me saludaban con respeto. A veces me pedían que interviniera ante Fulana o Mengana e intentaban comprarme haciéndome regalos, pero yo no era ninguna tonta. Aceptaba los caramelos y los pasteles y les decía a Fátima o a Zubeida: «No te fíes de él. No es una persona honrada».

La señora Jamila estaba al tanto de todo lo que ocurría. No hablaba nunca de ello, pero yo veía perfectamente que no estaba nada contenta.

Cuando salía a hacer algún recado, o cuando alguna de las princesas me llevaba a la calle con ella, Jamila me seguía con la mirada. Le decía a Fátima: «¿Te la llevas por ahí?», como un reproche. A veces intentaba retenerme poniéndome deberes de caligrafía, de cálculo y de ciencias naturales. Quería enseñarme a escribir en árabe para que llegara a ser alguien en la vida.

Pero yo no prestaba demasiada atención a lo que ella trataba de decirme. Me sentía ebria de libertad, había vivido encerrada demasiado tiempo. Estaba dispuesta a escaparme si alguien intentaba retenerme.

Todavía hoy me cuesta creer que las princesas no fueran princesas.

Me lo pasaba muy bien con ellas, sobre todo con Zubeida y Selima, que eran las más jóvenes. No tenían ninguna preocupación, siempre estaban riéndose. Provenían de pueblos de la montaña, de los que se habían escapado. Vivían rodeadas de un torbellino de hombres, se subían en los bonitos coches americanos con los que venían a buscarlas a la puerta del fondac. Me acuerdo que una noche vino un hombre en un coche negro muy grande con los cristales ahumados y dos banderas de color verde, blanco, rojo y negro en las aletas. Tagadirt me dijo:

—Es un hombre rico y poderoso.

Yo intenté ver el interior del coche, pero los cristales oscuros no dejaban transparentar nada.

—¿Es un rey? —le pregunté.

—Es alguien tan importante como un rey —me respondió Tagadirt muy seria.

Me gustaba mucho el rostro de Tagadirt. Ya no era joven, tenía unas arrugas muy marcadas en los rabillos de los ojos, como si siempre estuviera sonriendo, la piel tan oscura como la mía, casi negra, y unos pequeños tatuajes en la frente. Iba con ella dos veces a la semana a los baños, que estaban en la orilla del estuario, cerca de un embarcadero.

Tagadirt me daba una toalla muy grande, metía sus cosas en una bolsa y nos marchábamos juntas. En la época en que vivía con Lalla Asma jamás hubiera podido imaginarme que existiera un lugar así, ni tampoco que algún día me desnudaría delante de otras mujeres.

Tagadirt no tenía ningún pudor. Se paseaba por delante de mí completamente en cueros, se frotaba el cuerpo con piedra pómez y se friccionaba con unos guantes de crin. Tenía los pechos grandes y los pezones violeta, y, en el vientre y las caderas, la piel le formaba pliegues.

Se depilaba con cuidado el pubis, las axilas y las piernas. A su lado yo parecía una negrita enclenque, pero, aun así, me tapaba con una toalla mis partes íntimas.

Tagadirt me pedía que le masajeara la espalda y la nuca con el aceite de coco que compraba en el mercado y que despedía un empalagoso olor a vainilla. En los grandes baños comunes, las nubes de vapor se deslizaban sobre los cuerpos y había un gran alboroto de voces, gritos y exclamaciones. Unos chiquillos completamente desnudos corrían chillando junto a la bañera de agua caliente. Todo aquello me mareaba, me revolvía el estómago.

—Continúa, Laila. Tienes las manos fuertes, me sienta muy bien.

Yo no sabía si me gustaba todo aquello, pero continuaba haciendo penetrar el aceite en la piel de la espalda de Tagadirt y respirando el olor a vainilla y a sudor. Después, para despabilarme, Tagadirt me salpicaba con agua fría y se reía al verme escapar con todos los pelos de mi cuerpo erizados.

Me había convertido en la mascota del fondac. Tal vez esa fuera la razón por la que la señora Jamila no estaba contenta. Debía de pensar que las princesas me mimaban y me adulaban demasiado y que quizás eso me estropeara el carácter.

A fuerza de oír a aquellas mujeres extasiarse conmigo a lo largo del día: «¡Ah, qué guapa es!», y de disfrazarme a su antojo, yo acababa creyéndomelo. Me prestaba vanidosamente a sus caprichos. Me emperifollaban con vestidos largos, me pintaban las uñas de rojo, me ponían carmín en los labios y me maquillaban los ojos con khol. Selima, que era de origen sudanés, se encargaba de peinarme. Me dividía los cabellos en pequeños mechones y me los trenzaba con hilo rojo o con perlas de colores. O bien me los lavaba con jabón de coco para que se me quedaran tan secos e hinchados como la melena de un león. Me decía que lo mejor que yo tenía eran la frente y las cejas, maravillosamente largas y arqueadas, y mi ojos almendrados. Tal vez me lo dijera porque me parecía a ella.

Tagadirt me hacía dibujos en las manos con henna, o bien trazaba sobre mi frente y mejillas los mismos signos que ella llevaba, utilizando una pajita mojada en hollín. Me enseñaba a tocar la *darbuka* y a bailar en su habitación. En cuanto las demás mujeres oían el sonido de los bongos, acudían corriendo y yo bailaba para ellas, con los pies desnudos y girando sobre mí misma hasta el vértigo.

Con estas chiquilladas se me pasaba la mayor parte de la tarde. Por la noche, las princesas me despedían para recibir a sus visitas, o bien me iba a la habitación de las princesas que salían en coche. La señora Jamila me lavaba con la punta de una toalla mojada: «¡Hay que ver cómo te han puesto! Están locas». Con mis cabellos hirsutos, el khol emborronado y el carmín corrido, debía de parecer una muñeca mal hecha, y la señora Jamila no podía por menos de reírse de mí. Me quedaba dormida acunada por el torbellino de recuerdos de esos días tan largos, tan largos que no conseguía acordarme de cómo habían empezado.

Huriya era mi preferida. Era la más joven y la última que había venido al fondac. Había llegado solo unos días antes que yo. Era de un pueblo beréber del sur. Había estado casada con un hombre muy rico de Tánger que le pegaba y la poseía a la fuerza. Un día había metido sus cosas en una maletita y se había escapado. Tagadirt la había recogido en una calle de los alrededores de la estación y la había traído al fondac para que pudiera esconderse y escapar de los enviados de su marido. La señora Jamila no se fiaba. La había aceptado, pero a condición de que se fuera en cuanto el peligro hubiera pasado. No quería problemas con la policía.

Huriya era bajita y delgada, casi parecía una niña. Nos hicimos amigas enseguida, me llevaba con ella a todas partes, incluso a los restaurantes y a los locales nocturnos. Me presentaba a sus amigos como su hermana pequeña. «Es Ukhti, mi hermana. ¿A qué se parece a mí?»

Tenía un rostro bello y armonioso, unas cejas perfectamente delineadas y los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida. Yo nunca le preguntaba de dónde sacaba el dinero. Pensaba que le hacían regalos porque sabía bailar y cantar, porque era guapa. No sabía nada de lo que en realidad era, solo un oficio, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Vivía como un animalito doméstico, me parecía bien todo lo que me gustaba y halagaba, y mal todo lo que era peligroso y me daba miedo, como Abel, que me miraba como si quisiera comerme, o como Zohra, que hacía que la policía me buscara diciendo que yo había robado a su suegra.

Lo que más miedo me daba era la soledad. A veces revivía en sueños lo que me había sucedido hacía mucho tiempo, cuando me habían raptado. Veía una calle muy blanca y oía el chillido del pájaro negro. O bien oía el ruido del hueso que me había crujido en la cabeza cuando el camión me había golpeado.

Entonces me metía en la cama de Huriya y me apretaba muy fuerte contra ella; me agarraba a su espalda como si fuera a

desmayarme. Ella fue la primera que me habló de mis orígenes. Cuando le expliqué cómo eran los pendientes que Zohra me había robado, me dijo que mi tribu, los hilal, las gentes de la media luna, vivían al otro lado de las montañas, en la orilla de un gran río desecado. Y yo soñaba que iba a ese pueblo, que entraba en la calle, y que al final de ella estaba mi madre esperándome.

Pero Huriya no se quedó mucho tiempo en el fondac. Una mañana se marchó. No fue por culpa de su marido, sino por culpa mía.

La noche anterior yo había ido con Huriya y sus amigos a un restaurante que había junto al mar. Habíamos viajado durante mucho tiempo en medio de la oscuridad hasta llegar a una playa grande y vacía.

Yo iba sentada en la parte de atrás del Mercedes, al lado de la puerta, y Huriya en el medio, con un hombre. En los asientos de delante iban dos hombres y una mujer rubia. Hablaban muy fuerte en un idioma que yo no comprendía, creo que era ruso. Me acuerdo perfectamente del hombre que conducía: era alto y fuerte como Abel, con una abundante cabellera y una barba negra. Me acuerdo también de que tenía un ojo azul y otro negro. Llegamos a un restaurante de lujo, con una especie de antorchas que iluminaban la arena de la playa, y unos camareros vestidos de blanco. Me pasé toda la velada mirando el mar de color negro, las luces de los barcos de pesca que regresaban a puerto y los destellos de un faro a lo lejos. La mujer rubia hablaba y se reía muy alto, y los hombres rodeaban a Huriya. El viento entraba por la ventanilla abierta y se llevaba el humo de los cigarrillos. Yo había bebido vino a escondidas, pues el chófer del Mercedes me había hecho beber de su copa un vino muy dulce y azucarado que quemaba la garganta. Me hablaba en francés con un acento extraño y algo pesado. Estaba tan cansada que me quedé dormida en una banqueta, cerca de la ventana.

Me desperté en el asiento de atrás del coche. El chófer estaba inclinado sobre mí, veía sus rizados cabellos iluminados por la luz del restaurante. Al principio no me di demasiada cuenta de lo que

pasaba, pero cuando me metió la mano por debajo del vestido reaccioné. Estaba borracha, tenía ganas de vomitar. Aun así, me puse a gritar de miedo, y cuando el chófer intentó taparme la boca, le mordí la mano. Gritaba, le arañaba y le mordía.

Huriya acudió de inmediato. Estaba todavía más furiosa que yo, tiró del hombre hacia atrás y empezó a darle puñetazos y a insultarle. Él trataba de responderle al mismo tiempo que retrocedía. Entonces Huriya tomó del suelo una piedra muy grande y, si los demás no hubieran venido en ese momento, estoy segura de que lo habría matado. Siguió llorando, y yo con ella. El chófer se refugió al otro lado del coche y se encendió un cigarrillo, como si no hubiera pasado nada. Al cabo de un momento, Huriya se tranquilizó y pudimos regresar en el coche. El chófer conducía sin mirarnos, con su cigarrillo en la boca, y ya nadie decía nada, ni siquiera la rusa.

El Mercedes nos dejó en Suikha y regresamos caminando hasta el fondac. En la calle todavía había mucha gente, creo que era un sábado por la noche. El paseo de los enamorados debía de estar abarrotado, con una pareja debajo de cada magnolio. Huriya compró dos vasos de té y unos pasteles. Las dos estábamos muy débiles y temblábamos, como si hubiéramos tenido un accidente. No me habló de lo que había pasado, solo comentó una vez: «Ese hijo de perra me dijo: "Déjala dormir, la cuidaré como un padre"».

La señora Jamila se enteró de lo que había pasado en la playa, pero no necesitó decirle a Huriya que se fuera, porque, a la mañana siguiente, ella misma tomó su maleta, la que llevaba cuando Tagadirt se la había encontrado vagando cerca de la estación, y se fue sin dar ninguna explicación. Quizá regresara a Tánger, junto a su marido. No volví a saber nada de ella durante meses; me entristeció mucho que se fuera, porque realmente era como una hermana para mí.

Después de eso, la señora Jamila trató de impedir que saliera con las demás princesas, pero con Huriya me había acostumbrado a la libertad y a hacer lo que me viniera en gana. Con Aicha y Selima adquirí otra costumbre, la de robar.

Empecé a hacerlo con Selima. Cuando recibía a su amigo en el fondac o iba con él a los restaurantes, yo siempre la acompañaba. Me quedaba en un rincón, agazapada junto a la puerta como un animal, y esperaba el momento oportuno. El amigo de Selima era francés y creo que daba clases de geografía en un liceo, o por lo menos algo igual de serio. Era un señor muy elegante, vestía un traje de franela gris con chaleco y unos relucientes zapatos negros.

Siempre hacía lo mismo con Selima: primero la llevaba a comer a un restaurante de la ciudad vieja y luego volvían al fondac y se instalaban en la habitación sin ventana. Me traía caramelos y a veces me daba algunas monedas. Yo me quedaba sentada delante de la puerta, como un perro guardián. Esperaba a que estuvieran ocupados y luego entraba a cuatro patas en la habitación. No me interesaba lo que Selima hacía con el francés. Me deslizaba en la penumbra hasta la cama y rebuscaba en las ropas del profesor. Era un hombre muy cuidadoso; siempre dejaba su pantalón doblado y su chaqueta colgada en el respaldo de una silla.

Deslizaba mis dedos en los bolsillos, como unos animalitos ágiles, y tomaba todo lo que encontraba: un reloj de bolsillo, una alianza de oro, un monedero repleto de billetes de banco y de monedas, o una bonita pluma estilográfica con incrustaciones de oro. Después me llevaba el botín a la galería para examinarlo a la luz del día y escogía algunos billetes y algunas monedas; de vez en cuando, si me gustaba algún objeto me lo quedaba, como, por ejemplo, unos gemelos de nácar o una pluma estilográfica.

Creo que el profesor acabó sospechando algo, porque un día me regaló una pulsera de plata dentro de una cajita y, al dármela, me dijo:

«Esto es realmente tuyo». Era un hombre muy amable; me avergonzaba de lo que había hecho y al mismo tiempo no podía dejar de volver a las andadas. No lo hacía por maldad, sino por juego. Excepto para comprar regalos a Selima, a Aicha, o a las demás princesas, no necesitaba el dinero para nada.

Después seguí robando con Aicha. La acompañaba al centro de la ciudad, entrábamos juntas en las tiendas y, mientras ella compraba golosinas, yo me llenaba los bolsillos con todo lo que pillaba: bombones, latas de sardinas, galletas o pasas. En cuanto salía a la calle, estaba atenta a la menor oportunidad que se me presentara. Ya ni siquiera necesitaba ir con ella. Yo era bajita y negra, sabía que la gente no se fijaba en mí. Era invisible. Pero en el mercado no tenía nada que hacer. Los vendedores me habían descubierto, sentía sus ojos acechando cada uno de mis gestos.

Entonces me iba con Aicha muy lejos, hasta el barrio del Ocean, donde había bonitas casas con jardín, edificios nuevos y parques.

Mientras Aicha se paseaba por los centros comerciales, yo me iba al cementerio a ver el mar.

Allí me sentía segura. Era un lugar tranquilo y silencioso, en él no había el bullicio de la ciudad. Parecía como si desde siempre me hubiese pertenecido. Me sentaba encima de las losas, respiraba el olor a miel de los cactus con flores rosas y tocaba con la palma de la mano la tierra de alrededor de las tumbas.

En ese lugar podía hablar con Lalla Asma. No sabía dónde la habían enterrado. Era judía, por lo tanto, era imposible que hubiera acabado en medio de los musulmanes. Sin embargo, yo sentía que en el cementerio estaba muy cerca de ella, que podía oírme. Le contaba mi vida. No todo, solo algunas partes, no quería entrar en detalles. «Abuela, no estará orgullosa de mí. Usted que siempre me dijo que había que respetar los bienes ajenos y decir la verdad, aquí me tiene, convertida en la ladrona y en la mentirosa más grande del mundo».

Me entristecía tener que decirle esas cosas a Lalla Asma.

Derramaba alguna que otra lágrima, pero el viento me las secaba enseguida. Era todo tan bonito en ese lugar: los montículos cubiertos de florecillas rosas, las losas blancas de las tumbas sin nombre con los versículos del Corán medio borrados y el mar azul a lo lejos. Recuerdo las gaviotas suspendidas en el cielo, deslizándose en el viento, clavándome sus ojos rojos y malignos. En el cementerio

había muchas ardillas. Parecían salir de las tumbas. Vivían con los muertos, tal vez royeran los dientes de estos como si fueran nueces.

La muerte no me daba ningún miedo. El hecho de haber visto a Lalla Asma tirada en el suelo de la sala, roncando y gorgoteando, me había hecho pensar que la muerte era como un sueño profundo. No era precisamente a los muertos a quienes había que temer en el cementerio.

Un día apareció por allí un distinguido anciano con una barba blanca. Debía de llevar espiándome desde hacía un buen rato: estaba de pie delante de una tumba, como si acabara de salir de ella. Al ver que lo miraba, se metió la mano por debajo de la túnica, se la levantó y me enseñó su sexo, con un glande brillante y violáceo como una berenjena.

Tal vez pensara que yo me iba a asustar y que iba a salir gritando. Pero en el fondac yo veía a hombres desnudos casi todos los días, y oía las bromas de las princesas a propósito del sexo de los hombres, que, por lo general, consideraban más bien mediocre.

Así que me limité a tirarle una piedra y a huir entre las tumbas, mientras él me insultaba y tropezaba con sus babuchas tratando de seguirme.

—¡Bruja!

—¡Viejo verde!

Aquel día aprendí que no había que fiarse de las apariencias, y que un anciano con una túnica blanca y una bonita barba puede que solo fuera un viejo verde.

El barrio del Ocean era perfecto para robar. Tenía unas tiendas muy bonitas para la gente rica en las que vendían cosas imposibles de encontrar en la zona del mercado de la ciudad vieja. En Suikha solo había un tipo de galletas y de chicles, y las únicas bebidas que se podían comprar eran Fanta de naranja o Pepsi-cola. En cambio, en las tiendas del Ocean había botellas de zumo con las marcas escritas en japonés, en chino o en alemán, zumos con sabores nuevos,

desconocidos, a tamarindo, a tangerina, a fruta de la pasión o a guayaba. Vendían cigarrillos de todos los países, incluso unos negros con la boquilla dorada que yo compraba para Aicha, y chocolate suizo que birlaba de los muestrarios.

Entraba en las tiendas detrás de Aicha, me daba una vuelta por ellas y volvía a salir con los bolsillos llenos. Los dependientes no me conocían, no desconfiaban de mí. Con mi vestido azul de cuello blanco, una cinta blanca en el cabello y mis ojos cándidos, parecía una niña de lo más formal. Pensaban que era nueva en el barrio y que acompañaba a mi madre, que trabajaba en las casas con jardín. Me daba cuenta de que había mucha gente que no había aprendido la lección tan deprisa como yo, se creían de buenas a primeras lo que veían, lo que les decían, lo que les hacían creer. Yo, en cambio, a los catorce años era más lista que un demonio, según me decía Tagadirt. Quizá tuviera razón. Tagadirt se pasaba la vida peleándose con Selima y Aicha y llamándoles alcahuetas.

Yo no tenía sentido alguno de la medida o de la autoridad. Durante esa época de mi vida fue cuando se formó mi carácter, cuando me volví incapaz de someterme a cualquier tipo de disciplina, me acostumbré a hacer solo lo que me venía en gana y mi mirada se endureció.

La señora Jamila se daba cuenta de todo, pero no estaba acostumbrada a tratar con niños; aunque, de alguna manera, las princesas eran un poco como sus hijas. Para evitar que siguiera por el mal camino, intentó matricularme en una escuela. Pero yo no hablaba lo suficientemente bien el árabe como para poder entrar en una escuela municipal, y era demasiado mayor para entrar en una escuela extranjera.

Además, no tenía ningún papel que acreditara mi identidad. Al final decidió matricularme en una academia, una especie de pensionado donde una mujer enjuta y áspera que se llamaba señorita Rosa tenía bajo su tutela a una docena de chicas difíciles. En realidad, era más bien un correccional. La señorita Rosa era una

exmonja francesa que vivía con un hombre más joven que ella que se ocupaba de la gestión y de las cuentas.

La mayoría de las chicas tenían un pasado mucho más difícil que el mío. Algunas se habían escapado de sus casas o habían tenido amantes, y a otras las habían prometido en matrimonio y sus familias las habían encerrado para estar seguras del desenlace. En comparación con ellas, yo era libre y despreocupada, no le temía a nada. Solo estuve algunos meses con la señorita Rosa.

La base de la educación en el pensionado consistía en tener ocupadas a las chicas cosiendo o planchando y en leer libros de moral.

La señorita Rosa impartía algunas clases de francés, y su guapo gestor, más avaricioso todavía, de aritmética y de geometría.

Cuando les describía a las princesas la esclavitud en la que vivían aquellas chicas, obligadas a barrer y a fregar el suelo del pensionado o a quemarse los dedos con las planchas y las asas de las cacerolas, se indignaban. En cuanto a mí, no estaba dispuesta a hacer ningún bordado ni ningún trabajo de la casa. Si lo había hecho en otra época para Lalla Asma, era porque era mi abuela y le debía la vida. Me negaba a agradar a una solterona a la que, además, había que pagar. Me limitaba a quedarme sentada en mi silla, escuchar las lecciones de la señorita Rosa, que leía con su voz ronca «La Cigarra y la Hormiga» o el «Sueño del jaguar». No aprendí casi nada con ella, pero empecé a valorar mi libertad y me prometí a mí misma que, pasara lo que pasara, jamás dejaría que nadie me la quitara.

Al final de aquel semestre en el pensionado, la señorita Rosa vino en persona al fondac, probablemente para ver el ambiente que había creado a un monstruo como yo. La señora Jamila estaba fuera, de modo que Selima, Aicha y Zubeida fueron quienes la recibieron en la galería, ataviadas con sus largas batas de muselina color pastel y los ojos pintados con khol. «Somos sus tías», le dijeron. Y, ante el asombro de la señorita Rosa, que no podía dar crédito a lo que veía

ni a lo que oía, empezaron a hablarle muy mal de mí: yo era una mentirosa, una ladrona, una respondona y una perezosa y, si me quedaba con ella, sería capaz de hacer huir a todas sus alumnas o de prender fuego al pensionado con una plancha. Así fue como consiguieron que me echaran del pensionado.

Debo confesar que me dio un poco de pena, sobre todo porque la señora Jamila había invertido mucho dinero en mi educación, pero yo no podía quedarme encerrada en aquella cárcel solo para agradarle.

De esa forma, interrumpida durante unos meses, volví a recuperar mi libertad, los paseos por el Suikha, el barrio rico del Ocean y el gran cementerio junto al mar. Pero mi felicidad duró muy poco. Una mañana que volvía de una de mis correrías con los bolsillos llenos de bagatelas para mis princesas, dos hombres vestidos con traje gris me atraparon a la entrada del fondac. No me dio tiempo de gritar ni de pedir socorro. Me agarraron cada uno por un brazo, me levantaron y me metieron en una camioneta azul con las ventanillas enrejadas. Era como si todo volviera a empezar, de nuevo me sentía paralizada por el miedo. Veía la calle blanca cerrarse de nuevo y el cielo desaparecer. Hecha un ovillo en el fondo de la camioneta, las manos en las orejas y los ojos cerrados, me hallaba otra vez en el gran saco negro que me engullía.

4

No sabía qué me estaba pasando, pero más tarde lo comprendí. La policía de Zohra me había tendido una trampa: me había seguido por todas las tiendas en las que yo había robado y luego me había detenido.

Comparecí ante un juez de menores, un hombre muy tranquilo que hablaba en un tono demasiado bajo para mí. Yo contesté que sí a todas sus preguntas y le parecí sumisa. Pero luego, cuando empezó a interrogarme sobre lo que hacían la señora Jamila y las princesas en el fondac y ver que no le contestaba, se encolerizó, aunque siempre con mucha suavidad. Rompía el lápiz que sujetaba entre los dedos y me miraba, como si quisiera hacerme comprender que a mí también podía romperme con un solo gesto. Me interrogó durante varios días y luego volvió a enviarme a la habitación con las ventanas enrejadas. Era una especie de internado o de anejo de hospital.

Después me entregó a Zohra. Si me hubiera dejado escoger entre Zohra y la prisión, hubiera elegido la prisión, pero no me dejó elegir.

Zohra y Abel Azzema vivían ahora en un edificio nuevo situado en las afueras de la ciudad, en medio de unos jardines muy grandes. Habían vendido la casa del Mellah y Zohra había aceptado dejar a sus padres para irse a vivir a aquel barrio de lujo.

Al principio fueron muy amables conmigo. Era como si hubieran decidido olvidar todos sus reproches, todo el pasado, y empezar de cero.

Quizá también tuvieran miedo de la señora Jamila y se sintieran observados.

Pero muy pronto las cosas volvieron a ser como antes. Después de algún tiempo, Zohra volvió a portarse mal conmigo. Me pegaba y me gritaba que no servía para nada. Se enfurecía con el menor pretexto: porque yo había roto una taza azul, porque no había lavado las lentejas, porque había dejado mis huellas en el suelo de la cocina.

No me dejaba salir de casa. Decía que el juez había dictado una orden que me prohibía frecuentar malas compañías. Cuando tenía que salir, me encerraba con llave dentro de casa, con un montón de ropa para planchar. Un día, chamusqué ligeramente el cuello de una camisa de Abel, y, para castigarme, me quemó la mano con la plancha. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas, pero apretaba los dientes con todas mis fuerzas para no gritar. Era como si alguien me apretara con las manos la garganta y no me dejara respirar; estuve a punto de desmayarme. Todavía hoy conservo en el dorso de la mano un pequeño triángulo blanco que nunca desaparecerá.

Pensaba que iba a morirme. Apenas me daban de comer. Zohra cocía arroz para su perrito, un *Shih Tzu* de pelo largo y blanco tirando a amarillento, y me ponía un poco de ese arroz regado con caldo de gallina.

Me daba de comer menos que a su perrito. De vez en cuando birlaba alguna fruta de la cocina. Me moría de miedo pensando en lo que podría pasar si llegaba a enterarse. Tenía las piernas y los brazos llenos de moretones a causa de sus correazos. Pero pasaba tanta hambre que seguía robando azúcar, galletas y fruta de la alacena de la cocina.

Un día, Zohra había invitado a comer a unos franceses que se apellidaban Delahaye. Había comprado para ellos un hermoso racimo de uvas negras en el supermercado del Ocean. Mientras comían los entremeses, yo esperaba en la cocina picoteando las uvas. De pronto me di cuenta de que había acabado con todas las uvas de la parte de abajo del racimo. Entonces, para que no descubrieran mi

delito, coloqué unas cuantas bolitas de papel debajo del racimo de forma que pareciera bien grueso en el plato. Sabía que antes o después se darían cuenta, pero me daba igual. Las uvas eran suaves y azucaradas y sabían como a miel.

Al final de la comida llevé el racimo a la mesa, y los invitados pidieron a Zohra que me permitiera quedarme. Le decían: «Su pequeña protegida».

Zohra ponía caritas. Me había obligado a quitarme mis harapos y a ponerme el vestido azul de cuello blanco que llevaba en casa de Lalla Asma. Me venía un poco corto y estrecho, pero Zohra me había dejado la cremallera abierta y me había puesto un delantal encima. Además, había adelgazado mucho.

«¡Es encantadora, es preciosa! Enhorabuena». Los franceses parecían muy amables. El señor Delahaye tenía unos ojos azules muy luminosos, que resaltaban en su rostro bronceado. Su mujer era rubia y tenía la piel un poco roja, pero todavía bastante lozana. Me hubiera gustado pedirles que me llevaran con ellos, que me adoptaran, pero no sabía cómo decírselo. Quería que leyeran la desesperación en mi mirada, que se dieran cuenta de todo.

Sobra decir que, en el momento de tomar el postre, Zohra descubrió la parte de abajo del racimo, que me había comido completamente, y las bolitas de papel. Gritó mi nombre. Los extremos de los tallos sin granos parecían pelos erizados. Incluso el racimo parecía avergonzado.

—No la regañe, es solo una niña. ¿Quién de nosotros no ha hecho algo así cuando era pequeño? —dijo la señora Delahaye. Mientras tanto, su marido reía abiertamente, y Abel esbozaba una vaga sonrisa.

Zohra no hizo el paripé de reírse, se limitó a dirigirme una mirada penetrante y, cuando los franceses se marcharon, fue a buscar el cinturón de cuero con la gran hebilla:

—¡Un correazo por cada uva! ¡*Chuma*! —Me azotó hasta hacerme sangre.

Gracias a los Delahaye, pude salir de casa. La señora Delahaye llamó por teléfono a Zohra y le dijo:

—Querida, présteme un poco a su protegida, usted sabe que necesito a alguien que me ayude con la casa; de esa forma podría ganarse un poco de dinero para sus gastos. —Al principio Zohra se negó poniendo varios pretextos, pero la señora Delahaye le amonestó riendo—: ¡Espero que no la esté secuestrando!

Zohra tuvo miedo, le pareció percibir una amenaza en aquella broma y me dejó ir. Al principio una vez a la semana y luego dos.

Los Delahaye vivían en el barrio del Ocean en una casa de alquiler muy bonita. Se la había pintado y restaurado la empresa de Abel. Era un sitio muy tranquilo, con un jardín en el que había naranjos, limoneros, setos de adelfas y pájaros. En la casa de los Delahaye me sentía muy bien. Me parecía recuperar la paz que había conocido de pequeña en el Mellah, cuando el mundo se reducía al patio blanco de la casa de Lalla Asma.

Juliette Delahaye era muy amable conmigo. Cuando llegaba a su casa, hacia las dos de la tarde, me servía un té y unas galletitas que sacaba de una caja de metal roja muy bonita. Debía de intuir que yo no comía lo suficiente en casa de Zohra por la forma en que me abalanzaba sobre los dulces. Creo que estaba al tanto de mi pasado, pero no hacía ningún comentario. Cada vez que yo tenía que pasar el trapo del polvo por su cuarto, dejaba todas sus joyas encima de la cómoda, y también unas copitas de plata llenas de monedas. Pero yo sabía que lo hacía para ponerme a prueba y me guardaba mucho de tocarlas. Después, ella contaba las monedas y, por la alegría de su voz, se notaba que estaba muy contenta de que no faltara ninguna. Pero mientras ella hacía eso, yo aprovechaba para meter la mano en los bolsillos de la chaqueta de su marido, colgada en el perchero del vestíbulo.

El señor Delahaye era un hombre algo mayor, con una gran nariz y unas gafas que hacían que sus ojos azules parecieran más grandes.

Siempre iba muy elegante, con su traje gris oscuro y sus zapatos de cuero negro resplandecientes. En otros tiempos había sido alguien muy importante, creo que embajador o ministro. A mí me impresionaba mucho, sobre todo cuando me llamaba «pequeña» o «señorita». Nadie me había hablado antes así. Me tuteaba, pero nunca me daba caramelos ni dinero. Le apasionaba la fotografía. Tenía fotos por toda la casa, en los pasillos, en la sala, en los dormitorios e incluso en los cuartos de baño.

Un día me invitó a su estudio. Era un caserón sin ventanas situado al fondo del jardín, que antes de que él lo habilitara debía de haber hecho las veces de garaje. Allí era donde hacía sus fotos y las revelaba.

Lo que más me llamó la atención fueron las fotos de su mujer que tenía puestas en las paredes. Debían de ser unas fotos antiguas, pues se la veía muy joven. En unas aparecía desnuda, con unas flores prendidas en los cabellos rubios, y, en otras, con un bañador en la playa. Debía de habérselas hecho en otro país, en una isla lejana, pues se veían unas palmeras, una arena muy blanca y un mar de color turquesa. Me dijo cómo se llamaba el sitio, creo que Manureva o algo así. En la pared también había colgada una cosa muy rara de cuero negro con unos clavos de cobre. Al principio pensé que era un arma, una especie de honda o un bozal, pero al mirar las fotos comprobé con asombro que era el taparrabos de la señora Delahaye y que su marido lo había colgado allí como si fuera un trofeo.

Yo estaba acostumbrada a ver mujeres desnudas de cuando iba a los baños con Tagadirt o de cuando Aicha o Fátima se paseaban por el dormitorio. Sin embargo, me dio vergüenza ver esas fotos en las que la señora Delahaye aparecía sin nada de ropa. En una de ellas se la veía tumbada completamente desnuda en una terraza, tomando el sol, y, en su bajo vientre, su pubis tenía la forma de una mancha triangular grande y negra que contrastaba con el color de sus cabellos. El señor Delahaye me observaba por detrás de sus

gafas con una ligera sonrisa. Pensé que aquello también era una prueba y disimulé mi vergüenza. Tanto era mi deseo de gustarle.

Volví varias veces al estudio. El señor Delahaye me enseñaba la técnica del revelado, a asir la copia con unas pinzas y colgarla de un hilo para dejarla secar. Me gustaba mucho ver cómo iban apareciendo los rostros en las cubetas, poco a poco, volviéndose cada vez más oscuros.

Había rostros de mujeres y de niños y escenas callejeras. Y también chicas en extrañas poses, con los vestidos abiertos, los hombros desnudos y los cabellos alborotados.

El señor Delahaye me decía que yo era muy inteligente, que estaba muy dotada para la fotografía. Le hablaba de mí con entusiasmo a la señora Delahaye, le comentaba que tenían que matricularme en alguna academia de fotografía, que ese podría ser mi oficio. Yo miraba a esa mujer tan distinguida y trataba de borrar de mi cabeza el trozo de cuero negro claveteado colgado en la pared del estudio. Me decía a mí misma que eso no tenía ninguna importancia, que seguramente ni se acordaban, que para ellos debía de ser lo mismo que tener un sombrero colgado de un clavo.

Una tarde muy calurosa de principios de verano, después de acabar mis tareas, fui como de costumbre al estudio para revelar algunas copias.

El señor Delahaye había colgado su chaqueta en una percha y estaba en mangas de camisa. No había encendido la luz roja. Me miró de una forma muy rara y me dijo como dándolo por hecho: «Hoy me apetece fotografiarte». Yo no quería que me fotografiara. Nunca me ha gustado.

Recuerdo que Lalla Asma decía que no había que dejarse fotografiar porque desgastaba el rostro.

Pero al mismo tiempo me sentía halagada de que un hombre como el señor Delahaye quisiera hacerme fotos a mí, a una niña negra.

Encendió sus lamparillas y colocó un taburete delante de una gran sábana blanca que había clavado en la pared. Estaba todo preparado, debía de tenerlo pensado desde hacía mucho tiempo. Tenía una expresión muy seria y su frente brillaba de sudor al calor de las lámparas.

Me hizo sentarme en el taburete, con el cuerpo bien erguido.

Después empezó a hacerme fotos con una máquina apoyada en un trípode en la que brillaba una lucecita roja. Oía el ruido del obturador. Y también me parecía oír el sonido de su respiración de asmático. Me sucedía algo muy extraño. Él no me daba ningún miedo, y, sin embargo, el corazón me latía muy deprisa, como si estuviera haciendo algo prohibido, peligroso.

Se detuvo. Le parecía que yo no estaba bien peinada. O mejor dicho, le parecía que no tenía los cabellos lo bastante despeinados. Me hizo quitarme la cinta que Zohra me obligaba a ponerme, me mojó los cabellos con agua fría y me los ahuecó con un secador de pelo Babyliss.

Notaba el aire caliente en mi nuca y, al mismo tiempo, el agua fría que me caía por el cuello y me mojaba el vestido. Ahora el señor Delahaye estaba realmente muy extraño, se parecía a Abel cuando me había arrinconado en el lavadero del patio de Lalla Asma. Sudaba, tenía la mirada brillante, escudriñadora, y el blanco de sus ojos un poco rojo. Yo pensaba que su mujer podía llegar de un momento a otro y que era eso lo que le preocupaba. En un determinado momento abrió la puerta, se asomó fuera y luego volvió a cerrarla con llave. Era curioso que todos, desde la señora Jamila hasta la señorita Rosa y Zohra, quisieran encerrarme con llave. A partir de ese momento empecé a sentirme mal.

El corazón me latía demasiado deprisa y tenía toda la espalda llena de sudor.

El señor Delahaye empezó otra vez a hacerme fotos. Me dijo algo a propósito de mi vestido, algo así como que no me pegaba. Quería algo que estuviera más acorde con mi rostro, algo más salvaje, más bárbaro, más animal. Me desabrochó el vestido y me lo escotó.

Notaba sus manos en mi cuello, en mis hombros. Sentía su respiración y trataba de apartarme de él. Sin embargo, él seguía moviéndome el torso, como si buscara un gesto, una pose. Yo debía de tener los ojos llenos de ira, porque de pronto retrocedió y me hizo una serie de fotos repitiendo: «¡Así, quédate así, así estás magnífica!». De vez en cuando se me acercaba por detrás para desabrocharme otro botón y bajarme un poco más el vestido por la zona de los hombros. Pero apenas me tocaba, solo sentía el soplo de su respiración contra mi nuca.

En un determinado momento ya no pude soportarlo más. Tenía náuseas. Me levanté y, sin ni siquiera colocarme bien el vestido, corrí hasta la puerta. Al ver que la llave no estaba en la cerradura, me volví a mirarle. El señor Delahaye estaba de pie junto a su máquina, parecía reflexionar. Tenía una extraña expresión en el rostro, como si sufriera mucho. Creo que le dije llena de rabia: «Si no me deja salir, gritaré». Me abrió la puerta y, apartándose de mí como si yo fuera un escorpión, me dijo: «¿Pero qué te pasa? ¿Qué te he hecho? No quería asustarte, solo quería hacerte una foto». No le escuché. Salí corriendo. Me fui de la casa sin despedirme siquiera de la señora Delahaye. El corazón me latía muy fuerte y las mejillas y el cuello me ardían, justo donde ese hombre me había tocado con las yemas de sus dedos.

Al final volví a casa de Zohra. No había nadie. La esperé en el rellano de la escalera. Cosa rara, no me pegó ni me preguntó nada.

Simplemente, ya no volví a ver a los Delahaye. Creo que ese día fue cuando decidí marcharme lo más lejos posible, al fin del mundo, y no volver nunca más. En esa época fue también cuando Zohra decidió desposarme.

Al principio ignoraba que Zohra tuviese ese proyecto, pero notaba que, desde que había dejado de ir a casa de los Delahaye, se mostraba más simpática conmigo. Seguía encerrándome en el apartamento, pero ya no me pegaba. Incluso me daba más de

comer: además de la comida que solía compartir con el *Shih Tzu*, de vez en cuando tenía derecho a un plátano, a una manzana o a dátiles rellenos. Un día incluso me devolvió solemnemente la cajita con los pendientes de oro, las medias lunas que se llamaban de la misma forma que mi tribu y que los ladrones de niños me habían dejado cuando me habían vendido a Lalla Asma: «Son tuyos. Te los guardé para que no los perdieras. ¿Cómo no voy a respetar la voluntad de mi madre?». Nunca he sabido por qué lo hizo; la única explicación que le encuentro es que Lalla Asma se le debió de aparecer en sueños diciéndole que me los devolviera. Zohra era tan supersticiosa como mala persona.

La señora Delahaye vino varias veces a preguntar por mí. Pero Zohra no le permitió verme, lo que, por otra parte, le agradecí. De pronto había aprendido a detestar a esas personas tan guapas y tan refinadas, con todos sus taparrabos y sus extrañas fotos.

Y además, estaba ese hombre que ahora venía a casa.

Era bastante joven, creo que era empleado de banca o algo así. Se comportaba muy ceremonioso. Zohra debía de haberle dicho que yo no hablaba bien el árabe y se dirigía a mí en un francés tan arcaico y tan solemne que me entraba la risa. Zohra le servía el té en la sala y le traía un cenicero para que no manchara la alfombra con la ceniza de sus cigarrillos. Sujetaba su cigarrillo muy recto, como si fuera un lápiz, con un gesto torpe y sincero.

Cuando iba a venir, Zohra me obligaba a ponerme mi vestido azul con el cuello de encaje, el mismo que el señor Delahaye detestaba y que me había intentado quitar el día de las fotos. Yo llevaba a la sala la bandeja con los vasitos dorados y el azucarero, y el señor Jamah (al que yo enseguida había apodado el señor Jamás) me miraba amorosamente.

Su rostro fino y blanco expresaba una gran emoción, y cuando me sentaba en los almohadones delante de él, sorprendía de vez en cuando las miradas furtivas que dirigía a mis piernas. Aquello duró varios meses, y yo acabé divirtiéndome con esos encuentros. Me

hacía la coqueta y le hablaba con segundas, lo justo para que se dejara atrapar un poco más.

Mientras tanto, Abel estaba cada vez más celoso, más mezquino, lo cual también era como un juego para mí: era mi forma de vengarme de todo lo que me había hecho en otros tiempos. Jugaba a hacerle creer que me sentía feliz por esos esponsales anunciados. Cada vez que Abel estaba delante, yo le preguntaba a Zohra sobre el señor Jamás, sobre su fortuna, la casa de su familia, la posición de sus hermanos, etcétera.

Un día, Abel me dirigió al pasar una mirada llena de veneno:

—De todas formas, ya no te queda mucho tiempo de estar aquí. —Me dijo que la presentación con vistas a los esponsales estaba prevista para el mes de octubre. Y añadió—: Ya que te gustan los hoteles, será en un hotel junto al mar. Ya hemos reservado el salón.

No hice las maletas para no ponerles sobre aviso. Me metí todos los ahorros en la ropa, todo lo que había robado y todo lo que había ganado trabajando en la casa de los Delahaye y que había escondido tras el zócalo de la habitación en la que dormía. Me guardé las monedas en los bolsillos, me cosí los billetes a la blusa, a la altura del estómago, y me prendí los pendientes Hilal debajo de la cinta del pelo.

Para poder salir, esperé a que Zohra volviera de la compra y, mientras tendía la colada, dejé caer por la ventana del lavadero algunas prendas. Le dije que iba a buscarlas. El corazón me latía a toda velocidad, no quería que sospechara algo por el sonido de mi voz. Era después de comer y Zohra tenía sueño. Al principio dudó, pero, como estaba demasiado cansada, al final me dio la llave diciéndome:

—¡No aproveches la ocasión para irte a callejear por ahí!

No podía creérmelo, era demasiado fácil.

—No, tía, volveré enseguida.

Ella bostezaba.

—Cierra bien la puerta. Cuando subas tendrás que volver a lavarlo todo.

Salí al rellano de la escalera. Para vengarme, me llevé al perro y cerré la puerta con llave desde fuera. Sabía que Abel tenía la otra llave y que no volvería hasta la noche.

Una vez abajo me deshice del *Shih Tzu* dándole un puntapié y tiré la llave al cubo de la basura. La hundí bien dentro de los desperdicios para que nadie pudiera encontrarla. Después me marché por las calles vacías, al sol, sin apresurarme.

5

Como es de suponer, mi primer pensamiento fue dirigirme al fondac para ver a la señora Jamila y a las princesas. Había pasado casi un año desde que la policía de Zohra y de Abel me había detenido. Y cuando llegué al fondac no reconocí nada. Era como si hubiera habido un terremoto. La tapia del recinto y la puerta de doble batiente habían desaparecido, y donde antes estaba el patio en el que se quedaban los vendedores ambulantes habían asfaltado el suelo y habilitado un aparcamiento para los coches y las camionetas que iban al mercado. Las habitaciones de la parte de abajo estaban tapiadas o cerradas con unas puertas metálicas. Solo el primer piso seguía estando más o menos idéntico, pero en él no parecía vivir nadie, estaba deteriorado, abandonado. El revoque se desprendía de la fachada, los postigos de las ventanas estaban rotos. Incluso en el techo de la galería habían anidado unas golondrinas. No entendía nada, estaba aterrada. Tenía la sensación de haber sido víctima de una traición.

En la entrada del aparcamiento, un vigilante montaba guardia. Era un hombre alto y enjuto, con el rostro quemado como el de un soldado; llevaba un largo guardapolvo gris y una especie de turbante en la cabeza.

Detrás de él, en el patio, unos chiquillos lavaban los cristales de los coches con unos cubos llenos de agua y jabón y un trapo viejo. El vigilante me observaba con desconfianza. No me atrevía a preguntarle nada por miedo a que me denunciara a la policía. ¿Pero qué podía saber él? Lo que más me desesperaba era pensar que yo

tenía la culpa de que el fondac ya no existiera. El propietario había cumplido sus amenazas, había conseguido que expulsaran a las princesas por atentar contra la moral y había vendido la casa a los bancos.

El viejo Rommana, al que siempre compraba los cigarrillos americanos para Tagadirt, fue quien me lo contó todo. La señora Jamila había sido detenida y encarcelada, y todas las princesas se habían marchado; pero sabía que Tagadirt se había ido a vivir a la otra orilla del río, a un campamento llamado Tabriket. Huriya vivía con ella. Le compré unos cigarrillos en recuerdo de otros tiempos. Pero no podía quedarme más tiempo allí, porque el primer sitio donde Zohra iría a buscarme sería a la zona del fondac.

Tomé la barca para cruzar el río. Estaba atardeciendo, el estuario parecía inmenso. Los barcos de pesca empezaban a regresar a puerto rodeados de gaviotas. La línea de la ciudad se difuminaba en la bruma.

En el otro lado, la orilla ya estaba en sombra y se veían brillar algunas luces. Por primera vez me sentí libre. Ya no tenía ataduras, el futuro se extendía ante mí. Ya no me daba miedo la calle blanca ni el grito del pájaro, nadie más volvería a meterme en un saco ni a pegarme. Dejaba mi infancia al otro lado del río.

Me costó mucho encontrar la casa de Tagadirt. El campamento Tabriket se encontraba muy lejos del río, en un barrio situado en un alto y rodeado por una gran carretera en construcción por la que circulaban algunos camiones. Era un lugar muy pobre, solo había chabolas cubiertas con láminas de chapa o de fibrocemento sujetas con piedras para que no se las llevara el viento. Todas las calles eran muy parecidas, avenidas de tierra completamente rectas en las que se arremolinaba el polvo.

Caminé por las callejuelas, al azar. Los perros me ladraban a causa de mi pelambrera y de mi vestido harapiento. Un grupo de mujeres y de niños llenaba unos bidones de plástico en un grifo y

algunos chicos circulaban en bicicletas todoterreno llevando en equilibrio sobre los manillares bidones de agua o haces de leña. Una mujer me mostró la casa de Tagadirt. Dejó su bidón llenándose bajo el hilillo de agua y, después de acompañarme durante un trecho, me señaló una casita pintada de verde que había al final de una calle. Era allí.

Yo tenía el corazón en un puño, porque no sabía cómo me recibirían Tagadirt y Huriya después de todo lo que había pasado.

Pensaba que quizá no quisieran alojarme, que me tirarían piedras.

No necesité llamar a la puerta. Alguien debía de haberles dicho que las estaba buscando y Huriya salió de la casa en cuanto me vio llegar. Me dio un beso y me abrazó muy fuerte sin dejar de repetir: «¡Laila! ¡Laila!».

Tenía lágrimas en los ojos. Había cambiado. Estaba más pálida y tenía muchas ojeras. Su vestido estaba manchado de barro y en los pies solo llevaba unas sandalias de plástico desabrochadas.

Tagadirt salió de debajo de una especie de tejadillo de plástico verde y ondulado que había en el patio y se acercó a saludarme. No había cambiado demasiado. Solo tenía un poco más marcadas las arruguitas de los ojos y de las comisuras de la boca que a mí me gustaban tanto. Vi que cojeaba un poco y que llevaba una pierna vendada.

Nos abrazamos. Yo estaba feliz de volver a verla, de respirar su olor. Me parecía que volvía a reunirme con mi familia después de largos años de ausencia. Tagadirt preparó un té con el famoso *gunpowder* que tanto le gustaba y con unas hojas de menta que cultivaba en unos tiestos al lado de la cocina. Yo tenía tantas preguntas que hacerle que no sabía por dónde empezar. Huriya me habló de la señora Jamila. Después de pasar una breve temporada en la cárcel, se había ido a vivir a otra ciudad.

Tal vez a Melilla o a Francia. Cada una de las princesas se había marchado por su lado. Zubeida y Fátima se habían casado, Selima se había ido a vivir con su profesor de geografía y Aicha hacía la

carrera. El fondac había estado cerrado durante mucho tiempo y luego la tapia había sido derribada. Cuando dije que la culpa de todo la tenía yo por haber dejado que me detuvieran, Tagadirt me tranquilizó:

—Antes o después tenía que pasar. Hacía mucho que la señora Jamila no pagaba el alquiler, y los vendedores tampoco. Era un caos de casa, antes o después tenía que pasar.

Me sentía aliviada y al mismo tiempo no conseguía quitarme de la cabeza que la maldad de Zohra había sido la culpable de todo.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté a Tagadirt señalando su pierna.

Alzó los hombros como si mi pregunta le hubiera molestado.

—No es nada. Creo que me ha picado una araña.

Pero Huriya me dijo la verdad un poco más tarde: Tagadirt tenía diabetes. El médico le había examinado la pierna en el hospital y le había dicho a Huriya: «Está muy enferma, tiene la pierna gangrenada, habrá que amputársela». Pero ella no había querido decirle nada a Tagadirt.

—Sigue pensando que es una picadura de araña y se pone cataplasmas de hierbas; dice que la tiene mejor, pero ya no le duele porque se le está muriendo. —Era terrible, pero tal vez fuera mejor que no supiera la verdad, pues estaba condenada.

La vida en el campamento Tabriket no era demasiado fácil, sobre todo para mí, que nunca había conocido realmente la pobreza. Incluso en casa de Zorha comía todos los días y tenía agua y luz. Allí, en Tabriket, se pasaba hambre todo el tiempo y no se disfrutaba incluso de las cosas más elementales, como el poder lavarse todos los días o tener algunas astillas para poder hervir el agua del té. Algunos niños vendían leña que traían de muy lejos, del otro lado de la carretera, de las colinas.

Unas niñas harapientas llevaban a la espalda, atados con una cuerda, unos haces de leña más grandes que ellas.

Sin embargo, nuestra casa estaba lejos de ser la más pobre. Tagadirt estaba orgullosa de ella, porque la había construido su hijo

Issa totalmente solo, trayendo las tablas de conglomerado de una en una. Issa era albañil, trabajaba en Alemania. Tagadirt había colgado su foto, una foto muy grande y un poco manchada, en la habitación que hacía las veces de sala. Se parecía mucho a ella, sobre todo en los ojos algo rasgados, como de chino.

Tagadirt fue quien había decidido pintar la casa de verde. Era su color preferido. Había pintado de verde las macetas donde cultivaba la menta y la salvia, y también las sillas y la mesa, e incluso había encontrado una tetera inglesa de color turquesa con el asa de junco y una tapaderita con una bolita verde.

En la casa había espacio suficiente para todos. Tenía un patio de tierra, el cobertizo de la cocina, la habitación de Tagadirt y la sala en la que yo dormía con Huriya, sobre unos almohadones puestos en el suelo.

Tenía incluso una habitación para Issa, con su cama y su armario, siempre preparada para el caso de que volviera sin avisar. Tagadirt había construido con unos tablones una especie de cuarto de baño al lado de la cocina: nos lavábamos en un cubo de zinc y luego utilizábamos esa misma agua para hacer la colada. Huriya y yo íbamos a llenar el cubo al grifo de la calle y nos regábamos por turno la una a la otra dando gritos.

En el campamento no había baños públicos, la gente era demasiado pobre y el agua demasiado escasa. Pero con el cuarto de baño de Tagadirt y su cubo de zinc nosotras vivíamos como reinas.

Tagadirt no trabajaba desde que tenía la pierna enferma, y Huriya acudía en su lugar. Cosía y planchaba para una tintorería que trabajaba para los hoteles. Todas las mañanas se marchaba antes de las seis y tomaba la barca para ir a la ciudad.

—¿Por qué no me buscas a mí también un trabajo? —le pedí a Huriya. Pero ella meneó la cabeza y me contestó:

—No es bueno para ti. Tú tienes que hacer otra cosa, tienes que ir a la escuela. —Me compró unos libros de francés, de español y de inglés, y unos cuadernos.

Tagadirt era de la misma opinión:

—No debes ser como nosotras. Tienes que llegar a ser alguien importante, como el *taleb*, el doctor. No una *khedima* como nosotras.

Yo no sabía por qué decían eso. Era la primera vez que alguien no quería casarme. Era la primera vez que alguien no me veía como una criada, como alguien que solo servía para preparar la comida a su marido.

Aquello me conmovió tanto que se me saltaron las lágrimas y las abracé, realmente para mí eran unas princesas.

Pero yo no podía estudiar en casa. Era superior a mis fuerzas.

Entonces agarraba mis libros sujetos con un elástico, como los niños que van a la escuela, y buscaba un lugar donde poder leer tranquila.

Al principio, como hacía un mes de octubre muy bueno, me acercaba hasta el cementerio, desde donde se veía perfectamente la línea del horizonte, y me pasaba toda la mañana leyendo junto a las tumbas. A veces, las aves marinas flotaban delante de mí, inmóviles en una corriente de aire. O bien las simpáticas ardillas rojizas salían de los montículos y me miraban con insolencia. Pero yo no me sentía tranquila después de lo que me había pasado con el viejo hijo de perra. Temía que, para vengarse, avisara a la policía. Así que busqué otro lugar y encontré una biblioteca de barrio por la zona del Museo de Arqueología. Era una biblioteca muy pequeña, solo tenía unas mesas muy grandes de lectura y unas sillas muy viejas y muy pesadas. Estaba abierta todos los días, salvo el domingo y el lunes, y aparte de los estudiantes de liceo, que venían a hacer sus deberes a la salida de clase, no había casi nadie.

Durante unos meses, pude leer allí todos los libros que quise, al azar, sin ningún orden, dejándome llevar por la fantasía. Leí libros de geografía y de zoología, pero sobre todo novelas, *Nana* y *Germinal* de Zola, *Madame Bovary* y *Tres cuentos* de Flaubert, *Los Miserables* de Victor Hugo, *Una vida* de Maupassant, *El extranjero* y *La peste* de

Camus, *El último de los justos* de Schwarz-Bart, *El deber de la violencia* de Yambo Uologuem, *El niño de arena* de Ben Jellun, *Pierrot, amigo mío* de Queneau, *El clan Morembert* de Exbrayat, *La isla de las gaviotas* de Bachellerie, *La Bil ebaude* de Vincenot y *Moravagine* de Cendrars. También leía traducciones, como *La cabaña del tío Tom, El nacimiento de Jalna, Mon petit doigt m'a dit, Los Santos Inocentes* o *Primer amor* de Turgueniev, que me gustaba mucho.

Fuera todavía apretaba el calor, pero dentro de la biblioteca hacía fresco y estaba todo muy tranquilo, tenía la impresión de que allí nadie vendría a buscarme. En ella conocí al señor Ruchdi, que había sido profesor de francés en un liceo. Cuando me cansaba de leer y salía al jardincito polvoriento que había delante de la biblioteca, el señor Ruchdi venía a fumarse un cigarrillo y a charlar conmigo. No me preguntó nada, pero creo que le intrigaba verme leer tantos libros. Me dio algunas indicaciones, me dijo lo que debería leer primero, me habló de los grandes autores, de Voltaire, de Diderot, y también de los autores modernos como Colette y de la poesía de Rimbaud, que yo no entendía, pero que me parecía muy hermosa. El señor Ruchdi era pobre, pero elegante, con su traje marrón siempre muy bien planchado, su camisa blanca y su corbata azul oscuro.

Fumaba demasiado, su bigote gris estaba amarillento por el tabaco, pero me gustaba mucho su forma de sujetar el cigarrillo, entre el dedo pulgar y el dedo índice, como si señalara algo con una regla.

Cuando atardecía, volvía al campamento Tabriket. Mientras la barca se deslizaba sobre el agua pálida del estuario, yo seguía pensando en lo que acababa de leer, en los personajes, en las aventuras que acababa de vivir. Caminaba por las calles del campamento como si viniera de otro mundo. Tagadirt había preparado sopa y unos dátiles *boukri*, duros y secos como frutas escarchadas, y había cocido un pan redondo en su horno de ladrillos cerrado con un trozo de chapa, y a mí me parecía que nunca había probado nada tan bueno, que nunca había vivido de una forma tan

despreocupada. Me había olvidado de Zohra y de todo lo que me había sucedido antes.

Huriya no volvía a casa hasta que era de noche. Llegaba agotada, con las mejillas quemadas por el vapor de las planchas y los ojos rojos de haber estado cosiendo durante todo el día. Se quejaba un poco, se tomaba varios vasos de té y se acostaba. Pero tardaba mucho en quedarse dormida. Hablábamos en la oscuridad de la noche, como antaño en el fondac. Mejor dicho, hablaba yo sola, porque no oía lo que ella me decía y no podía leerlo en sus labios.

Huriya salía de vez en cuando los sábados por la noche. Venían a buscarla en coche. Pero como no quería que sus amigos supieran dónde vivía, les esperaba debajo de una acacia raquítica que había a la entrada del campamento. El coche se la llevaba en medio de una nube de polvo, perseguido por algunos chiquillos que le tiraban piedras.

Una noche que Tagadirt estaba haciendo algo en el patio, Huriya me susurró en el oído bueno lo que pensaba hacer: en cuanto reuniera suficiente dinero tomaría el barco para ir a España y, desde allí, a Francia.

Me enseñó sus ahorros, unos fajos de dólares enrollados y sujetos con un elástico, que guardaba dentro de un neceser escondido debajo de un almohadón. Me dijo que ya solo le faltaban algunos fajos para pagar el viaje. Hablaba en voz baja, febrilmente, como si hubiera bebido. A mí se me encogió el corazón al ver todo aquel dinero, porque eso significaba que se marcharía muy pronto.

—¿Qué te pasa? —me preguntó irritada al verme hacer un mohín, como si fuera a echarme a llorar.

—Si te vas, ¿qué será de mí? No quiero quedarme aquí con Tagadirt. —Me abrazó y trató de consolarme, pero yo me daba cuenta de que estaba decidida del todo, de que su corazón ya no estaba con nosotras.

Bajo su aspecto de muñeca se escondía una gran seguridad en sí misma. Era menuda, tenía unas manos muy pequeñas y su rostro de frente abombada había conservado la expresión testaruda de la infancia.

Había decidido escapar de todo aquello, de las calles polvorientas, de la carretera por la que pasaban rugiendo los camiones, de los techos de fibrocemento donde la lluvia sonaba como una avalancha y el sol quemaba como una plancha al rojo vivo, de los muros que desprendían el olor a orina del moho, de los pozos de agua negra y venenosa, de los niños desnudos que jugaban en los montones de basura, de las niñas con el rostro embadurnado de hollín y encorvadas como viejas bajo los haces de leña. De todo lo que le recordaba a su infancia, de la miseria del campamento, donde incluso el agua potable sabía a pobreza. Pero de lo que más quería huir era de las juergas con los señores de la alta sociedad dentro de las limusinas negras con los cristales opacos, donde tenía que fingir que estaba alegre, feliz, porque la desgracia no le gusta a nadie. Y también quería huir para siempre de los enviados de aquel hombre brutal que, solo por el hecho de haberse casado con ella, creía tener plenos derechos sobre su cuerpo, hasta llegar a la tortura.

Una noche volvió borracha: al ver su mirada perdida, casi de demente, me dio miedo. A la luz de la lámpara de queroseno la vi rebuscar dentro de su almohadón y contar sus fajos de dólares de contrabando. Al darse cuenta de que yo no estaba dormida, de que la estaba mirando, se acercó a mí y me dijo: «¡No impedirás que me vaya! ¡Ni tú ni nadie!». Yo la observaba sin decir nada. «Te mataré, te mataré si intentas retenerme, me mataría a mí misma si tuviera que quedarme aquí». Lo dijo acercándose a la garganta la navajita que llevaba siempre consigo para defenderse de los chulos.

Después de aquello no volvió a hablarme del tema, y yo tampoco le dije nada. Estaba segura de que iba a marcharse, de que había encontrado a un traficante. Entonces se me ocurrió la idea de irme yo también.

Cruzaría el mar para ir a España, a Francia, a Alemania, incluso a Bélgica.

A América.

Pero no estaba preparada. Si me iba, tenía que ser para siempre, para no volver. Pensaba en eso día y noche. Caminaba por el campamento Tabriket, pero ya no estaba allí. Saltaba las zanjas, los charcos de barro, pasaba junto a los grupos de niños y llenaba los bidones de plástico en el grifo que había al final de la calle principal, pero lo hacía como en sueños.

Empecé a devorar algunos atlas para aprenderme las carreteras y los nombres de las ciudades y de los puertos. Me matriculé en los cursos de inglés de la USIS y en los cursos de alemán del Instituto Goethe.

Naturalmente, había que pagar las tasas y tener todo tipo de autorizaciones y de referencias. Pero yo me ponía mi famoso vestido azul de cuello blanco, al que había corrido los botones y alargado un poco con una cinta de pasamanería, me colocaba una cinta blanca impecable en mi pelambrera rojiza y les contaba mi historia: que era huérfana, que no tenía dinero, que era un poco sorda de un oído y que estaba dispuesta a todo con tal de aprender, de viajar, de llegar a ser alguien. Podría pagarles haciendo la limpieza o escribiendo cartas, o clasificando los libros de la biblioteca, estaba dispuesta a trabajar en lo que fuera. En los servicios culturales americanos le caí en gracia a la secretaria, una señora negra y opulenta. La primera vez que entré en su despacho exclamó:

«¡Oh, Dios mío, cómo me gustan tus cabellos!». Me pasó la mano por los rizos y me matriculó sin más.

En el instituto Goethe tenía de profesor al señor Georg Schön, un joven alto y delgado con los cabellos rubios y rizados y una expresión seria y triste en sus ojos grises. Yo le divertía. Me ponía a prueba en su clase. Yo repetía de corrido las listas de palabras, las declinaciones. Lo hacía con una voz muy clara, como si entendiera lo

que estaba diciendo, como si recitara una poesía. El señor Schön me decía que tenía una memoria fuera de lo común. Tal vez fuera por mi oído enfermo.

Por las noches estudiaba en casa de Tagadirt. Leía a la luz de una vela y hacía mis deberes. Un día, el señor Schön sacó uno de mis deberes y se lo enseñó a toda la clase. Una gran mancha de grasa se extendía en la parte inferior de la hoja.

—¿Qué es esto? ¿Ha comido mientras trabajaba? —Los demás alumnos se reían.

—No, señor, es una mancha de cera.

El señor Schön parecía no comprender.

—En mi casa no hay electricidad. Trabajo a la luz de una vela. ¿Quiere que lo vuelva a copiar todo?

Me miró perplejo.

—No, no hace falta.

Pero después de aquello empezó a comportarse de una forma un poco extraña. Me miraba como si se acordara siempre de aquella mancha de cera sobre mi hoja. Yo no conseguía comprender qué le preocupaba.

Muchas veces me hacía quedarme después de clase y me preguntaba sobre el lugar donde vivía, sobre la gente que vivía allí. Yo no sabía adónde quería llegar. Temía que me denunciara a la policía. Tenía una mirada extraña, velada, siempre triste, y cuando me hablaba se apretaba los dedos de las manos. Me recordaba al señor Delahaye, pero en más amable, más dulce. Tenía su misma forma de mirar un poco de soslayo, pestañeando. Decía que me conseguiría una beca para ir a estudiar a Alemania, a Düsseldorf. Era su ciudad natal, quería que me reuniera allí con él. Decía que yo haría grandes cosas, que me haría famosa y rica y mi foto saldría en los periódicos.

El señor Ruchdi estaba al tanto de todo. Yo acudía menos a la biblioteca a causa de las clases de alemán y de inglés, pero cada vez que iba me lo encontraba allí, leyendo sus libros de filosofía en el fondo de la sala. Al cabo de un rato salía a fumarse un cigarrillo y yo

me reunía con él en el jardincito. Cuando le hablé del señor Schön, alzó los hombros y me dijo:

—Lo que le pasa es que está enamorado de usted, eso es todo. —Luego, observándome con una expresión un poco severa, añadió —: ¿Y usted, señorita? —Su pregunta me hizo reír—. La decisión está en sus manos —concluyó el señor Ruchdi—. Usted es joven, tiene toda la vida por delante. —Luego me recomendó que leyera *La conciencia de Zeno*, de Italo Svevo—. Quien no haya leído ese libro no ha leído nada —dijo enigmáticamente.

Después de eso empezó a hablarme de otra forma. Me leía la poesía de Schehadé, de Adonis.

Un día, para hacerle rabiar, le dije:

—Creo que voy a casarme con el señor Schön.

De pronto se puso muy serio y me dijo:

—No se lo aconsejo.

Yo lo hacía solo por vanidad. Estaba segura de que el señor Ruchdi estaba enamorado de mí, y me divertía ver cómo se le demudaba la cara cuando le hablaba de mi boda.

Mi vida de estudiante duró seis meses, hasta la primavera, en que decidí no volver al Instituto. Tenía problemas en casa. Tagadirt siempre estaba discutiendo con Huriya, la acusaba de aprovecharse, de no darle dinero y hasta de robarle. Huriya se encolerizaba, la insultaba de una forma muy grosera y se iba dando un portazo. Desaparecía durante noches enteras, y yo me quedaba sin dormir, al acecho, como si de un momento a otro fuera a oír el ruido de sus pasos en la callejuela.

Además, una tarde me había ocurrido una cosa en el aula. Como estaba lloviendo, me había quedado allí después de clase para repasar unas conjugaciones. El señor Schön estaba de pie detrás de mí, mirándome por encima del hombro. Yo llevaba un vestido que Huriya me había prestado, bastante escotado por la espalda. Era la primera vez que me lo ponía, porque estábamos en primavera y ya

estaba harta de los jerséis y de los abrigos. De pronto, el señor Schön se inclinó y me besó en el cuello, solo un poco, de manera muy leve. Fue algo tan rápido que casi no tuve tiempo de darme cuenta, podría haber sido perfectamente una mosca que se había posado y luego se había ido. Pero vi que el señor Schön estaba muy colorado y que resoplaba como si hubiera estado corriendo un buen rato. Si hubiera sido por mí, hubiera hecho como que no había pasado nada: la situación me parecía un poco ridícula, pero al mismo tiempo me resultaba bastante divertido ver a ese hombre tan triste y tan frío comportándose de pronto como un niño.

Pero él había retrocedido. Estaba muy pálido y parecía más triste todavía. Me miraba de lejos, a través de sus iris grises, como si yo fuera un demonio. No sé qué fue lo que masculló, no le entendí, pero comprendí que debía irme rápidamente. Era increíble que un hombre tan importante, un profesor de alemán de la universidad de Düsseldorf, se hubiera dejado llevar por sus impulsos y hubiera besado en el cuello a una niña negra del campamento Tabriket.

Entonces recogí mis cuadernos y mis libros y hui bajo la fina lluvia que me caía por la espalda, por el famoso escote que tanta impresión le había causado al señor Schön.

Unos días más tarde, paseando por la zona de la Puerta del Viento, me encontré por casualidad con Aline Bossoutrot, una alumna del curso de alemán. Me dijo que el señor Schön sentía mucho que yo hubiera dejado de asistir a su clase, que esperaba que volviera, que estaba en la lista de alumnas a las que iba a proponer para que les dieran una beca de estudios en Alemania. Yo no sabía por qué esa chica me contaba todo aquello. Tal vez saliera con el señor Schön y estuviera en el secreto.

Parecía amable e ingenua, no me cabía en la cabeza que él le hubiera contado lo que había pasado.

Le dije que sí, que volvería lo antes posible, pero que por el momento estaba muy ocupada. Quería librarme de ella, miraba hacia todas partes, me decía que si continuaba allí los esbirros de

Zohra vendrían a por mí. Aline adivinó algo en mi mirada: desconfianza, miedo.

Se acercó a mí y me preguntó: «Laila, ¿tienes problemas?». Era hija de un importante empresario francés que tenía el monopolio de las bicicletas chinas en África. ¿Cómo iba a poder comprender algo de mi vida? Lo que más miedo me daba es que se fijaran en mí por culpa de ella, tan rubia, tan elegante. Le dije: «No, no, todo me va muy bien». Y luego me fui, me perdí entre la muchedumbre; di un gran rodeo para llegar hasta la barca.

Después de ese incidente dejé de cruzar el río. Me sentía segura en esta orilla. Interrumpí todas las clases, dejé de ir a la biblioteca del museo y de ver al señor Ruchdi. Estuve varias semanas sin atreverme a salir del campamento Tabriket. Me quedaba en casa de Tagadirt, en el patio, debajo del tejadillo de plástico, escuchando el estruendo de la lluvia sobre el fibrocemento, viendo cómo las trombas de agua llenaban los bidones de hojalata.

Fue un periodo largo y triste. Huriya esperaba un bebé, por eso había discutido con Tagadirt. No le pregunté nada, pero supuse que se había quedado embarazada del hombre que venía a buscarla en coche.

Tagadirt empeoró bruscamente. Ahora le dolía la ingle día y noche, y tenía los ganglios duros como aceitunas. La pierna se le había hinchado, de color gris, y ya no la notaba, como si fuera de madera. Se pasaba todo el día sentada en un sillón, mirándose la pierna y maldiciendo a la araña que le había picado. Decía que la culpa de todo la tenían las otras chicas, Selima, Fátima y Aicha, con las que había discutido en otros tiempos.

Decía que eran todas unas brujas y que le habían echado el mal de ojo.

Utilizaba la misma palabra con la que Zohra me insultaba antaño: *Sahra*.

Deliraba, insinuaba que le habían puesto una espina en el zapato. Pensé que, antes o después, también me acusaría a mí.

Por primera vez me entraron ganas de irme muy lejos, de partir en busca de mi madre, de mi tribu, a la región de los Hilal, situada al otro lado de las montañas. Pero no estaba preparada. Pensaba que quizá todo aquello no existiera, que tal vez me lo hubiera inventado mientras contemplaba mis pendientes.

Esa noche busqué refugio en Huriya; apoyé la cabeza en su vientre, como si fuera a oír el corazón del bebé.

—¿Cuándo nos vamos? —le pregunté.

No me respondió, pero le toqué la cara y me pareció que estaba llorando, o tal vez se estuviera riendo en silencio. Luego me dijo al oído:

—Dentro de muy poco. En cuanto haya dos plazas en el barco que va a Málaga.

Ahora éramos cómplices. Por las tardes, mientras Tagadirt descansaba en su habitación, manteníamos largos conciliábulos en lugar de hacer las tareas de la casa. Huriya recitaba los nombres de las ciudades a las que iríamos, de las personas a las que veríamos. Yo solo me sabía los nombres de algunos escritores y de algunos cantantes: José Cabanis, Claude Simon y también Serge Gainsbourg, por su canción *Elisa*. Huriya me dijo: «Si quieres, también iremos a verlos». Pensaba que eran gente como ella o como yo, a los que se podía ir a ver.

Tagadirt salía de su habitación cojeando y nos insultaba. Se había dado cuenta de que pensábamos marcharnos. Gritaba: «Iros a donde queráis, a Francia, a América, por mí podéis iros al infierno. ¡Pero no volváis nunca más!».

Yo me había comprado con mis ahorros un transistor en el mercado de contrabando, cerca del río. Era un aparatito negro que debía de haber pertenecido a un pintor, porque estaba manchado de pintura blanca. Se llamaba Realistic. Por las noches oía a Jimi Hendrix en Radio Tánger. Y también el programa de Djemaa al atardecer; me gustaba oír su voz, joven, fresca y un poco burlona.

Me parecía que era mi amiga, que compartía mi vida. Pensaba: «Me gustaría ser como ella». Anotaba en un cuadernito los nombres de todos los cantantes que ella presentaba, trataba de transcribir las letras de las canciones en inglés, como, por ejemplo, la de *Foxy Lady*.

Aquella primavera, mi última primavera en África, fue muy extraña. Recuerdo la lluvia cayendo a cántaros sobre el tejadillo de plástico del patio y desbordándose de los bidones. Todo parecía formar parte de una larga espera: la voz de Djemaa resonándome en el oído, la música del aparato de radio, Nina Simone, Paul McCartney, Simon y Garfunkel y Cat Stevens cantando *Longer Boats*. Y Huriya, que esperaba también, tumbada sobre los almohadones, con las manos apoyadas en el vientre y que ya caminaba contoneándose como un pato cuando en realidad solo estaba embarazada de un mes. Y el campamento Tabriket a nuestro alrededor, que también parecía esperar indefinidamente algo que no llegaría jamás. Los niños sucios que vagaban entre los charcos, y las voces de las mujeres gritando. Por la noche, la llamada a la oración resonaba sobre el río, se mezclaba con los gritos de las gaviotas que escoltaban a los barcos que regresaban a puerto. Y detrás de nosotros, en la noche polvorienta, la carretera por la que avanzaban los camiones como si fueran insectos dañinos.

Una noche, Tagadirt se puso muy mal. Huriya me dijo que fuera a llamar por teléfono a su hijo, porque yo era la única que hablaba alemán.

Cuando volví, Tagadirt ya se había ido al hospital, en el que le amputarían la pierna. Todo fue muy rápido. Al día siguiente, al caer la tarde, nos dispusimos a partir: un camión nos llevaría hasta Melilla y esa misma noche el traficante nos ayudaría a embarcar en el barco que iba a Málaga.

Contamos febrilmente el dinero. Huriya guardó lo que necesitábamos para pagar al traficante y me dio el resto, un fajo de

dos mil dólares atado con una goma. Cuando me disponía a meterme el fajo en el bolsillo, Huriya me dijo:

—¡No, ahí te lo robarán! —Tomó uno de sus sujetadores, le acortó los tirantes y rellenó las copas con los fajos envueltos en pañuelos. Después me lo puso y me dijo—: ¡Ahora pareces una mujer de verdad! ¡Todos los hombres se lanzarán sobre ti!

Yo tenía la sensación de llevar dos enormes bolsas en el pecho, y los tirantes se me clavaban en los hombros.

—No podré llevarlo, *halti*. Me hace daño. Perderé todo tu dinero.

Huriya montó en cólera:

—Deja de lloriquear, tienes que acostumbrarte, tú serás la que guardará el dinero, no te queda otro remedio.

—¿No deberíamos ir a ver a Tagadirt al hospital? —pregunté.

Cuando pensaba en ella, me entraban remordimientos, estaba dispuesta a renunciar al viaje. Pero la mirada de Huriya era dura, inflexible. Tenía la misma expresión que el día en que se había acercado la navaja a la garganta.

—No, la veremos más tarde. Cuando tengamos una casa, le escribiremos para que se venga con nosotras.

Esperamos a la camioneta hasta medianoche en el borde de la carretera. Ya estábamos llenas de polvo y parecíamos dos mendigas.

En un determinado momento, la camioneta pasó por delante de nosotras, redujo la velocidad y se paró un poco más allá con los faros apagados. Yo tenía miedo, pero Huriya tiró de mí casi brutalmente. El chófer se bajó y, señalándome, le preguntó a Huriya:

—¿Es mayor de edad?

—¿No le ves el pecho? ¿O es que estás ciego? —respondió Huriya.

Creo que sobre todo estaba sorprendido por mi color. Debía de pensar que yo era de Sudán, de Senegal. Huriya hizo que yo me montara en la parte de atrás de la camioneta y luego se subió ella.

No llevábamos equipaje, solo una bolsa cada una con un poco de ropa interior y mi famoso transistor.

Al ver que el chófer tardaba en arrancar, Huriya le dijo:

—¿A qué esperas, coño? —El chófer masculló algo en español con algunas palabras en árabe. Huriya me dijo—: En Melilla son así.

Llegamos al puerto hacia las cuatro de la mañana. En el momento de pasar la aduana, el chófer golpeó con los nudillos en el cristal de atrás y nos hizo un gesto para que nos tumbáramos. La plataforma estaba llena de cajas de lencería con unas etiquetas en las que decía: BLANCO.

Resultaba muy gracioso, porque Huriya y yo éramos más bien morenas.

La camioneta pasó lentamente por delante del edificio de la aduana.

Por el cristal trasero vi deslizarse las farolas amarillas y luego todo volvió a ser negro. Me levanté para mirar: era una ciudad moderna, sucia y con grandes edificios construidos sobre pilotes. Lloviznaba.

En el muelle ya había bastante gente esperando el barco. Sobre todo hombres, y también algunas mujeres envueltas en sus abrigos, muertas de frío. No había ningún niño.

Nos sentamos junto a la pared de los almacenes, al abrigo de la lluvia. Huriya se quedó dormida con la cabeza apoyada en mi hombro.

Con todo lo que había esperado ese momento y ahora, de pronto, ya no podía resistir el cansancio. Traté de encender mi aparato de radio, pero a esas horas el programa de Djemaa ya se había acabado. Solo oía una serie de interferencias que me sobresaltaban, como si fuera el sonido de unos insectos presagiando el fin del mundo.

Poco antes de amanecer, el barco atracó en el muelle. Era una lancha grande y blanca, y el puente estaba cubierto con un toldo. La gente empezó a subir muy deprisa para tratar de conseguir un sitio

dentro del habitáculo. Nosotras fuimos las últimas en embarcar y nos sentamos en el puente, apoyadas contra la barandilla.

El traficante extendía la mano sin decir nada y cada uno le daba el resto del dinero convenido. Se metía los billetes en el bolsillo muy deprisa y, de vez en cuando, decía con su voz nasal: «OK, OK». Salvo él, nadie decía nada. Todos escuchaban la vibración de la turbina, esperando el momento en que aumentara de potencia para partir.

Pasados unos minutos todo estaba preparado. El marinero soltó las amarras y el barco se deslizó poco a poco hacia el canal, balanceándose sobre el oleaje.

Sí, por fin partíamos; no sabíamos hacia dónde nos dirigíamos ni cuándo volveríamos. Todo lo que habíamos conocido hasta entonces se iba, desaparecía; yo pensaba en la casa del Mellah, tan pequeña entre todas las demás casas de la orilla del río, tan lejana ya, sobre la que empezaba a salir el sol, y en el campamento Tabriket, en las mujeres que hacían cola delante del grifo de agua fría. Puede que muriéramos allá, al otro lado del mar, y aquí nadie se enteraría jamás.

6

No sabría decir cómo fue el resto de nuestro viaje hasta París. Yo que, por así decirlo, nunca había salido de casa, pues había pasado toda mi infancia en el patio de Lalla Asma, y después lo más lejos que había llegado había sido hasta el final de una avenida del barrio del Ocean y, con la barca, hasta Salé y el campamento Tabriket, de pronto me subía a una lancha motora y atravesaba España en autobús hasta el valle de Arán (un nombre que nunca podré olvidar), para cruzar después a pie la montaña nevada, dando la mano a Huriya, que se ahogaba.

Caminábamos vacilantes por el sendero sin saber hacia dónde nos dirigíamos, sin saber cómo se llamaban las otras personas con las que íbamos. Cada uno se preocupaba de lo suyo. El guía, un chico en vaqueros y zapatillas, era tan moreno como la gente a la que acompañaba. A pesar de las consignas que nos habían dado, algunos llevaban maletas o una bolsa de viaje colgada al hombro.

Cruzamos el paso al anochecer. Una bruma lechosa, un humo sin fuego, cubría el fondo del valle. Le dije a Huriya:

—Mira, estamos en Francia. Qué bonito…

Estaba muy pálida. Le dolía el vientre. El chico se acercó a nosotras, la miró y me preguntó en español:

—¿Está embarazada?

—Lo único que sé es que está cansada —le contesté.

Él entonces alzó los hombros y continuó caminando con los demás. Les dejamos irse. Vi cómo el pequeño grupo bajaba por el sendero serpenteante sin hablar, sin hacer ningún ruido. Era tan

hermoso ese valle tan abierto, el río de bruma… Pensé que si nos moríamos en ese momento no tendría ninguna importancia, porque habríamos estado allí, en lo alto de la montaña, y habríamos visto ese valle tan inmenso, parecido a una puerta.

No sé por qué, pero por primera vez pensé en mi país, como si de donde realmente me estuviera marchando fuera de allí, de ese valle, dejándolo todo detrás de mí. Me quedaba atrás, me rezagaba. Me sentía envuelta en una gran suavidad a causa de la bruma, de la noche que llegaba. Huriya se impacientaba:

—Vamos, date prisa. Si no, nos perderemos.

El grupo esperaba en la falda de la montaña, en la linde de un bosquecillo. Se oía el rumor de un torrente oculto ya por la oscuridad de la noche. Nada más vernos llegar, el español, como si me hubiera estado esperando para que se lo tradujera a los otros, me dijo:

—Dormiremos aquí. No podéis hacer ruido ni encender fuego. Y nada de cigarrillos, ¿de acuerdo? —Repetí en árabe lo que había dicho, y él añadió—: Mañana un camión os llevará hasta Toulouse y allí tomaréis el tren. —Se fue sin esperar respuesta. Nos quedamos solos en el bosque.

Nunca podré olvidar aquella noche. Después del calor que habíamos pasado durante el día, mientras subíamos la montaña, empezó a hacer un frío terriblemente húmedo que se nos metía hasta en los huesos. Yo y Huriya intentamos tumbarnos sobre la pinocha, entre los pinos. Pero era tanto el frío que subía de la tierra que me castañeteaban los dientes. No teníamos nada para abrigarnos, ni siquiera una manta.

Pasado un rato, nos sentamos la una pegada a la otra para no sentir el frío de la tierra. Para no quedarnos dormidas, empezamos a hablar de lo primero que se nos pasaba por la cabeza y a contarnos cotilleos, calumnias o anécdotas inventadas. No recuerdo qué fue lo que nos contamos, lo único que sé es que hablábamos la una después de la otra, susurrando, riendo, y que los demás se levantaban a veces para mandarnos callar: «¡Ssss! ¡Ssss!».

Los otros tampoco dormían. A la escasa luz de las estrellas vi que se habían levantado y que se apoyaban en los árboles. De vez en cuando se oía ruido de pasos sobre la pinocha y veíamos a alguien que se ponía en cuclillas para orinar.

Pudimos dormir en la camioneta que nos llevó a Toulouse. Al amanecer, estaba esperándonos en la carretera, al final del bosque. El español nos hizo subir rápidamente y luego, sin mirarnos ni dirigirnos un gesto de despedida siquiera, se volvió hacia la montaña. En la camioneta me quedé dormida con la cabeza apoyada en el hombro de Abdel, el chico argelino.

Estaba tan cansada que hubiera podido dormir incluso caminando. La carretera torcía una y otra vez. Por la abertura del toldo vi durante un rato los altos abetos negros, las calles de los pueblos, un puente… Finalmente, llegamos a la estación de Toulouse, al gran vestíbulo y a los andenes donde la gente esperaba el tren para París. El chófer nos había repartido los billetes y nos había dado instrucciones: «No se queden juntos. Vayan cada uno por su lado y traten de no llamar la atención». Tomé a Huriya de la mano y la arrastré hasta el final del andén, donde se acababa la bóveda acristalada. Solo con ver el cielo azul me sentía mejor.

Sentadas en un banco, nos comimos unos dátiles y el poco pan que nos quedaba de Tagadirt. Por mucho que tratáramos de no llamar la atención, la gente nos miraba. Reconozco que Huriya con su larga túnica azul y su *fonara* blanco y yo con mi piel negra y mis cabellos enmarañados debíamos de parecer dos auténticas salvajes.

Incluso un niño con cara de insolente se plantó delante de nosotras para observarnos mejor. Huriya bajaba la cabeza, pero yo monté en cólera y le dije:

—¿Qué miras? —y al ver que no se marchaba, hice como que iba a por él y se largó.

En los andenes había otra gente igual de extraña que nosotras: hombres y mujeres con la piel oscura y los cabellos negro jade. Iban muy mal vestidos y hablaban un curioso idioma mezclando algunas palabras españolas.

—Son gitanos —me susurró Huriya—. Viajan continuamente, no tienen casa. —Yo nunca los había visto antes. Eran pobres, pero tenían una especie de arrogancia en la mirada. Uno de ellos, un joven de rostro inteligente, empezó a observarme con la mirada fija, como si no pudiera apartar sus ojos de mí, y por primera vez sentí latir mi corazón de miedo, de aprensión o de algo parecido. Huriya me tiró del brazo—: No le mires, nos meterá en problemas.

El gitano se acercó a nosotras y nos preguntó:

—¿De dónde venís? ¿Vais a París? —Sus dientes blancos brillaban en su rostro oscuro. Caminaba contoneándose, como un golfo.

Huriya me arrastró hacia el otro extremo del andén, repitiendo:

—Estás loca, Laila, estás loca. Es peligroso.

Después llegó el tren y el tropel de gente que se arremolinaba junto a las puertas nos rodeó. Encontramos sitio en un compartimento vacío; después el tren se echó a andar lentamente y abandonó la estación. Veía las casas quedarse atrás, pensaba en todo lo que dejaba: las calles bulliciosas, las casitas apiñadas de Tabriket, el patio de la casa de Lalla Asma y el fondac, con los vendedores que ocupaban con sus fardos y sus bolsas de frutos secos las habitaciones y las arcadas. Pensaba que tal vez algún día volvería y ya no quedaría nada de mis recuerdos, de nadie.

Tenía el corazón encogido, me entraban ganas de llorar imaginando a Tagadirt con la pierna amputada en la habitación del hospital. Me parecía que al irme perdía a la última persona de mi familia. Huriya se había quedado dormida frente a mí, apoyada en su bolsa. La luz del sol iluminaba a veces su rostro, sus ojos cerrados de largas pestañas y su boca, con sus brillantes incisivos blancos.

Salí al pasillo a fumarme un cigarrillo. Había comenzado a fumar en el barco, porque en Melilla vendían los cigarrillos americanos libres de impuestos. Me gustaba mucho fumar en la cubierta, ver cómo el humo se arremolinaba en el viento. Me hubiera dado vergüenza que Huriya me viera, que me dijera: «¿Has empezado a fumar?».

El tren era muy largo y en los vagones no había demasiada gente.

Empecé a pasar de un vagón a otro, atravesando los fuelles, y de pronto vi al gitano. Debía de haberme seguido, porque estaba solo al final del pasillo. Hice como que no lo había reconocido e intenté volver a mi compartimento. Me cortó el paso con el brazo. Era alto, tenía la piel oscura y unas cejas muy negras que se le juntaban en medio de la frente.

Sonreía. Creo que me dijo: «¿Cómo te llamas?». Hablaba el francés con un acento extraño, como si fuera sudamericano. Y luego añadió:

—¿Te doy miedo?

Nunca me han gustado los presuntuosos, así que, mientras me agachaba para pasar por debajo de su brazo, le dije:

—¿Y por qué debería darme miedo?

Me siguió. Yo no quería que supiera dónde estaba Huriya, de modo que me detuve en el pasillo, cerca de los servicios, y me encendí otro cigarrillo.

El gitano se quedó a mi lado, mirando por la ventanilla de la puerta.

Los traqueteos eran tan fuertes, que casi nos caíamos; el ruido que salía del fuelle era ensordecedor. Medio en gritos, me dijo:

—¡Me llamo Albonico! ¿Y tú? —El viento le había alborotado los cabellos, un largo mechón negro le caía sobre el rostro.

Vi que tenía un diente de oro y un arito en la oreja. No parecía peligroso. Me puse un nombre imaginario, Daisy, creo, y empezamos a hablar un poco. Después de todo, los dos íbamos en el mismo tren, los dos nos dirigíamos a París. Me serviría para matar el rato, lo mismo que mirar por la ventana o leer una revista. Además, no tenía sueño. Al contrario, me sentía impaciente y llena de excitación. Empezó a hablarme de música; se ganaba la vida tocando y cantando. En un determinado momento, me dijo:

—Espérame. —Se dirigió a la parte delantera del tren y volvió con una guitarra. Apoyó un pie en el reborde de la puerta y empezó a

tocar.

Tocaba una música extraña, como una especie de redoble que se mezclaba con el ruido del tren, y luego unas notas que estallaban, que hablaban muy deprisa. Yo nunca había oído nada parecido, ni siquiera en mi viejo transistor. Tocaba y al mismo tiempo hablaba y cantaba, mejor dicho, murmuraba palabras en su idioma, o bien mascullaba, hacía *humm, ahumm, hem*, o algo parecido. Después se detuvo y dijo:

—¿Te gusta mi música? —Debían de brillarme los ojos, porque continuó.

Algunas personas se acercaban a vernos. Unos niños acudieron desde el otro extremo del vagón. Vino hasta un revisor con un uniforme azul oscuro y una gorra; se quedó unos segundos y luego continuó. Albonico se detuvo un momento y, entre acorde y acorde, dijo muy deprisa:

—¿Has visto? Cuando toco no me piden el billete.

Como si hubiera traído su guitarra para eso. Me entraban ganas de ponerme a bailar, me acordaba de los primeros tiempos en el fondac, cuando bailaba para las princesas con los pies desnudos sobre el suelo frío de las habitaciones, mientras ellas cantaban y daban palmas. La música del gitano se me metía por dentro y me daba nuevas fuerzas.

En ese momento llegó Huriya. Como podrán imaginar, no le gustó verme con esa compañía. Me dijo en árabe y con los dientes apretados:

—¡Ven conmigo! ¡No debes quedarte con este hombre! —Había salido del compartimento con nuestras bolsas y mi aparato de radio por miedo a que nos los robaran.

Tenía un aspecto tan patoso con su jersey marrón y su túnica azul demasiado larga y que acentuaba todavía más su embarazo, que me emocionó. En verdad era mi única familia, mi hermana. Me tiraba de la mano y el gitano nos miraba marchar riéndose.

Le odiaba por burlarse de nosotras, de Huriya. ¡Era tan vanidoso! Huriya no había tenido miedo de que yo me perdiera. Se había

despertado completamente sola en el compartimento y había temido solo por ella.

Era ella quien podía perderse sin mí. La abracé para tranquilizarla: «Ahora estás en Francia, no corres ningún peligro. Aquí nadie te encontrará». Las dos estábamos en la misma situación, a ella la buscaba su marido y a mí la nuera de mi señora. Y cada golpe de los ejes del tren sobre las secciones de los raíles nos alejaba de nuestros verdugos, aumentaba la distancia que nos separaba de ellos.

Cuando el tren se detuvo en París, yo estaba profundamente dormida. Huriya, que en ese momento me estaba velando, me dijo con suavidad:

—Despierta, Laila, ya hemos llegado.

Era de noche. A través del cristal de la ventanilla vi moverse unas luces, mientras el tren se bamboleaba crujiendo sobre las junturas. Llovía. Incapaz de reaccionar, observaba las gotas deslizarse sobre el cristal. Debía de tener un aspecto tan cansado, que a Huriya le entró miedo y se enfureció:

—Pero, ¿qué te pasa? Despiértate, tenemos que bajarnos. —Yo no podía creer que hubiéramos llegado al final del viaje. A pesar del cansancio, hubiera dado cualquier cosa para que el tren volviera a arrancar y poder seguir durmiendo tranquilamente.

Estábamos en París, caminábamos bajo la lluvia, encogidas bajo el paraguas de Huriya, con nuestras bolsas, un paquete de naranjas y el famoso aparato de radio Realistic. Llegamos hasta el final del andén y recorrimos los alrededores de la estación buscando un alojamiento para pasar la noche. Dormimos en la Rue Jean-Bouton, en casa de la señorita Mayer, que creo que ya no existe.

7

Al principio, París me pareció magnífica. Me pasaba la vida callejeando. Huriya, en cambio, se quedaba encerrada en casa, cocinando y observando. Todo le daba miedo. Como antaño en el fondac, yo era la que hacía los recados, la que iba a todas partes. Salía hacia las siete o las ocho de la mañana con unas bolsas de plástico e iba a comprar patatas (comíamos sobre todo patatas cocidas), pan, tomates y leche. La carne era demasiado cara y, además, Huriya no se fiaba, tenía miedo de que le vendieran cerdo.

Ahorraba. La habitación nos costaba quinientos francos a la semana, más la electricidad. Pero no encendíamos los radiadores. Había una cocina común para todos los inquilinos. Todos ellos eran negros y la señorita Mayer los alojaba de cuatro en cuatro en cada habitación. Ella vivía en el mismo piso y venía cada dos por tres a controlar. Al cabo de algunos días conocí a Marie-Hélène, que era de Guadalupe y trabajaba en el hospital Boucicaut, a su amigo José, que también era antillano, y a todos los africanos, a Nembaye, Madi, Antoine y Nono, que era más bajito que yo y muy negro y se dedicaba al boxeo. Me caían muy bien porque eran muy divertidos y se reían de todo, y cuando hablaban de la señorita Mayer, la propietaria, la llamaban «la arpía» o «Chibania», porque ese era el nombre que le había puesto Fátima, la mujer que había ocupado antes nuestra habitación. La señorita Mayer nos había dicho al vernos: «En principio, nunca alquilo mis habitaciones a gente árabe».

Pero había hecho una excepción, quizás a causa de mi color.

Los primeros días me gustaba mucho la ciudad. Me daba un poco de miedo porque era muy grande, pero al mismo tiempo me parecía que estaba llena de cosas extraordinarias, de gente fuera de lo común. O por lo menos así es como la veía yo.

De entrada me sorprendió que hubiera perros por todas partes.

Los había grandes, gordos, bajitos y retacos. Algunos tenían el pelo tan largo que no se sabía dónde estaba la cabeza ni la cola, otros lo tenían tan rizado que parecían salir directamente de la peluquería y otros lo llevaban cortado al cero. Tenían forma de leones, de toros, de corderos y de focas. Algunos eran tan pequeños que parecían ratas: temblaban y su aspecto era igual de terrible que el de ellas. Otros eran grandes como terneros o como asnos, con los morros ensangrentados y los papos colgando, y, cuando sacudían la cabeza, lo salpicaban todo con su baba.

Algunos vivían en las casas de los barrios elegantes y se paseaban en coches americanos, ingleses o italianos, y otros salían a la calle en brazos de sus amas, todos llenos de lazos y vestidos con chalequitos de cuadros.

Incluso vi uno que se paseaba al final de una larga correa que su ama había atado a su coche.

Con esto no quiero decir que en nuestro país no hubiera perros.

Había muchos, pero no se diferenciaban unos de otros: todos eran de color polvo y con los ojos amarillos, y tenían el vientre tan vacío que parecían avispas. Allí había aprendido a mantenerlos a raya. Cuando veía que un perro se me acercaba demasiado o que no se apartaba lo bastante deprisa de mi camino, escogía una piedra bien puntiaguda y alzaba la mano por encima de mi cabeza. Por lo general eso bastaba para que se alejaran. Lo hacía de una forma mecánica. Estaba tan acostumbrada, que la primera vez que, en el Jardín Botánico, un perro grande y flaco, atado a una larga correa que parecía provista de un resorte, se acercó a olerme los talones, hice ese mismo ademán pero sin piedra, porque en París no es tan fácil encontrar piedras en la calle. El perro me miró asombrado, debió de pensar que yo estaba jugando a la pelota. Pero su ama, en

cambio, lo comprendió enseguida y me insultó como si hubiera sido a ella a quien había querido tirar la piedra.

Nunca llegué a acostumbrarme a ellos del todo, pero con el tiempo empecé a prestarles menos atención. Todos pertenecían a alguien y además iban atados, de modo que no eran peligrosos. Pero sí sus cacas, con las que una podía resbalar y romperse la crisma.

Me parecía que las calles de París no tenían fin. Y algunas realmente eran infinitas, avenidas, bulevares que se perdían en la marea de los coches, que desaparecían entre los edificios. A mí, que hasta entonces solo había conocido el Mellah y las chabolas de Tabriket, o las callecitas bordeadas de jazmines del barrio del Ocean, esa ciudad me resultaba inmensa, inagotable. Pensaba que aunque quisiera recorrer todas las calles, una después de otra, no acabaría en toda mi vida. Solo podría ver una pequeña parte, un número limitado de rostros.

En lo que más me fijaba era en los rostros. Lo mismo que los perros, los había de todos los tipos: gordos, viejos, jóvenes, afilados, pálidos, blancos terrosos, y muy oscuros, todavía más negros que el mío, con unos ojos que parecían iluminados por dentro.

Al principio no hacía otra cosa más que observarlos. A veces tenía la sensación de que el otro apresaba mi mirada, me la succionaba, y que ya no podía soltarme. Entonces probé a ponerme unas gafas oscuras, como un antifaz, pero no había demasiado sol y no me apetecía la idea de poder perderme algún detalle, alguna expresión, el brillo de una mirada.

No tardé en tener problemas. Algunos de los hombres a los que observaba me seguían. Pensaban que era una prostituta, una pobre inmigrante de barrio que iba a buscarse la vida a las calles del centro. Se acercaban a mí, pero no se atrevían a abordarme por miedo a caer en una encerrona. Un día, un hombre algo mayor me tomó del brazo y me dijo:

—¿Por qué no vienes a mi coche? Si quieres te llevo a tomar un buen trozo de tarta.

Me apretaba muy fuerte el brazo, tenía los mismos ojos que el hombre que me había molestado aquella vez que había ido al restaurante con Huriya. Yo, como supondrán, sabía perfectamente lo que aquel viejo pretendía. Primero le insulté en árabe:

—¡Perro, alcahuete, maldita sea la religión de tu madre! —Y luego en español—: ¡Cabrón, pendejo, maricón!

Se quedó tan sorprendido, que me soltó el brazo y pude escaparme.

Después de eso, cuando me seguía algún hombre me daba cuenta enseguida; era muy hábil para despistarlos. Pero también me seguían mujeres. Eran más astutas. Siempre se las ingeniaban para abordarme en algún lugar de donde no pudiera escapar, en un paso subterráneo, en las escaleras mecánicas de unos grandes almacenes o en un vagón de metro.

Me daban miedo. Eran altas y blancas, tenían los cabellos negros y llevaban trajes de cuero y botas. Tenían la voz ronca, un poco gastada. A ellas no podía insultarlas. Me iba con el corazón palpitante, cruzaba la calle entre los coches y luego me echaba a correr como una loca.

Un día pasé mucho miedo en los servicios de una cafetería. Eran muy grandes y muy lujosos, con un espejo y muchas lamparitas en las paredes. Estaba lavándome las manos y echándome un poco de agua en la frente para atusarme los cabellos rebeldes, cuando se puso a mi izquierda una mujer bastante joven y gorda, con una nariz muy grande, las mejillas llenas de pequeñas grietas y los cabellos rubios recogidos en un moño. Empezó a maquillarse, y yo la miré una o dos veces en el espejo muy rápidamente, justo el tiempo de ver que tenía los ojos de un azul tirando a verde. Se estaba pintando las pestañas de negro con un pincelito.

Y de pronto se enfureció. La oí decir con un tono muy raro, maligno, metálico, el mismo que utilizaba Zohra cuando se enfadaba:

—¿Por qué me miras así? ¿Qué tengo? —Me volví hacia ella. No entendía lo que me decía—. Contesta, zorra, ¿por qué me miras así?

Tenía los ojos un poco saltones, y tan claros que yo veía la pupila en el centro dilatándose y contrayéndose como la de un gato. Balbuceé:

—Yo no la he mirado.

Entonces se acercó a mí, llena de una rabia fría que me dio pavor, y me dijo:

—Claro que me has mirado, mentirosa, tenías la mirada fija en mí, era como si me estuvieras comiendo con los ojos. —Retrocedí hacia el otro extremo de los servicios al mismo tiempo que ella avanzaba hacia mí. Me agarró de los cabellos y me obligó a bajar la cabeza encima del lavabo. Pensé que me iba a golpear la cabeza contra el mármol y me puse a gritar. Me soltó diciéndome—: ¡Vete de aquí, guarra, basura! —Y antes de recoger sus cosas e irse, añadió—: ¡Te he dicho que no me mires! ¡Baja los ojos! ¡Te he dicho que bajes los ojos! y ¡como me sigas mirando te mato!

Pasé tanto miedo que me temblaban las piernas, el corazón me latía a toda velocidad y sentía náuseas. Nunca más volví a bajar a aquellos servicios.

Así es como iba descubriendo poco a poco mi nueva vida. Huriya no conseguía seguirme, porque cada vez se sentía más pesada por el embarazo y casi no se movía; solo salía de su habitación para ir a la cocina cuando Marie-Hélène no estaba. Los antillanos le daban miedo.

Decía que eran unos brujos. Pero yo pensaba que lo decía porque eran negros como yo. Huriya contaba sus ahorros todas las noches. Solo hacía tres meses que habíamos salido de Melilla y ya solo nos quedaba la mitad del dinero. A ese paso, antes del otoño no nos quedaría nada.

Huriya tenía un aspecto tan sombrío que yo la consolaba como podía. La abrazaba y le decía: «Ya verás como antes o después todo

se arreglará». Le prometía mil cosas, que encontraríamos trabajo y un bonito apartamento junto al canal de l'Ourcq, y que podríamos llevar una vida normal, lejos del cuchitril de la señorita Mayer.

Gracias a Marie-Hélène salimos del hoyo. Al final del verano, cuando ya no teníamos con qué pagar el alquiler y ya estaba pensando en volver a mi antiguo oficio de ladrona, la antillana me preguntó un día en la cocina: «¿Qué os parecería trabajar en el hospital?». Lo preguntó como quien no quiere la cosa, pero por la forma en que nos miró comprendí que lo había adivinado todo y que se había apiadado de nosotras.

Era un trabajo de auxiliar de clínica. Me contrataron enseguida.

Como yo era negra, me presentó como su sobrina, dijo que tenía papeles y que era de Guadalupe. A los otros les extrañaba que yo no entendiera el criollo, pero Marie-Hélène se lo explicó: «Nació allí, pero su madre se vino muy pronto a la metrópolis y se le olvidó todo». Ni siquiera tuve que cambiarme el nombre, porque Laila es un nombre de allí. Me inscribió con su apellido: Mangin. Yo trabajaba desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde en Boucicaut, por lo cual ganaba la mitad del salario, pero eso me permitía pagar el alquiler y algunos gastos. El dinero de Huriya podría durar todavía un poco más. Además, podía comer en la cantina. Marie-Hélène me guardaba un sitio a su lado y llenaba su bandeja para mí. Era muy dulce, me gustaba mucho su mirada un poco húmeda. Pero también podía enfadarse de una forma espantosa.

Un día que la señorita Mayer estaba echándole algo en cara a Huriya, no recuerdo muy bien el qué, y la amenazaba con mandarla a la calle, Marie-Hélène agarró un cuchillo de carnicero de la cocina y, acercándose a ella, le dijo: «Le aconsejo que no se le ocurra echar a nadie a la calle. ¡Con todo el dinero que nos cobra, arpía viciosa!».

Lo que más me gustaba eran las fiestas. De vez en cuando, para celebrar un cumpleaños o alguna ocasión especial, los negros corrían todas las cortinas y el apartamento se quedaba en penumbra. Los africanos tocaban sus tambores, unos grandes tambores de madera cubiertos de piel, muy suavemente, con las yemas de los dedos, y

los chicos bailaban a la luz de las velas. Nono, el boxeador camerunés, bailaba medio desnudo, y a veces desnudo del todo; desde el pasillo se oían las risas dentro de las habitaciones y la voz resonante de Marie-Hélène cantando en su idioma-violín. José, el amigo de María, sacaba su saxo y tocaba un tema de jazz, un lento, soltando de vez en cuando alguna exclamación. Esos días, la señorita Mayer se encerraba en su habitación y no se atrevía a salir hasta que no acababa la fiesta. Huriya tampoco salía, pero escuchaba la música. Yo, en cambio, me pasaba todo el tiempo entrando y saliendo. Aspiraba el olor que despedía la cocina, me deslizaba entre la gente que bailaba, ayudaba a María a recoger los vasos y le llevaba a Huriya algunos platos con comida, arroz de coco, guisos de pescado y plátano frito. También bailaba con los africanos, o con un negro antillano muy alto y con los ojos verdes que se llamaba Denys. Una vez, al ver que me apretaba demasiado, Marie-Hélène le dio un empujón:

—¡Ten cuidado con lo que le haces a mi sobrina!

Cuando se acababa la fiesta, ayudaba a Marie-Hélène a limpiarlo todo. A ella le costaba mucho trabajo agacharse para recoger los platos y las servilletas de papel. En cierta ocasión, me dijo con sarcasmo:

—Bueno, al menos no seré la única. —Al ver que la miraba sin comprender, añadió—: Sí, la única que tendrá un bebé. ¿No lo sospechabas? —Me miró con conmiseración—: Qué ingenua eres. No sabes nada de la vida. ¿No te ha enseñado nada tu madre? —Comprendí que se refería a Huriya.

—Ella no es mi madre.

Marie-Hélène se echó a reír.

—Bueno, sea quien sea, tendrá a su hijo antes que yo.

Era la primera vez que hablábamos de eso. Me hubiera gustado contarle algunas cosas, confiarme a ella, pero no sabía hacerlo, solo sabía inventarme historias, porque desde que había perdido a mi señora era lo único que había podido hacer. Una vez, empecé:

—¿No te he dicho nunca que yo no tengo padres?

Marie-Hélène me interrumpió bruscamente:

—Laila, ahora no. Algún día hablaremos de eso, pero ahora no. No tengo ganas de oírlo y tú tampoco tienes ganas de hablar. — Tenía razón, tal vez supiera que no iba a contarle la verdad.

Seguí explorando París durante todo el verano. Hacía un tiempo magnífico, en el cielo azul no había ni una sola nube, los árboles estaban todavía muy verdes, brillantes. Las tormentas de agosto habían hecho aumentar el caudal del Sena. Por la tarde, al salir del hospital, me paseaba por la orilla del río, iba hasta los puentes que unen las dos orillas delante de la gran iglesia. Todavía no me había cansado de andar por las calles, por las avenidas. Ahora llegaba hasta más lejos. Y casi siempre tomaba el autobús, pues no conseguía acostumbrarme al metro. Marie-Hélène se burlaba de mí, me decía: «Eres tonta, en el metro se está muy bien, en verano hace fresco y en invierno calor. Lo que tienes que hacer es sentarte en un rincón con un libro, así nadie se fijará en ti». Pero no era por la gente por lo que no me gustaba ir en metro, sino porque me daba vértigo ir bajo tierra. Acechaba la luz del día, sentía una opresión en el pecho. Solo soportaba la línea aérea que pasaba cerca de la estación de Austerlitz o por la zona de Cambronne. Tomaba un autobús al azar y llegaba hasta el final de su recorrido. No leía los nombres de las calles.

Lo que más me interesaba era la gente, las cosas, los edificios, los almacenes y las plazas.

Y luego caminaba por todos los barrios: la Bastilla, Faidherbe-Chaligny, la Chaussée-d'Antin, Opéra, la Madeleine, Sébastopol, la Contrescarpe, Denfert-Rochereau, Saint-Jacques, Saint-Antoine, Saint-Paul. Había barrios burgueses, elegantes, desiertos a las tres de la tarde, barrios populares, bulliciosos, largos muros de ladrillo rojo que parecían las tapias de una cárcel, escaleras, rampas, explanadas vacías, jardines polvorientos llenos de gente muy rara, plazas a la hora de la merienda de los niños, puentes de ferrocarril,

hoteles de mala fama llenos de chicas vestidas de cuero negro, almacenes lujosos que exponían en sus escaparates relojes, joyas, bolsos y perfumes. Yo había llegado a París con unas sandalias de cuero. En otoño se me caían a trozos. En una tienda de la zona de la porte d'Italie me compré unas zapatillas deportivas blancas de plástico muy feas, con las que podía recorrer kilómetros y kilómetros.

Caminaba sin hablar con nadie. De vez en cuando, algunas personas me miraban y hacían ademán de abordarme. Después de lo que me había pasado en los servicios de la cafetería Regency, ya no miraba a la gente a los ojos. Caminaba con una expresión ausente, como si supiera perfectamente adónde iba. Y si alguien me seguía, entraba en algún edificio o esperaba en la oscuridad, en el fondo de un pasaje, contaba hasta cien y volvía a ponerme en marcha.

Había algunos lugares muy extraños, sobre todo en la zona de los muelles. En la calle Jean-Bouton, los chicos llevaban unas chamarras demasiado largas y las chicas, muy delgadas y vestidas con pantalones vaqueros o minifalda, tenían los cabellos de color rubio oxigenado, el rostro afilado y la mirada ausente, vacía. Un día, al volver a casa, vi una pelea. Fue algo terrorífico e incomprensible. Primero vi a unos hombres y mujeres corriendo, empujándose y dando gritos con voz ronca. Creo que eran turcos o rusos, no lo sé. Y luego apareció un grupo de jóvenes con chamarras de cuero y unos bates de béisbol en la mano. Me quedé paralizada en el borde de la acera y uno de los chicos vestidos de cuero me empujó con la mano al pasar. Vi su rostro gesticulante, su boca, sus ojos, que me observaron durante un segundo, duros y secos como los ojos de un lagarto. Después se fueron. Permanecí de rodillas en la acera sin atreverme a moverme. De pronto oí la sirena de la policía y corrí hasta el portal de la casa de la señorita Mayer.

Huriya temblaba en el apartamento. Entré en la habitación a oscuras y encendí la luz: no reconocía su mirada, era igual que la de

un animal acorralado. Me causó bastante impresión, porque siempre la había visto despreocupada y alegre.

—¿Qué te pasa? —No me respondió. Me miraba las piernas; me di cuenta de que lo que estaba observando era mi pantalón desgarrado por las rodillas y la mancha de sangre que se extendía sobre la tela.

—Me he caído, he debido de tropezarme —le dije. Pero yo sabía que ella no era tonta.

—Quiero irme de aquí, no puedo más —dijo con voz ahogada.

Pero yo zanjé la conversación de la misma forma que ella lo había hecho antes de partir:

—Eso es imposible. No puedes volver. Las dos iríamos a la cárcel. Además, no podrías ver a tu hijo, te lo quitarían. —Me lo decía también a mí misma. Para no olvidar lo que me habían hecho cuando era pequeña. Me habían raptado, metido en un saco, pegado y vendido. Para no olvidar aquellas manos que me habían tocado ni la quemazón en el vientre. Aquel recuerdo me volvía de pronto como un ácido a la garganta—. Antes morir. —Se lo dije de la misma forma que ella me lo había dicho a mí en Tabriket, poniéndose un cuchillo en la garganta.

Al final del verano conocí a la doctora Fromaigeat. Debía de haberse fijado en mí cuando yo empujaba por los pasillos el carro de la ropa sucia. La doctora Fromaigeat era neuróloga y tenía la consulta en la tercera planta, pero siempre estaba yendo y viniendo de un servicio a otro. Le había preguntado mi nombre y algunos datos más a Marie-Hélène. Un día, Marie-Hélène me habló a la hora de la comida. Su voz, lenta y encantadora, no sufrió alteración alguna, pero en la profundidad de sus grandes ojos dorados yo podía leer su enfado y una especie de ironía o de desconfianza.

—Oye, Laila, tú luego harás lo que quieras, pero quería avisarte que aquí hay alguien muy bien situado que se interesa por ti. —Me dijo. Al ver que la miraba sin comprender, siguió—: Se trata de la

doctora Fromaigeat, dirige el servicio de neurología, quiere ayudarte. Está dispuesta a buscarte un trabajo; si quieres, puedes ir a conocerla. —Yo me mostraba reacia, porque no quería conocer a nadie, fuera quien fuera.

Quería seguir deslizándome entre la gente, entre las cosas, como un pez que remonta un torrente. Marie-Hélène se irritó:

—Sea como sea tienes que pensar en tu futuro, no puedo seguir haciéndote venir aquí sin papeles, es demasiado arriesgado, la que se juega el puesto soy yo.

Era la primera vez que me hacía notar que me estaba haciendo un favor. Si por mí hubiera sido, habría dejado de ir por las buenas a trabajar al hospital, pero Huriya estaba deprimida y sola y necesitábamos desesperadamente el dinero. Le dije:

—¿Qué tengo que hacer?

Marie-Hélène me dio un empujón:

—¿Qué es lo que te estás imaginando? Lo único que esa señora te propone es que trabajes en su casa, que hagas la limpieza y la compra, eso es todo. Trabajarás todos los días y podrás comer en su casa a mediodía. Mañana por la tarde te esperará en su casa y, si quieres, podrás empezar enseguida. ¿No es lo que buscabas? —Bajé la cabeza. No quería contrariar a Marie-Hélène. Era verdad que ya había hecho mucho por mí. Seguramente porque le caía simpática, porque le gustaban mis cabellos, mi piel negra, mis ojos como los suyos, de garza, como decía mi señora. Me abrazó—: Oye, si quieres iré contigo para presentarte. Le pediré a Cécile que me sustituya mañana.

Y así lo hizo. No creo que tuviera malas intenciones. Pensaba que así me ayudaba, y tal vez en el fondo me tuviera un poco de envidia, le hubiera gustado que alguien se hubiera fijado también en ella. Era tan sumisa, había sido tan maltratada por la vida, con su hija y su marido, que la había pegado todas las noches durante años. Le faltaba un incisivo desde el día en que él la había empujado de frente contra el espejo de un armario. No quería que me pasara lo

que a ella. Me decía: «Mírame a mí, mi vida es un fracaso». Quería que abandonara a Huriya. Quería que llegara a ser alguien.

La casa de la señora Fromaigeat estaba en Passy, en una calle muy tranquila. Tenía una gran puerta de hierro con el número 8 en hierro forjado, la fachada blanca, un tejado puntiagudo y un ventanuco que enseguida me gustó.

Marie-Hélène me presentó a la doctora Fromaigeat. Había oído hablar tanto de ella que me daba miedo conocerla, pensaba que iba a encontrarme con una de esas señoras de la alta sociedad, como la señora Delahaye en Rabat, con sus joyas de oro y su impecable traje de chaqueta gris, la cara pálida y los ojos fríos. Tenía pensado irme a la primera palabra desagradable que me dijera. Pero la señora Fromaigeat resultó ser todo lo contrario. Era bajita, vivaz, muy morena, con los ojos chispeantes y maliciosos, e iba vestida de una forma muy extraña, con un pantalón caqui demasiado ancho y una especie de blusón azul claro que parecía un delantal. Nada más verme, me abrazó exclamando:

—¡Pero si es encantadora! —Nos preparó un té con unos pastelillos; no paraba quieta, daba saltitos por todo el apartamento como un gorrión—: Laila, tendrás que cuidar de mí, ¿quieres? No tengo hijos, tú serás mi hija y lo organizarás todo en esta casa. Marie-Hélène me ha dicho que durante una época estuviste cuidando a una anciana enferma. Bueno, yo no soy tan anciana ni tampoco estoy enferma, pero necesito que me trates como si lo estuviera, ¿comprendes?

Yo me tomaba el té y asentía con la cabeza. Me dolía oírla hablar así de mi señora, como si realmente ese hubiera sido mi trabajo, cuidar de una anciana enferma. Pero en el fondo comprendía que era verdad, que mi trabajo había consistido realmente en eso desde que era muy pequeña.

Me gustó mucho trabajar en casa de la señora Fromaigeat. Me pasaba todo el día allí, limpiando. Me encontraba haciendo

exactamente lo mismo que antaño, en la casa de Lalla Asma, en el Mellah. Lo primero que hacía era barrer el patio y el porche: recogía las hojas que caían de los castaños, las ramitas y las cosas que tiraban desde los edificios vecinos.

Después fregaba el suelo, sacudía la alfombra y barría la moqueta con una escoba de raíces que había encontrado en el sótano. Una mañana vino la señora y, al verme con la escoba, se echó a reír: «¡Pero qué haces, Laila, tienes que limpiar con la aspiradora!». A mí me daba miedo esa máquina que gruñía y silbaba y se lo tragaba todo, incluso las medias y los visillos de tul. Pero al final me acostumbré.

Iba de compras por el barrio. Como las tiendas de la zona eran demasiado caras, tomaba el autobús y me iba hasta el mercado de Aligre, donde compraba las naranjas por paquetes de dos kilos, los tomates, los calabacines y los melones. La cocina rebosaba de fruta. La señora estaba encantada. Me dejaba un billete de cien francos en la mesita de la entrada, y luego yo le dejaba las vueltas en un platito. Trataba de gastar lo menos posible. Cada día le preparaba una ensalada diferente, con aceitunas de Túnez, pasas, higos, calabazas, kiwis, aguacates, okras y carambolas. Y grandes hojas de lechuga romana, de escarola, de batavia, de milamores, de diente de león, de calabaza, de chayote y de lombarda.

Llenaba un gran bol blanco y se lo dejaba encima de la mesa, cubierta con un bonito mantel blanco, junto a la plata que brillaba y la jarra llena de agua fresca. Después me iba. Volvía al apartamento de la señorita Mayer, donde todo me parecía gris, triste, desgraciado. Me encontraba a Huriya tumbada en el sofá, mordisqueando un trozo de pan. Estaba dolida: «Me abandonas. Me dejas completamente sola, y me paso la vida llorando. ¿Para esto te he traído aquí?». Estaba celosa, sentía envidia.

«Ahora que ya no me necesitas, ahora que has encontrado algo mejor que yo, te irás, te olvidarás de mí, ¡y yo me moriré en este agujero negro sin nadie que me ayude!» Yo trataba de tranquilizarla,

le prometía que, en cuanto tuviera ahorrado bastante dinero, nos iríamos hacia el sur, a Marsella, a Niza. Le hablaba como a una niña.

Quizá tuviera razón. Yo quería irme de allí. Quería estar lo más lejos posible de la calle Jean-Bouton, de los hoteles de mala muerte, de los traficantes de droga en las aceras y de las pandillas de jóvenes que corrían con sus bates para golpear a los árabes y a los negros.

Solo me sentía bien cuando empujaba la puerta de hierro del número 8 y entraba en la vieja y silenciosa casa, donde lo tenía todo ordenado y arreglado, como si Lalla Asma estuviera todavía allí, como si ella fuera la verdadera señora de la casa.

Pensaba que, desde que era niña, la gente siempre había ido atrapándome en sus redes. Me cazaban, y para ello utilizaban las trampas de sus sentimientos, de sus debilidades. Primero había sido Lalla Asma y luego su nuera Zohra, y la señora Jamila, y Tagadirt, y ahora Huriya. Tenía la sensación de ahogarme. Con ella nunca podría salir de aquella situación. Tendría que volver, vivir de nuevo en el Campamento Tabriket, encerrada en casa de Tagadirt, teniendo como único horizonte el final del callejón lleno de baches y el puente de la futura autovía, y las ratas que chillaban en los tejados.

Ya sé que no era demasiado amable por mi parte, pero ya no podía más. Cuando llegó la hora de volver a la calle Jean-Bouton, me quedé en casa de la señora. Seguí ordenando la cocina y sacando brillo a las cacerolas, a los azulejos y a los grifos. Lo hacía para no reflexionar, para no pensar.

La señora volvió un poco antes de lo acostumbrado. Cuando me vio, no dijo nada, enseguida lo comprendió todo. Incluso antes de quitarse el impermeable y de soltar las llaves, me abrazó y me dijo: «No sabes lo que me alegra, querida, esperaba este día, estaba segura de que llegaría». Yo no sabía qué quería decir con eso. Ya me había enseñado la habitación del fondo, al lado de la cocina, la que tenía una salida al descansillo de la escalera de servicio. Allí fue donde dejé mi bolsa con mi viejo transistor, que era lo único que yo poseía. La señora no me preguntó nada. Hizo como si ya estuviera

todo decidido, como si yo llevara meses, años, viviendo allí. Después de Huriya, era relajante.

Incluso Marie-Hélène me resultaba cansina, quería saber, tomaba partido. Siquiera me acordaba de Nono. Él también me atrapaba en sus redes. Quería que saliéramos juntos, quería que aceptara ser su novia. Era simpático, tenía una risa bonita y yo me divertía mucho con él, pero siempre temía que le detuviera la policía, porque era camerunés y no tenía papeles. Me daba la sensación de que antes o después le detendrían, y yo no quería que me detuvieran con él.

En casa de la señora me sentía tranquila. Sabía que allí no me sucedería nada. Vivía en un barrio bien, en una callecita llena de recodos, de casitas con jardín, de edificios elegantes y de niños rubios todos vestidos igual. La policía no venía a merodear por allí. Al principio de instalarme en Passy dormía todo el tiempo. Me parecía que hacía años que no había dormido, porque siempre vivía bajo la amenaza de tener que irme de los sitios o porque temía que la policía de Zohra me detuviera. Y en la calle Jean-Bouton, por las discusiones de los negros con la señorita Mayer, por los punks que corrían por el callejón armados de bates de béisbol para golpear a los árabes, y también por el aullido constante de las sirenas de la policía y de las ambulancias.

Dormía hasta las nueve o las diez de la mañana. Algunas veces, la señora se encargaba de despertarme. Corría las cortinas y la luz del sol me daba en los párpados. Veía por la ventana la vid roja. Oía piar a los pájaros. Me quedaba hecha un ovillo en la cama, retrasando el momento de levantarme, y la señora se sentaba en el borde de mi cama y me pasaba suavemente su mano por la mejilla, como si yo fuera un gatito. Y también me acariciaba con su voz. Me decía cosas muy dulces, que me llegaban como en un sueño: «Querida, no te muevas, quédate así, aquí estás en tu casa, déjame acunarte, tú eres mi niña, tú eres la que yo esperaba, déjame protegerte, conmigo no tendrás nada que temer, cuidaré de ti. Eres

mi hija, mi niña…». Me decía frases parecidas a estas, muy cerca, al oído, y otras muchas cosas con su voz ronca, grave y dulce, mientras su mano cálida y delgada se deslizaba por mi rostro y por mi nuca y me acariciaba los cabellos, metiéndome los dedos entre los rizos.

Yo no sabía si aquello me gustaba. Era extraño, era un sueño que se prolongaba, me parecía flotar en una nube. Me estremecía, sentía que una especie de oleada me recorría toda la espalda y me subía por el vientre, sentía exactamente cada nervio de mi piel, desde mis pies hasta mis manos, y no podía moverme. Después me quedaba dormida y, cuando volvía a abrir los ojos, era completamente de día y la señora se había ido a trabajar. Entonces me levantaba, iba al cuarto de baño y me daba una larga ducha de agua fresca para despejarme.

Ya no iba tan lejos a hacer la compra. Ahora me daba miedo salir del barrio, alejarme de la calle tranquila, perder de vista la verja del número 8. Iba a la panadería que estaba al final de la calle y, cerca de la estación del metro, compraba la fruta, las legumbres y los quesos. El dinero que me daba la señora Fromaigeat ya no me llegaba. Para no tener que pedírselo, me gastaba mis propios ahorros. Pensaba que la señora Fromaigeat me había contratado porque yo era muy astuta, porque sabía comprar, y no quería que supiera que me había vuelto perezosa, que ya no le hacía ahorrar. Y luego, varias veces que no tenía suficiente dinero robé algunas cosas de comer, como paquetes de salmón y galletas, y cosas para la casa. Además de que no había perdido mi habilidad, los tenderos del barrio eran muy ingenuos y no desconfiaban de mí. Solo una vez tuve problemas. En ese mismo momento no lo entendí, pero me quedé con una sensación extraña, como si existiera un secreto, un significado oculto que yo no conseguía captar. Fue en el supermercado: una de las cajeras, una chica huesuda con los cabellos rubios como la estopa, se me quedó mirando fijamente en el momento de pagar. Pensé que me había descubierto, que me

había visto robando un cenicero. Ya iba a sacármelo del bolsillo para pagarlo, cuando me dijo muy despacio, recalcando cada palabra:

—¿Así que tú eres la nueva?

—¿La nueva qué? —balbuceé.

Sin dejar de mirarme con sus ojos pálidos y fríos, me dijo:

—Sí, sí, bonita. —Después lo metió todo en una bolsa y me la tendió sin tomar mi dinero. Me fui corriendo, como si fuera a llamarme en el último momento.

Algunas veces telefoneaba a Huriya por la tarde. Para que la señorita Mayer se diera prisa en avisarla, le decía que llamaba desde muy lejos, desde Inglaterra o desde América. Y ella con su voz de pito decía:

—¿Ah, sí?

Unos segundos después oía la voz baja y ronca de Huriya. Ella me hablaba en árabe y yo le respondía en francés.

—¿Dónde estás?

—No estoy en América, estoy en París.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. Estoy muy liada con mi trabajo.

—Venga ya…

—Te juro que no tengo tiempo. Y además estoy muy lejos, en la otra punta de la ciudad.

—Venga ya.

—¿No me crees? —Un silencio—. Oye, iré a verte en cuanto esté un poco más libre. ¿Necesitas algo? ¿Te queda todavía dinero?

—Sí, aún me queda un poco.

—Tengo que dejarte. Volveré a llamarte.

—¿Por qué me mientes? No vendrás nunca.

—No te estoy mintiendo. Ahora no puedo ir. Pero te prometo que te volveré a llamar.

—Está bien.

—Hasta pronto.

—*Salama*, Laila.

—*Salama, halti*.

Me sentía avergonzada. Solo hubiera tardado media hora en ir en metro. Pero la sola idea de ir a la calle Jean-Bouton me producía náuseas.

Era como si un muro me separara de ese lugar.

Una mañana vino a verme Nono. No sé cómo se había enterado de dónde vivía, tal vez le hubiera tirado de la lengua a Marie-Hélène. No, ella no se fiaba de él, seguramente se habría informado en el hospital.

Cuando salí a hacer la compra, me lo encontré esperando en la puerta.

Debía de llevar un buen rato allí, en medio del viento frío del otoño, protegido tan solo por su zamarra de cuero. Sorbía. Estaba resfriado.

Parecía tan contento de verme que no fui capaz de mandarle a paseo.

Estaba intimidado:

—Has cambiado.

—¿Ah, sí? ¿A mejor?

—Ahora pareces una señora. —Sonrió.

Era por la ropa que la señora Fromaigeat me había comprado: un pantalón negro y estrecho, un jersey con escote de pico y un pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello.

Había pensado que me produciría horror encontrarme con alguien de mi otra vida, pero, ante mi asombro, estaba bastante contenta de volver a ver a Nono.

Me acompañó a hacer la compra y me llevó los paquetes. A pesar de sus anchos hombros y de su grueso cuello, tenía cara de niño. Yo estaba asombrada con su tamaño. Me parecía mucho más pequeño de lo que aparentaba. A los vendedores les caía muy bien y bromeaban con él.

Hubo uno que me preguntó: «¿Es su hermano?». Por primera vez después de muchas semanas me divertía. Era como si me despertara de un sueño.

Nono me dio noticias de la calle Jean-Bouton. La señorita Mayer había tenido problemas. La policía había llevado a cabo una investigación y había descubierto que no declaraba a toda la gente que vivía en su casa.

La habían amenazado con ponerle una multa. La arpía lloraba y decía:

«¡Yo no tengo la culpa de que esos negros sean todos iguales! ¡No los distingo!».

—¿Y mi tía qué dijo?

Así es como yo llamaba a Huriya. Ella no había dicho nada. Había entreabierto su puerta y la había vuelto a cerrar enseguida. Le daba miedo la policía. Pensaba que habían venido a detenerla para enviarla con su marido. Pero los policías ya habían tenido bastante trabajo con los antillanos y los africanos. Nono se había escapado por el tejado. Por eso había venido.

—¿Dónde estás ahora?

Hizo un gesto señalando el otro extremo de la ciudad, como si se pudiera ver desde donde estábamos.

—Duermo allí, en un garaje que me ha prestado un amigo…

—¿Y dónde está?

Reflexionó.

—En una calle con un nombre muy raro, en la Rue Javelot. —Me enseñó un pedazo de papel en el que había garabateado una dirección: Rue Javelot, 28. Pensé que era un nombre muy bonito para un guerrero del Camerún—. Por la noche está bien, pero por el día es demasiado oscuro, voy a entrenarme al gimnasio. Tengo un combate el mes que viene, el jefe dice que puedo llegar a ser un profesional. Me ha dicho que me conseguirá todos los papeles.

Cuando regresamos al número 8, hacía un frío que pelaba y le invité a tomar un café. Se quedó asombrado al ver la casa. Caminaba con mucho cuidado, como si tuviera miedo de romper el suelo. Cruzamos el salón para ir a la gran cocina blanca. Su asombro me divertía. Yo, en cambio, hacía mucho tiempo que conocía las casas de los ricos: después de haber estado en casa de la señora

Delahaye, ya no me llamaba la atención nada. Pero Nono estaba como un niño ante unos juguetes nuevos. Examinaba la cafetera eléctrica, el tostador de pan, hacía deslizarse los cajones sobre los cojinetes de bolas y estudiaba por un lado y por otro las paneras de acero inoxidable.

—¡Qué casa tan lujosa!

—¿Te gusta?

Rio sonoramente.

—¡No tiene ni punto de comparación con el garaje en el que estoy!

Le pasé el brazo por el cuello.

—Si algún día llegas a ser un boxeador famoso, podrás comprarte una casa así.

Reflexionó.

—En ese caso me casaría contigo.

Lo dijo con una cara tan seria que me eché a reír:

—No digas estupideces. ¡Si llegas a ser un boxeador famoso, dejarás de pensar en mí y te casarás con una muñeca rubia!

Nono me miró con un gesto de reproche.

—¿Por qué dices eso? Me casaré contigo.

Tomó la costumbre de venir casi todas las mañanas, salvo los fines de semana, porque la señora Fromaigeat se quedaba en casa. Me ayudaba a llevar las bolsas de la compra y yo le preparaba un buen desayuno, con huevos, tostadas y grandes tazas de leche caliente.

La señora Fromaigeat no decía nada, pero alguien le debió de contar algo, porque un día cambió completamente de actitud. Se volvió brusca y mala y empezó a gruñirme por cualquier tontería. O bien volvía a casa de improviso con cara de pocos amigos y hacía que se le había olvidado algo, un llavero, unos papeles, lo que fuera. Pero era para ver si yo estaba con Nono, para sorprendernos. Yo me percaté enseguida y le dije a Nono que no volviera a entrar en la casa, que me esperara en la calle. Él se burlaba de mí: «¡Tu señora está celosa!».

Me fastidiaba mucho que ella se comportara así. Tenía la sensación de que iba a pasar algo. No sabía con exactitud el qué. Mientras tanto, la señora Fromaigeat me había dado una misteriosa carta con un membrete en el que decía: «Policía Nacional. Comisaría del distrito XVI». Era una convocatoria con miras a mi regularización. La señora Fromaigeat sabía perfectamente de qué se trataba, porque era ella quien lo había maquinado todo sirviéndose de su amistad con el comisario. Ella misma había presentado los certificados de residencia y las declaraciones juradas. Estaba todo preparado. Fingió que trataba de comprender la carta y luego me dijo:

—Creo que aceptarán tu solicitud. Te darán el permiso de residencia y luego podrás conseguir la nacionalidad.

Yo estaba anonadada. Por poco no le dije: «¡Pero si yo no he pedido nada!». Pero luego, al acordarme de Zohra y de su marido, y de todos los meses que me habían tenido encerrada en su casa, y también del campamento Tabriket, de las ratas que corrían por los tejados haciendo chirriar sus uñas sobre las láminas de chapa, le dije:

—Gracias.

Y ella me abrazó.

Tal vez ya se hubiera arrepentido de haber hecho todo eso por mí.

Cuando volví de la comisaría, un poco roja por el calor y también porque el empleado había estado demasiado amable conmigo, tuve que contárselo todo: los papeles que había firmado, las huellas digitales que me habían tomado y el nombre que él me había escogido: Lise Henriette.

Le había parecido que ese nombre me pegaba. La señora Fromaigeat se rio y aplaudió entusiasmada, como si todo aquello fuera para ella. Por supuesto, no le conté que el empleado se había inclinado sobre mí y me había puesto la mano en la nuca, y que cuando me había preguntado en voz baja: «¿Cómo se dice "Te quiero" en árabe?». Yo le había respondido: «Saafi…», que era el

peor insulto que me sabía, porque era el que Huriya gritaba a los hombres que la molestaban en Tabriket. No lo hubiera entendido. No hubiera entendido que todo eso me daba lo mismo, que era demasiado tarde, que no era a mí a quien había que dar esos papeles, sino a Huriya.

La señora se ablandó un poco y me dijo:

—Dime que no te irás de aquí, que no me dejarás plantada. —Hablaba como Huriya y como Tagadirt. Todas las personas se parecían.

Me hubiera quedado mucho más tiempo con ella, creo que incluso todavía estaría allí si esa noche no hubiera pasado lo que pasó. Todavía no sé cómo ocurrió. Fue después de cenar, antes habíamos estado hablando, fumando cigarrillos americanos y mirando de reojo la televisión. Estábamos a finales de septiembre y todavía hacía mucho calor, las ventanas estaban abiertas de par en par y una ligera lluvia caía sobre las hojas. La calle de los castaños no podía estar más tranquila.

Nadie hubiera imaginado que en esa ciudad pasaban a veces cosas terribles.

Esa noche, la señora Fromaigeat había preparado el té con unas hojas y unas flores que tenían un gusto a pimienta y a vainilla un poco desagradable. Me quedé dormida en el sofá. Tenía la sensación de estar flotando. No, no estaba dormida, pero sentía mi cuerpo muy ligero y ya no podía mover los brazos ni las piernas. Me parecía que el rostro de la señora brillaba como una estrella muy cerca de mí, con una sonrisa extraña; veía sus ojos negros y alargados como los de una gata. Hablaba suavemente, repetía: «Mi niñita, mi niñita», como si estuviera ronroneando. Y sentía su mano delgada y cálida deslizarse por mi piel, bajo mi blusa desabrochada, y jugar con los pezones de mis pechos. El corazón me latía a toda velocidad. Oía que murmuraba: «Mi niñita», y quería que se estuviera quieta, que se callara, que desapareciera, quería irme a algún sitio donde no hubiera nadie, quería estar en el cementerio de la costa al que solía ir en otros tiempos, con el sol que hacía brillar las lápidas blancas

encima de la hierba, las lápidas sin nombre, y las aves suspendidas en el viento, con sus alas afiladas como guadañas.

Cuando me desperté por la mañana, tenía la boca seca y me dolía la garganta. No me acordaba muy bien de lo que había pasado. Había dormido en el sofá del salón, pero estaba envuelta en la bata japonesa de seda de la señora. Lo primero que me chocó fue aquel mareante olor a cuero. Vagué por la casa vacía, chocándome contra los muebles. No sabía lo que buscaba, no podía pensar en nada. Puse a calentar agua para hacerme un café. El sol entraba en la cocina, fuera hacía una temperatura muy suave, la vid empezaba a enrojecer en el marco de la ventana y una bandada de gorriones parloteaba.

Y de pronto, mientras me tomaba el café, lo entendí todo: tenía que irme de allí. El corazón me latía muy deprisa, la cabeza me estallaba de dolor. Giraba en redondo, volcaba las sillas y decía: «¡La arpía! ¡La arpía!», como cuando Marie-Hélène hablaba de la señorita Mayer.

Ahora comprendía por qué Lalla Asma me decía: «Nunca aceptes un té de una persona que no conozcas, porque quizá te den de beber algo que no te guste». Me hablaba de un hombre que invitaba a las chicas a tomar café y les hacía beber un brebaje, y, cuando se quedaban dormidas, las llevaba a su casa para violarlas y degollarlas.

Y también me acordaba de las tazas de té que la señora me había servido y de cómo le brillaban los ojos al verme dar cabezadas. La noche anterior debía de haberse pasado con el Rohypnol y yo había perdido el conocimiento. La odiaba. Me había engañado. No era mi amiga. Era como los otros, como Zohra, como la señora Delahaye, como el empleado de la comisaría. La odiaba, la hubiera matado. «¡La cretina, la vieja cretina!».

Me vestí. Volví a ponerme los vaqueros y el jersey que llevaba cuando había llegado a aquella casa y tiré todo lo que la señora me había comprado. Arrojé al retrete la cadenita de oro con la chapa en la que estaba grabado su nombre, y luego tiré de la cadena, pero la

tromba de agua no se la tragó. No sabía qué hacer para vengarme. No quería robarle, no quería quedarme con nada de lo que había en su casa. Solo quería borrarla de mi memoria, a ella y todas sus artimañas. Fui a su despacho y empecé a tirar al suelo todos los libros: los sacaba de la librería, miraba el título y los arrojaba en medio de la habitación. Luego se apoderó de mí una especie de frenesí, empecé a lanzar cada vez más deprisa los libros por los aires; chocaban contra la pared y oía cómo se rasgaba el papel. Hice lo mismo con sus fotos, con sus cartas, con sus papeles. Creo que hablaba y gritaba al mismo tiempo, la insultaba en árabe y en francés, le llamaba todo lo que sabía. Aquello me hizo mucho bien.

Cuando acabé, el despacho y el salón de la señora parecían un campo arrasado por un vendaval. Entonces tomé mi bolsa y mi viejo aparato de radio y me fui.

8

La Rue Javelot era el lugar más extraordinario que había visto en París. Al principio no podía creerme que existiera un lugar así. Cuando Nono vino a buscarme en su moto (mejor dicho, en la moto que había tomado prestada) y nos metimos por debajo de tierra, pensaba que estaba tomando un atajo, que estábamos pasando por un túnel. Pero luego me di cuenta de que la calle torcía por debajo de la tierra, por una galería de hormigón en la que se veían varias puertas de garaje y el motor de la moto resonaba de una forma infernal. También había coches que circulaban con los faros encendidos y tocaban el claxon. Después de todo lo que había pasado me sentía cansada; iba agarrada a la chamarra de Nono y tenía la impresión de que nos habíamos perdido; no sabía adónde iba ni qué ocurriría. Creo que aún estaba bajo los efectos del Rohypnol.

Después caí muy enferma. La casa de Nono, bajo tierra, era pequeña y nunca entraba luz, salvo la poca que se filtraba por un conducto que bajaba hasta la cocina. De hecho, no era una casa, sino un garaje o un sótano dividido en varias celdas de hormigón con el techo abovedado y unas pesadas puertas de hierro llenas de arañazos. Habían habilitado un retrete y una cocina para todo el sótano. Pero no estaba mal, porque no se oía ningún ruido, salvo de vez en cuando el glugú de una canalización o el ruido de los ventiladores. Yo no sabía qué me pasaba. Me quedaba acostada casi todo el tiempo en el colchón que Nono me había puesto para mí sola en su habitación. Él dormía en la sala, que más bien era un garaje,

porque además de tener el suelo de cemento gris y una puerta muy grande de doble batiente, Nono siempre guardaba allí su moto. Dormía con unos cartones en el suelo, como un vagabundo. Había sido muy amable al dejarme su habitación. Estaba desesperado de verme así, inmóvil en el colchón. Yo fumaba y tosía. Ni siguiera tenía fuerzas para mover un brazo o girar la cabeza. Tampoco comía. Nunca tenía hambre. Algunas veces se me llenaba la boca de saliva y tenía que inclinarme un poco para escupir. Ya no tenía la menstruación. Era como si todo se hubiera detenido dentro de mí.

Nono decía que yo era víctima de un *yanjuc*, de un *juju*, de un maleficio. Parecía estar muy enterado del tema. Decía que para luchar contra el maleficio había que arrojar sal al fuego, poner plumas o briznas de paja, dibujar signos en el suelo y soplar el humo. Yo le escuchaba.

Estaba pendiente de cada una de sus palabras, de cada una de sus risas.

Era mi único punto de contacto con el exterior. Cuando volvía del entrenamiento, traía consigo el olor de la calle, del sudor, de los gases de los coches. Yo le tomaba su enorme mano cuadrada de fuertes dedos y con la piel de las palmas suave como un canto rodado, y le pedía:

—Cuéntame lo que has visto fuera, cuéntame lo que pasa en la calle. —Y él me contaba que había visto cómo un autobús había chocado contra un coche viejo como una tartana y le había arrancado una aleta. Me contaba que había visto a unos escoceses tocando la gaita y que había estado con Marie-Hélène. Me daba noticias de la Rue Jean-Bouton—. ¿Y a mi tía Huriya la has visto?

Él meneaba la cabeza:

—No, no la he visto. Pero parece ser que la señora Fro… —se reía, porque nunca conseguía pronunciar su nombre—. Parece ser que tu señora te está buscando. Está muy resentida contigo. Estoy seguro de que esa vieja arpía es la que te ha echado el *juju*. ¡La mataré!

No le había dicho a nadie que yo vivía en su casa, ni siquiera a Marie-Hélène. Si la señora me encontraba, haría que me echaran de Francia como a una criminal. Sin embargo, yo no le había robado nada, al contrario, era ella la que me había robado algo a mí, la que me había mentido.

Tenía muchas pesadillas. Ya no sabía si era de día o de noche. Me parecía estar en el vientre de un gran animal que me digería lentamente.

Un día grité y Nono acudió enseguida a mi lado. Me acarició la cara y me habló con suavidad, como si fuera una niña pequeña. Cuando quiso volver a sus cartones, lo retuve y le abracé con todas mis fuerzas. Sentía los músculos de su espalda tirantes como cuerdas. Cuando se acostó a mi lado y apagó la luz, noté que tenía todo su cuerpo en tensión y que temblaba; no sé por qué, pero me hizo gracia que fuera él, y no yo, quien tenía miedo. Esa vez no hicimos nada, solo dormí a su lado; sentía su respiración en mi cuello. No se movía. Me había rodeado con su brazo y respiraba junto a mi cuello. Una noche me hizo el amor, muy suavemente. Se disculpaba, me decía: «¿Te hago daño?». Para mí era la primera vez, pero no me impresionó nada. Tenía la sensación de que era algo que conocía desde hacía mucho tiempo.

A partir de esa noche empecé a encontrarme un poco mejor.

Empecé a moverme, a ir hasta la cocina. A la hora del desayuno, le preguntaba a Nono:

—¿Hace buen tiempo?

—Espera, voy a ver. —Se subía a un taburete, abría el tragaluz y, contorsionándose, conseguía sacar la mitad del cuerpo por el conducto por donde entraba la luz. Bajaba con la camiseta manchada de hollín—: ¡El cielo está completamente azul!

Estaba deseando que pudiera subirme con él en la moto para llevarme a dar una vuelta.

La primera vez que salí, subí por la escalera que había al lado de la puerta del garaje, tomé el ascensor y fui hasta lo alto del edificio. Era por la mañana, Nono se había ido a entrenar al gimnasio. Todo

estaba en silencio, solo se oía el ruido del ascensor al pasar por cada piso. Fui subiendo, hasta el piso catorce, donde había una oficina, no sé si de seguros, de abogados o de armadores. Entré en los despachos y me dirigí directamente hacia una enorme cristalera. Las secretarias debieron de asustarse al ver a aquella chica negra con su masa de cabellos, sus vaqueros gastados y su mirada fija. Creo que fue la primera vez que comprobé que yo también podía dar miedo a la gente.

Me apoyé en la cristalera y miré. Me quedé paralizada durante un momento a causa del vértigo. Nunca había visto la ciudad desde un sitio tan elevado. Se veían las calles, los tejados, los edificios, los bulevares, las plazas, los jardines y, más allá todavía, las colinas e incluso los meandros del río brillando al sol. Era como estar en lo alto del acantilado, en el cementerio de la costa, con las gaviotas planeando contra el cielo. Veía el humo de las chimeneas y la carrocería de los coches, que brillaban minúsculos como escarabajos. Me daba vértigo aquel estruendo sordo y continuo que subía por todos sitios a la vez, atravesado por los bocinazos, las sirenas de alarma de la policía y el aullido de las ambulancias. Tenía las manos apoyadas en la gruesa cristalera y no podía apartar los ojos de lo que estaba viendo. Un gran nubarrón negro atravesaba el cielo, ¡por un lado se veían los rayos del sol y por otro los rayos de la lluvia! Les juro que nunca había visto nada tan bonito.

Oí detrás de mí un rumor de voces un poco quejumbrosas, y a una mujer que decía suavemente, aunque tardé en comprenderla:

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Se encuentra mal?

Me volví y le sonreí con los ojos llenos de lágrimas, porque de pronto me sentía feliz.

—No, estoy bien, muy bien, solo quería ver el panorama.

Mi sonrisa no debió de tranquilizarla en absoluto, porque se apartó de mí. Era joven, pálida, tenía los cabellos largos y rubios y los ojos verdes. Con ella había otras dos mujeres, una era un poco corpulenta y la otra se parecía a la señora Fromaigeat.

Debían de haber llamado al servicio de seguridad, porque cuando salí de la oficina y me acerqué al ascensor, sus puertas metálicas se abrieron y salió de él un hombre vestido de azul con unas esposas en el cinturón que se me quedó mirando. Entonces me metí en el ascensor y las puertas se cerraron. Estaba muy cansada y como embriagada. Cuando regresé al garaje, me tumbé en el colchón y me quedé durmiendo durante casi todo el día. Ni siquiera oí a Nono cuando volvió de la sala de boxeo.

Se quedó velando mi sueño sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, sin hacer ruido, como si fuera mi hermano mayor.

Después de eso empecé a salir. Hasta entonces no me di cuenta de todo el tiempo que había estado encerrada. Fuera el cielo había empalidecido, el sol estaba bajo y hacía frío. Incluso los árboles de la orilla del Sena habían cambiado: el viento arrastraba sus hojas amarillas.

Me acordé de Huriya. En cuanto me sentí con fuerzas para caminar, me dirigí a pie hacia la estación de Lyon. Tenía frío. Nono me había prestado su vieja chamarra de cuero. Me gustaba, olía a él, tenía la sensación de que me protegía, era como llevar una armadura.

La Rue Jean-Bouton seguía igual. Era como si me hubiera marchado de allí el día anterior: los mismos hoteles miserables, las bolsas de basura, los traficantes de droga. Al final del callejón sin salida estaba la puerta del edificio, de hierro negro y con los cristales sucios. Llamé al timbre y me abrió un negro al que no conocía. Era bajito y delgado, con perilla. Me miró sin decir nada y luego se metió en la cocina, donde estaba lavando unos cacharros. Marie-Hélène seguía teniendo hombres a su servicio. La puerta de la habitación de la señorita Mayer estaba entornada, vi que tenía la luz encendida. Crucé el pasillo sin hacer ruido y llamé a la puerta de la habitación de Huriya.

Cuando me abrió, me costó mucho reconocerla. Estaba muy gorda y tenía ojeras. Pero su rostro se iluminó al verme:

—Te esperaba, he soñado que vendrías hoy. —Era lo mismo que me decía siempre.

—¿Lo ves como he venido? —No me preguntó nada, ni siquiera dónde había estado o qué había hecho durante todo ese tiempo. Quizá para ella, encerrada en el apartamento, el tiempo no pasara tan deprisa.

—Me aburría, me decía a mí misma todos los días: «¿Vendrá hoy? ¿Me llamará por teléfono?».

Recogí rápidamente todas sus cosas, su ropa, sus medicinas y sus cajas de avena, y los metí en unas bolsas. A Huriya le daba mucho miedo salir, porque hacía meses que no pagaba el alquiler. Pero yo no temía a la señorita Mayer ni a nadie. Al salir di un portazo tan fuerte que se cayó un trozo de escayola del techo y rodó por las escaleras. Estaba contenta, sentía que una nueva vida empezaba para nosotras. Apoyé mi mano en el vientre de Huriya y le pregunté:

—¿Se mueve?

Ella caminaba lentamente, resoplando.

—Sí, no para, es un diablillo.

Los primeros días en la Rue Javelot fueron una fiesta. Estaba tan contenta de haberme vuelto a reunir con Huriya que no me separaba de ella ni un momento. Nono había traído un aparato de música, estéreo y todo lo demás, y un enorme televisor en color. Cuando le pregunté de dónde los había sacado, evitó la pregunta con su risa y la música resonó en todo el garaje. Había invitado a unos amigos africanos y bailamos con la música grabada en las casetes: africana, rai, *reggae* y rock. Luego sacaron sus tambores *djun-djun* y empezaron a tocar, y también un instrumento muy raro, una *sanza*, que Hakim, un amigo de Nono, había llevado en un pequeño morral de cuero. Era una especie de arpa en miniatura que producía un sonido deslizante y suave que parecía salir de todas partes a la vez.

Bebíamos Coca-Cola con ron, vodka y cervezas. Huriya fumaba un cigarrillo tras otro tumbada lánguidamente en el sofá. Después

intentó bailar como ella sabía, golpeando el suelo con la planta de los pies y contoneándose, pero su grueso vientre y sus pechos hinchados se lo impedían. Por primera vez después de su llegada se reía. Lo había olvidado todo, la Rue Jean-Bouton y a la vieja arpía. La música subía de la tierra, debía de hacer vibrar las paredes de todo el inmueble y resonar desde lo alto de los treinta y un pisos hasta las calles vecinas, la Rue du Château-des-Rentiers, Tolbiac, Jeanne-d'Arc, hasta la Salpêtrière y la estación de Lyon. Cubría las paredes de arena roja, de tierra africana.

Hakim, sentado con las piernas cruzadas, tocaba inclinado sobre la *sanza*, con el sudor corriéndole por las mejillas y la perilla. Parecía un brujo.

Nono, casi desnudo del todo y brillante de sudor, golpeaba los tambores con las yemas de los dedos, mientras Huriya hacía resonar la planta de sus pies desnudos contra el cemento, en medio del tintineo de sus brazaletes de cobre.

El ascensor estaba cerrado con cerrojo. Arrastré a Huriya por las escaleras hasta lo alto del edificio, a la puertecita que conducía a los tejados por la escalera de incendios. Era de noche. Pero en París nunca se hace completamente de noche. La ciudad estaba envuelta en un resplandor rojo, como dentro de una especie de burbuja. Hakim y Nono se reunieron con nosotras y nos instalamos sobre la grava del tejado, cerca de las rejillas de ventilación. Nono empezó a tocar el tambor y Hakim a hacer chirriar la lanza. Cantábamos, solo sonidos, *ah, uh, eho, ehe, ahe, iau, ya*. Muy suavemente. Éramos jóvenes. No teníamos dinero ni futuro. Fumábamos porros. Pero todo aquello, el tejado, el cielo rojo, el fragor de la ciudad, el hachís, no era de nadie, nos pertenecía.

Volvimos a repetirlo todas las noches. Era nuestro cine. De día permanecíamos ocultos bajo tierra como si fuéramos cucarachas. Pero por la noche salíamos de los agujeros y nos paseábamos por todas partes.

Hakim, el amigo de Nono, vendía cosas del África negra, bisutería, collares y baratijas, en los pasillos del metro, en la

estación Tolbiac, o más lejos, en la estación de Austerlitz. Lo hacía para pagarse sus estudios de historia en la facultad de París VII; vivía en la Ciudad Universitaria de Antony. Me hablaba de su abuelo Yamba El Hadj Mafoba, que había sido cazador en el ejército francés y había luchado contra los alemanes.

El tamtan resonaba todas las tardes en los pasillos del metro, en Place d'Italie, en Austerlitz, en la Bastilla, en Hótel-de-Ville. Su redoble, tan pronto amenazante como el rugido de una tempestad, tan pronto suave y rítmico como el latido de un corazón, invadía los pasillos.

Yo conocía a todos los músicos. Iba de estación en estación, me sentaba con la espalda apoyada en la pared y escuchaba. En la estación de Austerlitz tocaba un grupo de wolofs, en la de Saint-Paul, tocaban los malianos y los cabo-verdianos, y en la de Tolbiac, los antillanos y los africanos. Ellos también me conocían y, en cuanto me veían llegar, me hacían gestos y dejaban de tocar para estrecharme la mano. Pensaban que yo era africana o antillana y que era la chica de Nono. Tal vez él alardeara de ello.

Así fue como empecé a salir con Hakim. Cuando iba a verle a la estación de Tolbiac o a la de Austerlitz, pedía a sus amigos que le cuidaran su puesto de fetiches y se venía conmigo. Caminábamos en medio de la noche, sin rumbo fijo, en medio del viento frío. Íbamos a la zona del río. Hakim me hablaba del gran río Senegal. Él nunca lo había visto, pero, cuando era pequeño, su padre le había contado que el agua fluía con gran lentitud y que los barcos cargados de marfil bajaban por él hacia el mar. También El Hadj, su abuelo, que ahora había perdido la vista, le hablaba algunas veces del río: lo hacía con unas palabras tan concretas y tan reales que era como si el agua fangosa y amarilla discurriera delante de sus ojos con las piraguas cargadas de mujeres y de niños, y los airones blancos volando delante de las rodas. Yo le hablaba del estuario de Bou Regreg, como si se pudiera comparar con el Senegal.

Pero era mi único río, el primero que había visto cuando había abandonado la casa de Lalla Asma y el que cruzaba todos los días

para volver al campamento Tabriket.

Nos sentábamos en los cafés y hablábamos. Hakim era alto y delgado, y siempre iba muy elegante con su traje negro. Me contaba unas cosas muy extrañas. Un día me trajo un librito muy sobado; debía de haber pasado por muchas manos. Se titulaba *Los condenados de la tierra*, y el autor se llamaba Frantz Fanon. Me lo dio con mucho misterio: «Léelo, entenderás muchas cosas». No quiso decirme el qué. Solo puso el libro en la mesa del café, delante de mí y me dijo: «Cuando lo acabes, podrás dárselo a alguna otra persona». Yo me metí el libro en el bolso, sin intentar saber nada más.

A Hakim no le gustaba Nono. Decía que lo único que sabía hacer era brincar, divertirse y fumar. Ni siquiera respetaba su oficio de boxeador, decía que estaba alienado, que era un juguete en manos de los blancos, y que cuando estuviera roto le tirarían a la basura. Le llamaba parásito, porque vivía en casa de su amigo, de ese misterioso Yves que viajaba a Tahití, al otro extremo del mundo. Yo me enfadaba con él, porque Nono no se merecía que le criticaran. Hakim sabía algo de la vida de Nono que no se atrevía a contarme. Una vez me dijo:

—¿Tú sabes lo que significa estar alienado?

—Significa estar loco, ¿no? —le contesté yo.

Hakim me dirigió su sonrisa irónica de siempre:

—No, no significa eso, pero tal vez también pueda aplicársele. —No quiso continuar hablando.

Un domingo que llovía me llevó a la puerta Dorée para enseñarme el Museo de Arte Africano. Creo que era la primera vez que yo entraba en un museo.

Hakim estaba entusiasmado, casi exaltado. Nunca le había visto así.

Me tomó de la mano y me dijo:

—Mira, Laila, estas son las máscaras fon. —Hablaba con una voz un poco sorda, estrangulada—. Lo han copiado, lo han robado todo. Han robado las estatuas, las máscaras; han robado las almas y las

han encerrado aquí, entre estas cuatro paredes, como si todas las cosas que hay aquí solo fueran baratijas, como si fueran los objetos que venden en la estación de metro de Tolbiac, como si fueran caricaturas, sucedáneos. —Yo no entendía lo que me decía. Solo sentía su mano apretando la mía, como si tuviera miedo de que me escapara—. Laila, esas máscaras son como nosotros: están prisioneras y no pueden expresarse. Han sido arrancadas de sus lugares de origen y, sin embargo, están en el origen de todo lo que existe en el mundo. Ya existían cuando los hombres de aquí vivían en cuevas, con el rostro manchado de hollín y los dientes destrozados por la avitaminosis. —Se acercaba a las vitrinas y las golpeaba con el puño—. Ah, Laila, habría que liberarlas. ¡Habría que llevarlas lejos de aquí, a los lugares de donde fueron robadas, a Aro Chuku, a Abomey, a Borgose, a Kong, a las selvas, a los desiertos, a los ríos! —El vigilante, alarmado por las voces que daba Hakim y por la forma en que golpeaba los cristales, se acercaba a nosotros. Pero Hakim me llevaba más lejos; se detenía ante un armario en el que se encontraban expuestos unos trozos de cerámica rota, unos bastones y una especie de piel de madera y me decía—. Mira, Laila, el menor objeto de los que hay aquí es un tesoro, una joya magnífica. —Vi la máscara dogona con su gesto furioso, la máscara songye, que, cubierta de pústulas, parecía la muerte, y las muñecas ashanti, puestas de pie como un ejército de fantasmas, y el alargado rostro del dios fang, con los ojos cerrados en una expresión soñadora.

Yo miraba los cascotes, los trozos de madera ahumados, gastados por las manos, deformados por el tiempo. Ya no sé lo que ponía en el letrero. Creo que alguna frase ashanti. Y Hakim seguía diciéndome:

—Mira, estos son nuestros huesos y nuestros dientes, son trozos de nuestros cuerpos, tienen el mismo color que nuestra piel, brillan por la noche como luciérnagas.

Pensé que tal vez él también estuviera loco. Sin embargo, lo que me decía me hacía estremecer, era tan profundo como la verdad.

Seguimos recorriendo el museo, pasando por delante de los escudos, de los tambores y de los fetiches. Había incluso una piragua de madera un poco carcomida por las termitas, como si todo aquello hubiera acabado allí después de un naufragio, cuando las aguas del río desconocido se habían retirado.

Pero el sonido de los pasos del vigilante irritaba cada vez más a Hakim y al final nos marchamos del museo. Estaba furioso. Me dijo:

—¿Has visto? Me vigilaba para que no robara nada, para que no saliera corriendo llevándome los esqueletos de mis antepasados. —Tenía una expresión cansada, parecía más viejo—: ¿Has visto los hierros forjados, los capiteles en forma de lanzas y de flechas, y el traje de Banania?

Después tomamos el tren hasta Évry-Courcouronnes para ir a visitar a su abuelo.

El *Hadj* Mafoba vivía completamente solo en un gran edificio blanco de la zona de Villabé, cerca de la autopista. El ascensor no funcionaba. La puerta de la entrada estaba destrozada y el suelo de la escalera se caía a trozos. Había niños por todas partes. Mientras subíamos por la escalera, vimos a un niño muy gordo y muy blanco bajar los peldaños de cuatro en cuatro mientras una mujer le llamaba con voz chillona: «¡Salvador! ¿Adónde vas[1]?» Después vimos a un grupo de chicos árabes que fumaban sentados en los escalones, y, un poco más arriba, a dos chicas que bajaban seguidas por un rubito con gafas que gritaba:

—¡Mierda, esperadme! Que si no llega a ser por mí, no salís.

Y las chicas le decían:

—¡Pero qué dices, imbécil, por tu culpa solo nos han dejado salir hasta las seis!

El anciano estaba sentado en una silla de hierro delante de la ventana de su habitación, como si pudiera ver lo que había fuera.

—Buenos días, abuelo.

El *Hadj* puso sus manos sobre el rostro de su nieto. Sonrió y luego hizo un gesto con la cabeza.

—¿Has venido con alguien?

Hakim se rio:

—Qué oído tan fino tienes, abuelo, no se te escapa nada.

—¿Quién es?

Hakim me llevó hasta él. El *Hadj* puso sus manos en mi rostro y luego las deslizó suavemente a lo largo de mis mejillas, y sus dedos abiertos rozaron mis párpados, mi nariz y mis labios.

—Se parece a Marima —murmuró—. ¿Quién es?

Yo balbuceé mi nombre. Tenía un nudo en la garganta. Era la primera vez que conocía a un hombre tan impresionante. Era muy guapo, su rostro apergaminado era del mismo color que la piedra negra y sus cabellos blancos y rizados formaban una especie de aureola alrededor de su cabeza. Como no había más sillas, me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, mientras Hakim hervía agua para el té.

El *Hadj* hablaba suave, lentamente, con una voz un poco ronca, subrayando las palabras, que escogía con cuidado. No se dirigía a mí en particular, ni a su nieto. Pensaba en voz alta, como si estuviera desgranando sus recuerdos o inventándose un cuento. Y luego, mientras degustaba su vaso de té, empezó a hablar sin más de lo que yo esperaba, del gran río Senegal que arrastra en sus aguas rojas árboles muertos y cocodrilos. Yo escuchaba su voz, tan pronto gutural como cantarina, mientras nos hablaba de su pueblo natal, que se llamaba Yamba, como él, un pueblo con las casas de barro donde las mujeres dibujaban mojando sus dedos en amaranto. Me hablaba de su padre y de su madre y de los diez hijos que habían tenido, de las voces que había en su casa por las mañanas, y de cómo él, que era el más pequeño, debía caminar durante dos horas para llegar a la escuela del río y recitar el Corán hasta que atardecía. Mientras hablaba, canturreaba y balanceaba la parte superior de su cuerpo, como cuando tenía ocho años, y su voz se volvía aguda y clara como la de un niño.

—Calla, abuelo, vas a aburrir a Laila. —Hakim permanecía de pie junto a la puerta, como si estuviera a punto de irse.

—¿Por qué dices eso? Tú eres el que no quiere oírme. —Se dirigió a mí, con el rostro de lado, iluminado por la luz de la ventana —. No quiere leer el libro santo. No quiere oír hablar del Profeta. El único que le interesa es su…, ¿cómo se llama? Su Fano…

—Fanon.

—Sí, Fanon, Fanon. Reconozco que las cosas que dice están bien.

Pero se olvida de lo más importante. Hizo una pausa para que yo le preguntara:

—¿Qué es lo más importante, El *Hadj*?

—Que incluso el hombre más insignificante es un tesoro a los ojos de Dios. —Hakim se irritó y el anciano dijo con malicia—: Pero dejémoslo. Él no lo cree. Y tú, Laila, ¿lo crees?

—No sé…

—Su Fanon tiene razón cuando dice que los ricos se comen la carne de los pobres. Cuando los franceses llegaron a nuestro país, contrataron a muchos jóvenes para que trabajaran en los campos y a muchas chicas para que les sirvieran la mesa, les hicieran la comida y se acostaran con ellos en sus camas, porque habían dejado a sus mujeres en Francia. Y para meter miedo a los negritos, les hacían creer que se los comerían.

—Y luego los enviaron al matadero, a los campos de batalla, a Tripolitania.

El *Hadj* se enfadaba.

—Pero eso era diferente, luchábamos contra el enemigo de la humanidad.

—¿Sabíais por qué ibais a morir?

—Lo sabíamos.

Hubo un silencio mientras El *Hadj* fumaba con expresión soñadora delante de la ventana abierta. La lluvia caía suavemente. El *Hadj* llevaba una gran túnica africana de color azul pálido con bordados blancos, unos pantalones negros, unos grandes zapatos de cuero también negros y unos calcetines de lana. Permanecía inmóvil,

sentado muy recto en su silla, con el cigarrillo entre sus largos dedos.

Cuando nos fuimos, me tocó de nuevo el rostro, rozándome los ojos y los labios, y dijo despacio:

—Qué joven eres, Laila. Tú descubrirás el mundo, ya lo verás, en todas partes hay cosas bellas, y tú viajarás muy lejos para encontrarlas. —Era como si me estuviera dando su bendición. Sentí un escalofrío de respeto y de amor.

Al salir del edificio, ya de noche, vi por primera vez el campamento de los gitanos en el terraplén embarrado, entre las vías de la autopista.

Parecían náufragos en una isla.

9

Y así fue como empecé a ir a visitar a el *Hadj*. Acudía una vez a la semana más o menos. Lo bueno era que no me esperaba, o al menos no dejaba que se le notara. Cuando entraba en el cuartito, sabía enseguida que era yo y no Hakim. Volvía la cabeza y decía: «¿Laila?». Hakim decía que los ciegos son así, que tienen un sexto sentido y que perciben mejor los olores, como los perros.

Un día, en el tren de Évry, iba una pandilla de andrajosos, debían de tener doce años, como mucho trece. Eran insolentes y ruidosos, pero a mí me gustaba mirarlos. Se divertían, se pasaban un cigarrillo, hacían muecas y decían groserías en voz alta sin dejar de mirar con el rabillo del ojo a los malhumorados habitantes de las afueras para ver qué efecto les producía. Un poco antes de llegar a Évry, dos revisores vinieron a detenerlos, pero la pandilla de chicos se escapó por la ventanilla y saltó al talud justo antes de llegar a la estación. Se colgaban por fuera de las ventanillas y luego se tiraban del tren gritando.

Así es como conocí a Juanico.

Ahora salía del garaje de Javelot muy temprano, porque después de trabajar una o dos horas en el barrio, iba a limpiar a casa de Béatrice, que trabajaba de redactora en un periódico y vivía en el distrito V, y desde allí me iba a la calle Jeanne-d'Arc, a casa de una pareja de jubilados. Huriya se quedaba cocinando y luego, hacia mediodía, salía a pasearse sola, con su enorme tripa, por el jardín de los edificios que había encima de nosotros. Así es como conoció al

señor Vu, un vietnamita que trabajaba de gerente en un restaurante de nuestro barrio.

Yo no veía demasiado a Nono. Cuando salía de casa por la mañana, él todavía estaba durmiendo en la sala-garaje, sobre los cartones. Desde aquella vez que me había abrazado, después de mi llegada, no le había vuelto a invitar a que se acostara a mi lado. No quería. Me daba miedo que aquello se convirtiera en algo más, ya saben a qué me refiero. Creo que eso le hacía sentirse desgraciado, pero seguía siendo muy amable conmigo, como si no pasara nada.

Por las tardes, me reunía con Hakim en un café cerca de la Sorbona. Él le llamaba el Café de la Desesperanza, porque decía que se parecía a la entrada del infierno. Me daba los libros y los cuadernos y yo me ponía a trabajar. Hakim había decidido que yo debía quemar etapas y presentarme por libre al BAC, o al primer ciclo de derecho. Con el francés, la historia y la filosofía no tenía ningún problema. Las lecciones que me había dado Lalla Asma habían sido excepcionales, me había instruido a la edad en que otras niñas jugaban a las muñecas o se quedaban viendo los dibujos animados durante horas. Hakim me hacía leer pasajes de Nietzsche, de Hume, de Locke o de La Boétie. Me traía fotocopias. Se lo tomaba muy a pecho. Creo que para él era más importante que aprobar sus propios exámenes.

Le había hecho partícipe del secreto a su abuelo y, cuando yo iba a Évry-Courcouronnes, el *Hadj* me preguntaba:

—¿Por qué parte de la filosofía vas? —Discutíamos problemas de moral, hablábamos de la violencia, de la educación, de las ideas sociales, de la libertad, etcétera. Y él siempre decía unas cosas muy bonitas, como si estas provinieran del principio de los tiempos y él las hubiera vuelto a encontrar intactas en su memoria.

Decía: «Dios rompe el grano y el hueso, hace surgir la vida de la muerte y la muerte de la vida». «¿Sabes qué es el día de la conmoción? Es el día en que los hombres serán como polillas dispersas y las montañas como lana cardada». «Me refugio en el Señor de la Aurora para protegerme del mal, del avance de la noche,

del mal de los que meten el dedo en la llaga, del mal del envidioso dominado por la envidia». Volvía la cabeza hacia la ventana y era como si las palabras salieran de lo más profundo de él, suaves y sonoras.

Hablaba del Profeta y de Bilal, su esclavo, que había sido el primero en hacer un llamamiento a la oración. Después de la hégira, cuando el profeta había exhalado su último suspiro en los brazos de Aicha, Bilal había regresado a África y había recorrido las selvas hasta llegar al gran río que le había conducido hasta la orilla del océano. Lo contaba como si hubiera conocido a Bilal, como si fueran cosas que hubieran sucedido en su propia familia, y yo veía que Hakim, sentado en el suelo, bebía sus palabras. Nunca he olvidado la historia de Bilal, pues era igual que la mía.

Hakim quería que fuera a visitarle a la Ciudad Universitaria de Antony. Aquello era como estar en otro mundo, no se parecía en nada a la Rue Javelot ni a las estaciones de metro, y estábamos muy lejos de Courcouronnes. Era un lugar inmenso rodeado de bonitos jardines verdes con cotorras y merlos, como en el campo. Había estudiantes de todo el mundo: americanos, italianos, griegos, japoneses, belgas… Había incluso estudiantes turcos y mexicanos. Hakim me invitaba a comer en el restaurante de la universidad: pagaba mi almuerzo con tíquets. Yo tomaba raviolis, lasañas y otros platos que no conocía. De postre, probaba los Petits-Suisses, los profiteroles, los buñuelos de manzana y el pastel de almendras. A Hakim parecía divertirle ver cómo me atiborraba. Él ya estaba acostumbrado. Apenas comía, a veces mordisqueaba un trozo de biscote. Le parecía todo repugnante.

Después quería que subiera con él a su habitación. Decía que quería enseñarme sus libros. Pero yo no tenía ganas de discutir con él.

Sabía que quería abrazarme y todo lo demás, y yo no tenía ganas de llegar a eso con él. Yo quería que continuáramos siendo amigos, que siguiéramos yendo a visitar a el *Hadj* para oírle hablar del Profeta.

Yo sabía muy bien que se sentía molesto. Estaba celoso de Nono, porque pensaba que era mi novio. Pero no se atrevía a decirme nada.

Íbamos a sentarnos al sofá del salón, yo sacaba de mi bolso *Más allá del bien y del mal* y le decía: «Explícame por qué Nietzsche habla del contrato social. ¿No me dijiste que él no había inventado nada, que era Hume quien había dicho que todas las sociedades se basan en un contrato?». Me miraba por detrás de sus gafas. Con su perilla y sus gafas de metal, tenía aspecto de duro. Supongo que quería parecerse a Malcolm X, y que también por eso nunca salía sin haberse planchado antes sus camisas blancas y elegido muy bien su corbata. No quería parecerse a los africanos de Nanterre ni a los antillanos de los Saules con sus coletas y sus trenzas. Detestaba todo eso y, al mismo tiempo, sufría por ellos. Un día me dijo: «¿Sabes qué es lo que más me duele cuando los veo? El pensar que ni siquiera la mitad de ellos llegará a adultos. Es como si estuvieran en el corredor de la muerte».

También me hablaba de África, de los ajustes de cuentas, de los mercenarios de Biafra, de los niños que se morían de hambre, del sida, del cólera.

Le gustaba Nietzsche, pero en cualquier caso Fanon era su preferido. También me leía pasajes de *Amos y esclavos* de Roberto Frayre.

Pero no le gustaban las novelas ni las poesías, salvo Mahmud Darwich y Timagène Huat.

—Las novelas son basura. No tienen nada dentro, ninguna verdad ni ninguna mentira, solo aire. —Como mucho aceptaba a Rimbaud y a John Donne, pero estaba resentido con Rimbaud por haber hablado mal de los negros y por haber estado metido en tráficos deshonestos.

Un día le dije:

—En el fondo, piensas lo mismo que tu abuelo, que todo está dicho en el Corán.

Pensaba que se iba a enfurecer, pero después de reflexionar, me contestó:

—Es cierto, no puede haber una poesía más grande que esa, es terrible que todo haya sido dicho hace más de mil años y que sepamos que nunca podremos hacerlo mejor.

—¿Entonces tal vez podamos hacerlo peor? —dije. Me miró asombrado, creo que eso era algo que no le cabía en la cabeza.

Yo tenía una doble vida. Por el día estaba con Huriya, limpiaba la casa de mi redactora o hacía recados en el barrio chino, y a todo el mundo le parecía muy amable. Incluso iba a ver a Nono a la sala de boxeo, en Barbès. Y también quedaba para estudiar con Hakim en la Sorbona, o cerca de la Rue d'Assas; se sentía muy orgulloso de presentarme a sus compañeros: «Esta es Laila, es autodidacta. Se presenta al BAC por libre, en la sección de literatura».

En cambio, por la noche, todo cambiaba. Me convertía en una cucaracha. Iba a reunirme con las otras cucarachas a la estación de Tolbiac, a la de Austerlitz, o a la de Réaumur-Sébastopol. Cuando llegaba por la cañería del pasillo y oía el redoble de los tambores, me daban escalofríos. Era un sonido mágico. No podía resistirme a él. Hubiera atravesado el mar y el desierto atraída por esa música.

Los africanos se reunían sobre todo en la Bastilla o en Saint-Paul, y los antillanos en Réaumur-Sébastopol. Pero algunas veces también estaba Simone. La conocí gracias a Nono. En los pasillos había mucha gente, pero conseguí colarme y ponerme en primera fila. Era alta y muy negra de piel; tenía el rostro un poco alargado y los ojos arqueados, y llevaba un turbante hecho con unos trapos rojos y una túnica de color rojo oscuro. Pensé que parecía una egipcia. «Se llama Simone, es haitiana», me dijo Nono. Simone tenía una voz grave, vibrante y cálida, que se me metía por dentro, hasta el vientre. Cantaba en criollo, con algunas palabras africanas, cantaba el viaje de regreso a través del mar que hace la gente de la isla después de muerta. Cantaba de pie, casi sin moverse, y luego de

pronto empezaba a girar meneando las caderas, y su gran túnica se desplegaba a su alrededor. Era tan hermosa que me sentía sofocada.

Un día habló conmigo. Se había producido una operación policial y todo el mundo se había dispersado. Nos quedamos las dos solas en la estación, al principio de un pasillo muy largo. Le di un billete para entrar y tomamos el metro para ir a Place d'Italie. Ella se sentó en un trasportín y yo a su lado. Dentro de aquel vagón mugriento parecía una princesa, con sus gruesos párpados, su labio inferior que formaba una especie de pliegue y sus pómulos anchos y tersos. Me preguntó quién era y de dónde venía. No sé por qué, pero le conté lo que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Nono, a Marie-Hélène o a Hakim. Le dije que no sabía quién era ni de dónde venía, que me habían vendido una noche con mis pendientes en forma de media luna. Se me quedó mirando durante un momento muy largo y luego me sonrió, creo que estaba emocionada.

Tomó mi mano entre las suyas, largas, cálidas y llenas de fuerza, y me dijo: «Laila, tú eres como yo. Ninguna de las dos sabemos quiénes somos. Ya no somos dueñas de nuestro cuerpo». Me resultaba extraño oírla hablar así, con los traqueteos del vagón y los destellos de luz de las estaciones pasando sobre su rostro, iluminando sus iris marrones, transparentes como gemas.

Me llevó a su casa. Vivía en una casita con jardín en una callecita que se llamaba de una forma muy curiosa, Butteaux-Cailles. Vivía con su amigo, un médico haitiano alto y delgado, bastante elegante, y con otra gente, todos haitianos y dominicanos. Entre ellos hablaban en ese idioma dulce y rápido que yo no comprendía. Si no hubiera estado Simone, creo que me hubiera ido de allí enseguida, porque esa gente me daba miedo, sobre todo Martial Joyeux, el amigo de Simone, que me miraba fijamente, como si quisiera leer en mi alma. También había algunos blancos, un hombre mayor que decía que era crítico de arte y que se parecía un poco al señor Delahaye, y unas mujeres vestidas al estilo africano que llevaban unos collares muy largos, parecidos a los que vendía Hakim. El humo de los cigarrillos y del hachís formaba gruesas volutas que se

enroscaban alrededor de los destellos de los anuncios luminosos, siguiendo las notas de una música lenta que parecía salir de todas partes, incluso del suelo y de las ventanas.

Nadie me prestaba atención. Yo estaba de pie, delante de la puerta de la sala, con un cigarrillo en la mano, tratando de ver a Simone con su turbante rojo escarlata y sus pendientes de oro.

El crítico de arte vino hacia mí y me dijo algo en voz baja; al ver que no había oído nada, se me acercó al oído y creo que me dijo: «Esa mujer es sublime. Esa mujer es el alma del martirologio». Yo no le dije ni que sí ni que no. Tal vez pensara que no le había entendido. Le miré directamente a la cara y, en voz bien alta, para que me oyera, recité una poesía citada por Aimé Césaire:

Dadme mis danzas
mis danzas de negro
dadme mis danzas
la danza rompe cadenas
la danza escapa prisión
la danza es-hermoso-y-bueno-y-legítimo-ser-negro.

El crítico me miró sin moverse y después rompió en aplausos.

Gritaba:

—¡Escuchad, escuchad a esta joven, tiene algo que deciros!

Y Simone empezó a cantar, solo para mí. Supe que cantaba para mí porque estaba de pie en el fondo de la sala y tendía la mano hacia donde yo me encontraba, y cantaba unas palabras muy dulces en francés que se deslizaban entre la música de los tambores.

Y luego fumé cigarrillos de hachís. Ya había estado en otros sitios donde lo hacían. En el fondac, las princesas se reunían de vez en cuando en una de las habitaciones y fumaban por turno, y había un olor a hoja entre amargo y dulce, un olor que me embriagaba y me provocaba el sueño.

Pero aquello no tenía nada que ver. Un haitiano me pasó el cigarrillo y, embargada por la música y la voz de Simone que se enroscaba en ella con suavidad, aspiré el humo con fuerza, como si

quisiera que me atravesara de parte a parte. También tomé alcohol, whisky, cerveza y ron. Recuerdo que ya no podía dejar de beber. Por supuesto, no tardé en estar completamente borracha, no inconsciente, sino borracha de verdad, como se ve a veces en las películas. Yo permanecía de pie junto a Simone y cantaba con ella, repetía sus palabras y al mismo tiempo bailaba. Estaba borracha, pero no había perdido la cabeza, al contrario. Ahora todo me parecía muy claro. Repetía la letra de una canción siguiendo el ritmo de los tambores.

> Oigo la ciudad que late.
> En mi corazón, en mi sangre. Nosotros.
> Lejos perdida la mar.
> *Manjé té pas*.
> *Yich pou lesclavaj*[2].

El mundo temblaba como si hubiera un seísmo, veía ondear las paredes y las siluetas de la gente deshilacharse, y el color escarlata del turbante de Simone aumentaba, llenaba toda la sala. El doctor Joyeux se ocupó de mí. Me tumbó en el sofá y Simone me pasó por el rostro una toalla empapada en agua fría. Me trataba de una forma muy dulce, muy maternal. Me hablaba tan suavemente que me parecía que seguía cantando solo para mí con su voz grave y un poco ronca, pero aquello no era el suave redoble de los tambores, sino el latido de mi corazón, que me retumbaba en los oídos.

La gente empezó a irse. Tal vez temieran que yo pudiera buscarles algún lío. Eran gente importante, críticos de arte, cineastas y políticos.

Siempre son los primeros en marcharse.

Simone y su amigo discutían un poco. Los oía a lo lejos, como si flotara por encima de mi cuerpo y estuvieran hablando delante de otra.

Después me dejaron en el sofá y se fueron a su habitación. Oía la voz grave del doctor y los gritos de Simone, como si la estuviera pegando o torturando; pero después empezó a gemir de una forma acompasada y comprendí que estaban haciendo el amor.

Yo temblaba de fiebre en el sofá. En un determinado momento fui a vomitar a la cocina, me tambaleaba, tiraba las sillas. Todavía quedaban dos haitianos bebiendo. Cuando me vieron en ese estado, fueron a buscar al doctor. Les oí hablar de mí en criollo, y Martial Joyeux dijo: «Tal vez sea menor de edad, más nos vale llevarla a su casa».

Creo que llamó por teléfono a muchos sitios antes de dar con Hakim. Así fue como consiguió la dirección del garaje de la Rue Javelot. Yo empezaba a comprender que el mundo es muy pequeño y que cuando se tira del hilo adecuado, se arrastra todo, es decir, que todos los que son alguien están unidos los unos a los otros y dirigen a todos los demás, es decir, a la gente que, como Nono y como yo, no somos nadie. Pensaba en todo esto mientras el amigo de Simone llamaba por teléfono. Tenía la cabeza en ebullición. Al mismo tiempo veía el rostro de Simone, sus grandes ojos de vaca egipcia, que expresaban un profundo desamparo, y de pronto comprendí por qué me había dicho que nos parecíamos, que ninguna de las dos éramos dueñas de nuestro cuerpo, porque nosotras nunca habíamos querido nada y siempre habían sido los demás los que habían decidido nuestra suerte.

Ella se quedó en la casa mientras Martial y uno de sus amigos me llevaban en coche. Fuera llovía. Los charcos tiritaban en el pavimento negro de la calle. El coche circulaba por las calles silenciosas y vacías.

Creo que buscaban una farmacia de guardia y que el matasanos se bajó a comprar una medicina para mí, Primperán o algo parecido. Me dejaron en la calle, delante del garaje. Me hicieron bajar y me sentaron con la espalda apoyada en la puerta del garaje. Martial Joyeux me observó en silencio. Su amigo dijo algo en criollo. Para mí era como si lo hubiera dicho en javanés, me daba igual. Y después

se fueron, las dos luces rojas doblaron la esquina de la calle y desaparecieron.

10

Después llegó el invierno. Yo nunca había pasado tanto frío.

Tagadirt me había contado antaño cómo era Francia en invierno: el cielo gris-negro, las luces encendidas en las calles a las cuatro de la tarde, la nieve, el hielo y los árboles completamente desnudos, retorcidos como espectros. Pero era todavía más duro de lo que me había dicho.

La niña de Huriya vino al mundo en febrero. Cuando nació, pensé que posiblemente fuera la primera vez que un niño nacía debajo de la tierra; tan lejos de la luz del día, como en el fondo de una inmensa cueva.

Quizá por eso empecé a pensar en volver al sur, al sol. Para que a la niña le diera el sol en la piel, para que no continuara respirando el aire fétido de esa calle sin cielo.

Hacía planes con Nono. Cuando él ganara su combate de peso pluma, podría comprar un coche y bajaríamos hacia el sur con Huriya y la niña, por la gran autopista que pasa por Évry-Courcouronnes, con sus ocho carriles que son como un río. Iríamos a Cannes, a Niza, a Montecarlo e incluso a Roma, en Italia. Esperaríamos hasta abril o mayo para que la niña fuera bien grande y pudiera soportar el viaje. O incluso hasta junio, porque yo tenía que presentarme al examen del BAC. Pero no lo retrasaríamos más, porque aparte de que se nos haría muy largo, luego sería demasiado tarde para partir. Nos iríamos en junio. Porque, además, el gran combate de selección sería precisamente el 8 de junio. Nono no paraba de entrenarse. Cuando no iba a la sala del Boulevard Barbés,

boxeaba en su garaje. Se había fabricado un *punching-ball* con un saco de patatas relleno de trapos.

En la Rue Javelot hacía frío. Por suerte, Nono había traído un radiador eléctrico que resoplaba como si fuera un avión. Me enseñó cómo había que hacer para manipular el contador de la luz y no gastar: consistía en hacer un agujero en la tapadera con la taladradora para poder meter por él una aguja de punto y bloquear la ruedecilla. En el caso de que fuera a pasar el revisor de la luz, se quitaba la aguja y se disimulaba el agujerito con un poco de plastilina azul. No teníamos dinero. Nono se entrenaba y no le quedaba tiempo para trabajar; el fondo común apenas nos llegaba. Por las noches, volvía reventado de cansancio. Su diputado socialista le había prometido un permiso de residencia si ganaba el combate: no quería dejar escapar esa oportunidad. En los últimos tiempos, Huriya parecía cada vez más una abeja reina. Se quedaba acostada en la cama, al lado del radiador enorme e inútil, con el rostro totalmente abotargado por el embarazo. No quería que una asistente social se ocupara de ella. Y tampoco quería que la atendiera un médico.

Le daba miedo que la denunciaran a la policía, que la enviaran con su marido. Se sentía segura bajo tierra, como una araña en su capullo, fabricando su bebé. Allí nadie podría encontrarla. El único peligro era el amigo de Nono, pero, según las últimas noticias, se encontraba muy a gusto en Bora Bora. Había muy pocas probabilidades de que se presentara en París en medio de la lluvia y del granizo.

Cuando le llegó el momento de dar a luz, Huriya se empeñó en que la atendiera una mujer, no un médico. Nono estaba enloquecido. Corría de un lado para otro fuera de sí. Sin saber adónde ir, tomé el tren hasta Évry-Courcouronnes y fui al campamento gitano. Juanico encontró a la mujer. Discutieron el precio en gitano y ella aceptó venir por quinientos francos. Se llamaba Josefa, era una mujer alta y un poco hombruna, con el rostro alargado y anguloso y unas manos

muy fuertes. Casi no hablaba francés, pero se ablandó cuando me oyó hablar en español. Tenía el acento duro de los gallegos.

Volvimos en tren. Antes de ir a la Rue Javelot quiso hacer algunas compras para ella y para la futura mamá. Compró algodón, esparadrapo, Betadine, compresas y cosas así, y también unas hierbas en el Chino, tomillo, salvia y un ungüento que venía en una caja redonda decorada con un tigre. También compró Coca-Cola, galletas y un paquete de cigarrillos.

Se instaló en el garaje; para que nadie la molestara colgó una sábana en medio de la habitación en la que estaba Huriya y se quedó allí tres días, casi sin salir y sin hablar. Le parecía que el garaje olía muy mal, quemaba varillas de incienso y fumaba sus cigarrillos. Durante esos días, no nos permitió a Nono ni a mí quedarnos allí, de modo que nos pasábamos todo el tiempo fuera. Después de limpiar en casa de Béatrice, me iba a buscarlo a la sala de entrenamiento, que estaba en Barbés.

Boxeaba contra su sombra y saltaba a la cuerda. Yo me sentaba en un rincón y le miraba. Todo el mundo pensaba que yo era su novia. Incluso el diputado socialista se acercó a hablar conmigo. Cuando hablaba de él, no decía «Nono» o «León», sino que le llamaba por su apellido, Adidjo.

Decía: «Adidjo tiene que trabajar y dejar de hacer tonterías, díselo». Creo que se refería a la gente con la que Nono trataba, a los tipos que saqueaban los hotelitos y los coches, y a los aparatos de música que traía de vez en cuando para luego venderlos. El diputado era un hombrecillo con el pelo cortado a cepillo y pinta de deportista, de policía. A mí no me gustaba que se acercara a hablar conmigo. No me gustaba que dijera «Adidjo» como si tuviera algún derecho sobre él, como si fuera de su misma cuerda. En una o dos ocasiones trató de saber cuál era mi situación legal, si tenía permiso de residencia. No me gustaba que me hiciera preguntas, no me gustaba que llamara de tú a todo el mundo, como si no hubiera ninguna diferencia entre él y nosotros, pero tal vez lo hiciera simplemente para ser amigable. Le faltaba el brazo izquierdo, quizá

fuera por eso. Se acercaba a la gente y les decía en voz alta: «Oye, ¿te importa ayudarme a ponerme el jersey?». Demostraba su amistad de una forma un poco agresiva. Casi todos los días le decía a Nono: «No te preocupes, lo de tu permiso es cosa hecha». Como si pudiera haber algo que fuera «cosa hecha».

Y luego Huriya dio a luz a una niña. Cuando volví de casa de Béatrice, la niña estaba allí, agarrada al pecho de Huriya. La partera estaba agotada. Se había bebido varios vasos de vino y luego se había quedado profundamente dormida en el sofá. Ni siquiera se despertó con la luz de neón.

Huriya también parecía dormitar. En la habitación había un olor muy fuerte a orina y a sudor. Si hubiera habido alguna ventana en algún sitio la habría abierto de par en par para que entrara el aire y el sol. Pensé que la niña tenía que salir de allí lo antes posible, que no podría sobrevivir debajo de la tierra.

En los días siguientes la agitación disminuyó. Estábamos todos agotados, era como si cada uno de nosotros hubiera fabricado a la niña.

Dormíamos por turno para adaptarnos a las tomas del bebé. Huriya tenía los pezones agrietados, le costaba mucho darle el pecho. Su cama estaba manchada de sangre. La comadrona volvió, le dio de beber leche y anís y le masajeó las tetas con una pomada. Huriya temblaba por la fiebre y la niña gritaba. Al final, Béatrice, la redactora, envió a una interna amiga suya que se llevó a Huriya y a su niña al hospital. Huriya debía de estar muy enferma, porque se dejó llevar en una camilla sin decir nada.

Yo iba a verla todas las tardes. Estaba con otras madres en una habitación muy bonita y muy blanca de la planta baja; por la ventana se veían unos cipreses, unas alheñas y unos gorriones revoloteando. Hasta el cielo gris era precioso. Le llevaba bizcochos, pastas y un termo con té.

Para entretenerla, le contaba lo primero que se me pasaba por la cabeza.

Le decía que le pondríamos un nombre a la niña. La llamaríamos Pascale, porque había nacido antes de que entrara en vigor la nueva ley de familia.

Huriya estaba de acuerdo, pero quería que además se llamara Malika, como su madre. De esa forma, la niña se llamó Pascale Malika. En el registro civil quiso ponerle el apellido del padre, Mohammed, para que la niña no fuera de padre desconocido. Hasta Hakim fue a verla. Miró esa cosita roja y viva, completamente dormida en la cuna, y dijo:

—Parece una francesita.

A Huriya le entró de pronto la preocupación:

—¿No me la quitarán si quiero volver a mi país?

Yo la tranquilicé como pude:

—Nadie podrá quitártela. Es tuya y nada más que tuya.

Pensaba que era la primera vez que Huriya tenía algo de ella, y que, a pesar de todo lo que había padecido y de su futuro incierto, tenía suerte.

La llegada de Pascale Malika hizo que las cosas cambiaran por completo en la Rue Javelot. Comprendí que ya nada sería como antes, lo que, por otra parte, era mejor. En primer lugar, porque Huriya ya no quería volver a su país. Ahora que tenía a la niña se sentía más fuerte; la ciudad y la gente ya no le daban miedo. Todas las mañanas envolvía a su bebé en una toquilla y salía a pasearse por los jardines y por las calles, o bien iba a visitar a su amigo, el señor Vu. Para que tuviera trabajo, pedí a Béatrice que la contratara a ella en lugar de a mí. Béatrice compró una cuna para la niña; y Huriya iba todas las mañanas a trabajar a su casa.

Como Béatrice y su marido no podían tener hijos, les emocionaba ver a esa niñita durmiendo en su casa. Luego Huriya tomó la costumbre de dejarla allí durante más tiempo, mientras iba de compras o asistía a sus cursos de alfabetización. Pascale Malika tenía una habitación muy bonita, Béatrice y su marido habían sacado el escritorio y las estanterías llenas de libros y la habían empapelado de rosa; era muy tranquila y llena de sol.

Cuando Huriya volvía por la noche al agujero negro de la Rue Javelot, la niña lloraba y gritaba, no quería dormir. No lo dijeron, pero creo que, desde el principio, Béatrice y su marido pensaron en adoptar a Pascale Malika.

Volví a ver a Simone. Una noche fui de nuevo a la estación de Réaumur-Sébastopol. Me parecía que hacía años que no iba por allí.

Cuando oí el sonido del tambor resonando por los pasillos, me estremecí. No sabía hasta qué punto lo había echado de menos. Y, al mismo tiempo, todo lo que había pasado con el nacimiento de la niña me había cambiado, tal vez envejecido. Como si ahora captara por completo lo que había detrás de todos esos gestos, de todos esos actos, el sentido oculto de esa música.

Los músicos se habían sentado justo en el cruce de dos túneles, tocando sus tambores. Estaban los que yo conocía, los antillanos, los africanos, y otros a los que nunca había visto, como, por ejemplo, un chico con el pelo largo y la piel de color ámbar; creo que era de Santo Domingo. Simone no cantaba. Estaba sentada con la espalda apoyada en la pared y el rostro oculto tras unas gafas negras. Me senté a su lado y, al reconocerme, me sonrió, pero vi que tenía la mejilla derecha tumefacta.

—¿Qué te ha pasado?

Se encogió de hombros y no me contestó. La música de los jumbés y de los djun-djuns resonaba suavemente, muy lenta, muy tranquila.

Resonaba por debajo de la tierra, hasta el otro extremo del mundo, para despertar la música del otro lado del océano. Era como un canto, como una lengua. La necesitaba, me hacía bien, se parecía a la voz del almuecín que sonaba por encima de los tejados y entraba en el patio de Lalla Asma, y también a la voz de mis antepasados del pueblo de los Hilal.

En un determinado momento, alguien debió de avisar de la llegada de la policía y todo el mundo se fue muy deprisa,

desaparecieron los tambores y los espectadores, y me quedé sola con Simone, como cuando había ido a su casa. Pero esta vez me preguntó con una voz ahogada, angustiada:

—Laila, ¿puedo ir a tu casa esta noche?

Ella sabía dónde vivía desde la noche en que Martial me había dejado delante de la puerta del garaje. No le pregunté por qué. Volvimos a casa cruzando París a pie, en medio de la llovizna.

Se quedó dos días con nosotros. No se movía del colchón que le había traído Nono. Bebía un poco de Coca-Cola y volvía a dormirse.

Estaba atiborrada de sedantes. Nos contó lo que le había pasado: su amigo se había vuelto loco, la acusaba de engañarle, la había pegado y luego la habían violado entre dos. Simone no quería denunciarlo. Decía que no serviría de nada, que nadie la creería, porque el doctor Joyeux era muy importante, trabajaba en el Hospital Dieu y tenía amigos en todas partes.

Una noche vino a buscarla. Oí que se paraba el coche detrás de la puerta del garaje. No sé cómo se enteró de que Simone estaba escondida en mi casa. Tenía espías por todas partes. No organizó ningún escándalo, solamente dio unos golpecitos en la puerta, un ruido ligero que yo oí entre sueños. Cuando encendí la luz, vi a Simone sentada en su cama, con los ojos abiertos de par en par, como si ya supiera que iba a venir. Él le hablaba suavemente por detrás de la puerta, en su criollo cantarín y meloso. Le dije a Simone:

—¿Quieres que le diga que se vaya? —Tenía una mirada extraña, entre asustada y fascinada. Yo veía su mejilla hinchada y la sangre seca en su ceja, y me sentía llena de ira y de vergüenza—: No le escuches, no le respondas. Terminará yéndose.

Simone empezó a hablarle a través de la puerta. No quería despertar a la niña, le insultaba en voz baja, primero en francés y luego en criollo.

Acabó abriendo la puerta. El Mercedes estaba parado en medio de la oscuridad, con los faros encendidos. Solo se oía el zumbido de los aparatos de ventilación, que poco a poco empezaban a ponerse

en marcha. Se quedaron hablando toda la noche. En un determinado momento me desperté. Tenía frío. Por la puerta entreabierta del garaje se colaba una corriente húmeda. Vi el Mercedes, ahora con todas las luces apagadas, y a Simone y a su amigo, que seguían hablando sentados en el asiento de atrás. Y por la mañana se había ido con él, sin decir una sola palabra. Me costaba trabajo comprender cómo una mujer así podía estar tan unida a semejante hombre.

Tomé la costumbre de ir a casa de Simone por las tardes, cuando Martial Joyeux no estaba, para aprender a tocar y a cantar. Apenas se movía durante todo el día y siempre estaba sola en la casita de la Butteaux-Cailles, con las contraventanas cerradas. En la sala de abajo colocaba unas velas encendidas formando un gran triángulo y dentro de él metía todo lo que le gustaba: las frutas del mercado, mangos, piñas y papayas.

No me atrevía a preguntarle por qué lo hacía. Nunca le preguntaba nada, por eso me quería bien. Era bruja y también drogadicta, fumaba crack en una pipa de barro negra. Era guapa, con esos grandes ojos de egipcia y esa frente abombada que brillaba como el mármol negro.

Tocaba un piano eléctrico conectado a dos bafles. Ponía el sonido muy bajo, muy grave, para que la oyera mejor. Me dijo que yo debería dedicarme a la música, porque no oía por un oído, y todos los grandes músicos tenían algún problema: eran sordos o ciegos, o simplemente estaban un poco chiflados.

El doctor Joyeux se pasaba el día fuera de casa. Estaba todo el tiempo en la Salpêtrière, se ocupaba de los locos. Él mismo estaba loco.

No le gustaba lo que hacía Simone. Si se hubiera enterado de lo de las velas y las ofrendas, se hubiera enfurecido. Pero ella lo hacía desaparecer todo antes de que él llegara, guardaba las velas y el

incienso y volvía a poner en su sitio la alfombra, las sillas y los sillones.

Se empeñó en enseñarme a cantar. Se sentaba en el suelo con su larga túnica desplegada alrededor, como una corola escarlata, y yo me ponía a su lado. Su mano ancha y ligera corría por el teclado, tocaba tres, cuatro, cinco compases, o un acorde prolongado, y yo debía seguirlos con la voz. Tocaba con la mano izquierda para poder cantar cerca de mi oído bueno. Yo no le había dicho nada, pero ella sabía que yo era medio sorda. Es increíble que se le ocurriera enseñarme música, era como si hubiera comprendido que la música formaba parte de mí, que vivía para ella. Pasamos muchas tardes juntas en la casa de la Butteaux-Cailles.

Cantábamos, bebíamos té, fumábamos y charlábamos. Nos reíamos sin saber por qué. Me parecía que nunca había tenido una amiga como Simone. Todo aquello me recordaba la época del fondac, a las princesas para quienes bailaba, cuando me llevaban a los baños y a los cafés de la costa. Simone era exactamente igual que una princesa. Pero había en ella algo trágico que yo no entendía bien, era como si tuviera una parte secreta, una parte de locura.

Me enseñaba a cantar con la música de Jimi Hendrix, *Burning in the midnight lamp, Foxy Lady, Purple haze, Room full of mirrors, Sunshine ofyour love*, y *Voodoo child*; con la de Nina Simone, *Black is the color of my true love's hair, I put a spel on you*, la de Muddy Waters, y con la de Billie Holiday, *Sophisticated Lady*, pero yo no cantaba la letra, solo cantaba sonidos, y no solo con mis labios y mi garganta, sino también desde un lugar más profundo, desde el fondo de mis pulmones, de mis entrañas. Cantaba cuatro, seis compases y entonces ella me hacía detenerme y repetirlos una y otra vez. Su mano bailaba por el teclado, y yo tenía que hacer lo mismo una octava más alto, o bien ella tocaba en un tono grave, y yo debía seguir y cantar: «Babeliboo, baabelolali, lalilalola…»

A veces me hablaba de su isla, que estaba en el otro extremo del mundo, y de la música que atraviesa el mar hasta llegar al país de donde sus antepasados fueron sacados y vendidos. Pronunciados

por ella, los nombres de los distintos pueblos sonaban de una forma extraña, como si fueran la letra de una canción: Ibo, Moko, Temne, Mandinka, Chamba, Ghana, Kiomanti, Ashanti, Fon…

Como los nombres de mis propios padres, que yo había olvidado.

Me hablaba de la pobreza. Decía: «El haitiano es el hombre que tiene el rostro más glacial del mundo», «El negro es quien traiciona al negro, como en los tiempos de Dessaline», «Cuando uno tiene hambre, vuelve los ojos hacia dentro». Me hablaba de la Rue Césars, en Puerto Príncipe, del corazón que late en la muchedumbre, de su madre Rose Carole, que hacía vudú para atraer a los muertos, y también del ojo abierto situado en el centro de un gran triángulo que había en el patio de su casa, como el que ella dibujaba con sus velas. Contaba, cantaba, hablaba con los tambores, veía venir a los espíritus loas hasta allí, hasta su calle. Me decía sus nombres y los de las plantas, «lazam», «lame veridica», los frutos del alma verdadera, los papayos, y me hablaba del gigante y oscuro *zaman*, que cubre la isla con su sombra. Yo escuchaba, era todo tan bonito que me quedaba dormida. Tocaba el piano para mí, siempre las mismas notas graves, una y otra vez, o bien golpeaba con las yemas de los dedos el tambor que habla, el rada, el djun–djun, y su sonido se me metía hasta dentro como en los pasillos de la estación Sébastopol, ascendía en mí y me invadía por entero, y yo, como la serpiente que baila ante el encantador de serpientes y como los Aíssaua de las fiestas, giraba y giraba hasta el vértigo.

Ya no hablábamos. Solo existíamos ella y yo: ella, puesta de cuclillas en medio de su túnica, balanceando su busto al son de la música y cantando su canto africano que llegaba hasta la otra orilla del mar, y yo repitiendo sus movimientos, sus frases, e incluso el movimiento de sus ojos y los gestos de sus manos, sin entender, como si estuviera unida a ella por una fuerza magnética.

Seguíamos así hasta que las llamas de las velas se ahogaban en la cera.

Cuando todo se acababa, nos quedábamos agotadas. Dormíamos en el suelo, sobre los cojines revueltos, en medio del olor a humo.

Fuera, el mundo tal vez siguiera moviéndose frenéticamente, los metros, los trenes, los coches, los hombres corriendo como insectos enloquecidos, y la gente que vendía, contaba, multiplicaba, almacenaba, invertía. Yo me olvidaba de todo, de Huriya, de Pascale Malika, de Béatrice y Raymond, de Marie-Hélène, de Nono, de la señorita Mayer y de la señora Fromaigeat. Todo aquello desaparecía poco a poco, se deshacía. La única imagen que me venía, que me inundaba, era la del gran río Senegal y la desembocadura del Falémé, en cuya orilla se encontraba el pueblo de El Hadj. La música de Simone me había transportado hasta allí.

Una noche, Martial Joyeux volvió antes de lo previsto. Abrió la puerta de la sala y se quedó durante un momento en el umbral, mirando.

Fuera estaba oscuro. Las velas moribundas debían de emitir un resplandor vacilante, y yo adivinaba la mirada del doctor escudriñando la penumbra. No dijo nada. Cruzó la sala tropezándose con los tambores de Simone y fue directo al baño. Debía de estar terriblemente encolerizado para pasar en silencio a través de aquella leonera. Simone me hizo levantarme y me empujó hacia la puerta:

—Vete, vete inmediatamente, por favor.

Parecía aterrorizada. Le dije:

—Ven tú también. No te quedes aquí. —Estaba segura de que si se iba en ese momento sería libre. Pero a ella ni siquiera se le pasó por la cabeza. Me puso dinero en la mano.

—Vete, toma un taxi para volver, hace frío.

No sé por qué, pero en ese momento pensé que no volvería a verla.

No podía decidirse y por eso era una esclava. Si hubiera podido decidirse, aunque solo fuera una vez, no habría tenido miedo de Martial ni de estar sola; tampoco habría necesitado esnifar todas aquellas porquerías ni tomar su Temesta. Habría sido libre.

En cuanto a El Hadj, la cosa tampoco iba demasiado bien. El anciano soldado temía el invierno. Yo, cada vez que podía, iba en tren o en autobús a Courcouronnes, hasta la autopista de Villabé. El campo estaba helado, los taludes, cubiertos de escarcha. En los grandes campos grises renqueaban unas cornejas. En el pequeño apartamento de la torre B, El Hadj permanecía sentado delante de la ventana. Se había puesto un jersey grueso encima de su túnica azul y un gorro forrado de piel que no se quitaba ni siquiera para dormir. Soñaba en voz alta con el gran río que discurre lentamente a través del desierto, donde la luz resplandece incluso de noche. Tal vez yo fuera a visitarlo por eso, para que me hablara del río. Me hablaba también del río Falémé, y de las ciudades, Kayes, Medina, Matam, y de Yamba, su pueblo. Como si todavía se deslizara por él en una larga piragua rodeado de mujeres y de niños, viendo pasar las casas pegadas a las orillas y los vuelos de las grullas y los cormoranes. Fue la primera vez que me habló de Marima, su nieta, la hermana de Hakim. Había muerto allí un verano, al ir a visitar a su madre. Había contraído la leucemia durante la estación de las lluvias. El frío se le había metido hasta dentro, la había helado día tras día y la había matado. El Hadj no me enseñó fotos de ella. No le hubiera servido de nada. Solo me enseñó su libro escolar, porque estaba orgulloso de sus notas. Marima estaba acabando el bachillerato en Sain-Louis.

A veces se le olvidaba que su nieta estaba muerta. Me hablaba como si yo fuera ella, la nueva Marima. Dentro de él sentía un profundo desgarro, como un hueso roto que no deja de doler. Nunca había querido volver allí abajo: «Lo han demolido todo, hay carreteras por todas partes, puentes, aeropuertos, y todas las piraguas tienen la parte de atrás cortada para poder ponerles un motor. ¿Qué puede hacer un viejo como yo allí? Pero cuando muera, quiero que me lleves a mi país, para que me entierren junto a mi padre y mi madre en Yamba, en la orilla del Falémé. Allí es donde nací y allí es donde debo volver». Yo le prometía que iría con él,

aunque supiera que eso era prácticamente imposible. Yo también tenía un cementerio donde quería que me enterraran.

O también me contaba lo que había visto en Arabia, cuando había ido a besar la piedra negra del ángel Gabriel. Me hablaba del agua de la fuente Zem Zem, que había traído en una botellita de plástico, y de la planicie de Arafat, donde el viento del desierto quema los ojos a los viajeros. Tenía el rostro vuelto hacia la ventana, y yo veía la gran pared blanca de los edificios de los alrededores y oía el estruendo de la autopista no muy lejos de allí, donde estaba la isla de los gitanos. Pero él no se encontraba allí, estaba en otra parte, en su luz. Me quedé con El Hadj hasta que anocheció. Le preparé su té, lavé los platos y le ordené todas sus cosas. Tal vez en el fondo intuyera que no volvería a verlo.

Como cuando Lalla Asma había empezado por caerse en la cocina y yo había comprendido que antes o después se iría.

A El Hadj se lo estaba llevando el invierno. Siempre tenía frío.

Hakim le había comprado un radiador de aceite que funcionaba día y noche, y en la habitación hacía tanto calor que el vapor de agua brillaba en los baldosines. El Hadj dejaba de hablar para toser, una tos fuerte y seca que sonaba como un fuelle en la caverna de sus pulmones y que me hacía daño. Hakim me había dicho que su abuelo padecía de edema pulmonar, una enfermedad que le impedía respirar. Pero yo pensaba que la culpa de todo la tenían el frío, el viento y la lluvia, y el cielo lleno de nubarrones grises, y el sol tan pálido; estaba segura de que se consumía por eso.

Cuando le notaba muy cansado, me iba. Le besaba la mano y él posaba un instante su palma sobre mi frente y después me la pasaba por los ojos, la nariz, las mejillas y los labios. Me decía: «Hasta pronto, hija mía», como si yo fuera realmente Marima. Tal vez pensara de verdad que yo era ella. Tal vez hubiera olvidado cómo era su nieta. Tal vez fuera yo quien había acabado por parecerme a ella a fuerza de ir a visitar a su abuelo, a fuerza de escucharle contar lo que había vivido allí abajo, en la orilla del río. Yo misma no sabía quién era.

Al volver hacia Courcouronnes, daba un rodeo para pasar por la isla de los gitanos y ver a Juanico. Una tarde se acercó a mí como si hubiera estado esperándome. Parecía pasarle algo. Me pidió un cigarrillo y luego me dijo con la voz un poco ahogada:

—Brona vende un niño. —Al ver que no le entendía, me repitió con cierta impaciencia—: Es verdad lo que te digo, Brona vende a su niño.

Anochecía. Las farolas se encendían como estrellas amarillas a lo largo de la carretera, y un poco más allá, al final del terraplén de cemento, el edificio del supermercado estaba iluminado como un castillo de hadas.

El corazón me latía muy fuerte. Seguí a Juanico a lo largo del sendero por el que se llegaba directamente hasta el campamento de los gitanos. Caminaba muy deprisa. No podía creerme lo que Juanico me había dicho. Me parecía que me había contado mi propia historia, cuando unos desconocidos me habían metido en un gran saco y me habían vendido, pasando de mano en mano hasta llegar a casa de Lalla Asma.

Juanico me condujo a una chabola con el tejado de chapa que estaba apoyada contra una *roulotte* blanca. Una lámpara de gas colocada en el suelo iluminaba la carita de unos niños. Alrededor de la chabola se veían montones de basura, cartones, latas oxidadas y un carrito de supermercado cojo. Dentro de la *roulotte* se encontraban unos hombres y unas mujeres comiendo y se oía un televisor. Fuera había unos perros con el pelo erizado atados a unas cadenas. Juanico abrió la puerta de la chabola. Brona estaba sentada en un catre de tijera, sobre un colchón de plástico. Junto a ella había dos niños, una niña de unos seis años y un niño de doce con la mirada despierta, inteligente. Hablaban en nimano.

La mujer tenía el rostro delgado, los cabellos rubios tirando a cobrizo y unos ojos verdes pequeños y vivos como los de un animal. Mientras Juanico le hablaba, su mirada iba de él a mí, como si tratara de averiguar si lo que estaba diciéndole era verdad. Luego se

levantó, se fue hacia el fondo y corrió una cortina. En la alcoba había un cochecito negro, y dentro de él un bebé dormido.

—Es una niña —me dijo Juanico. Y luego añadió en voz baja, de forma confidencial—: Le he tenido que decir que conocías a gente rica, a médicos, abogados, pues de lo contrario no te habría enseñado a su hija.

Me quedé mirando al bebé dormido, casi completamente oculto bajo la ropa de lana y las sábanas, y al final pregunté:

—¿Cómo se llama?

Brona sacudió la cabeza. Ahora su gesto era duro y hermético.

—No tiene nombre —respondió Juanico después de un largo silencio—. Ya se encargarán de ponérselo quienes la compren. —Pero cuando salí de la chabola, Juanico me dijo en voz baja—: No es verdad.

La niña ya tiene nombre. Se llama Magda.

Pensé en Béatrice, la redactora, y en lo que había dicho a propósito de la niña de Huriya, que si su madre no podía ocuparse de ella le gustaría adoptarla.

—Oye —le dije a Juanico—, si esta mujer está realmente dispuesta a vender a su hija, yo conozco a alguien que se la comprará.

Lo dije con un nudo en la garganta, porque pensaba que alguien debía de haber dicho esas mismas palabras antaño, cuando me habían robado a mí, y que Lalla Asma había debido de responder: «Yo puedo comprarla». Era una noche gris y oscura, los coches circulaban por ambos lados de la isla de los gitanos con un gran estruendo, parecido al de la crecida de un río. Juanico me acompañó hasta la parada del autobús y regresé a París.

11

El Hadj murió tres días después. Hakim me lo hizo saber a través de un amigo. Me enteré de la noticia justo cuando me disponía a ir al Café de la Desesperanza para seguir mi curso de filosofía. Cogí de inmediato el tren para Évry-Courcouronnes. El cielo seguía gris y bajo, parecía como si no hubieran pasado los días. En la radio decían que iba a nevar.

La puerta del apartamento estaba entreabierta. Entré sin hacer ruido, como si él siguiera todavía allí y no quisiera sobresaltarle. En la cocina donde solía estar no había nadie, y en su dormitorio la persiana estaba medio bajada. Primero vi a Hakim de espaldas, cerca de la cama, y luego a otra gente que no conocía, probablemente vecinos, gente mayor, y a una mujer alta y robusta. Al principio pensé que quizá fuera la madre de Hakim, pero luego me di cuenta de que no, porque era demasiado joven y con aspecto de árabe; tenía la piel blanca y los cabellos permanentados y teñidos de henna. Quizá solo fuera la asistenta, o la portera del edificio. El Hadj estaba tumbado en su cama, completamente vestido, con su larga túnica azul sin cuello y su pantalón gris con la raya impecable. Incluso llevaba puestos sus grandes y brillantes zapatos negros, como si se dispusiera a partir de viaje. Nunca le había visto así: el rostro contraído, los ojos con los párpados abotargados, la boca y la nariz apretados, con una expresión de dolor y de tristeza. Pensé en las cosas que contaba del río Senegal, de su pueblo, Yamba, y del río Falémé, que era lo que más quería en este mundo, y había muerto tan lejos, completamente solo en su habitación, en el piso

octavo de la torre B del complejo de viviendas de la autopista de Villabé.

Ahora nadie decía nada. Hakim me miraba mientras yo tocaba la frente de su abuelo, solo un segundo, justo el tiempo de rozar con la yema de los dedos su piel fría, granulosa. Había demasiada tranquilidad, demasiado silencio. Me hubiera gustado que hubiera ruido como en las películas, que las mujeres lloraran con largos sollozos patéticos y exagerados, que hubiera un guirigay de voces de hombres mientras bebían el café de los muertos, o un murmullo sordo de rezos, como hacen los cristianos. Un perro que aullara en el patio, o incluso un tañido fúnebre. Pero no se oía nada. Solo las voces de la televisión en alguna parte, en lo alto del inmueble. Los visitantes se retiraban consternados, evitando mirarme. Me hubiera gustado que los que tocaban el tamtan en el metro estuvieran allí y que tocaran sin parar, que la música retumbara como el fragor del trueno a través de la selva, a lo largo de los ríos, mientras Simone cantaba con su voz grave *Black is the color of my true love's hair*. La señora robusta con los cabellos teñidos de henna salió muy despacio. Pensé que se parecía a Lalla Asma. Tenía la misma mirada, un poco perdida, como de miope. No sé por qué, pero la así por la muñeca y la llevé hacia la cama:

—Por favor, quédese un poco más, no se vaya.

Ella meneó la cabeza y, con una voz ronca, ahogada, dijo:

—Era muy amable. —Lo dijo como si se disculpara mientras soltaba mis dedos, uno a uno, de su muñeca. Tenía una expresión de terror en sus ojos verdes, me parecía que sus pupilas negras nadaban en el centro de sus iris.

Al final, fue Hakim quien la liberó. Me sujetaba por los hombros como si fuera una histérica. Hakim era mi hermano. Yo era Marima.

Sentía sobre mi rostro los dedos cansados de El Hadj: pasaban lentamente sobre mis ojos, sobre mis labios. Ya no podía respirar. Había algo que se hinchaba dentro de mí, en mi pecho, y me taponaba la garganta: «Era mi abuelo, ¿qué va a ser de mí ahora?». Balbuceaba incoherencias, me ahogaba al hablar. Hakim pensaba

que estaba llorando, pero no eran lágrimas, era ira, hubiera querido romper todo lo que había dentro del edificio, perforar el techo opaco que había impedido a El Hadj ver, romper los cristales de las ventanas y las persianas, romper los vagones, las lunas de los autobuses, los raíles del ferrocarril, el barco que tardaba tanto en llegar a las orillas del río Senegal y a Yamba, en el río Falémé.

Hakim me estrechaba tan fuerte que me desplomé en el suelo, junto a la cama; veía todo lo que la vida había quitado a El Hadj, el orinal, los frascos de cortisona, todo lo que estaba caído en el suelo y que nadie había tenido tiempo de limpiar para la ceremonia funeraria.

Me estuvo abrazando durante un buen rato, creo que también necesitaba que le consolaran. En un determinado momento me besó, y noté sus mejillas llenas de lágrimas. Después se acabó todo. Me puse de pie y me fui. No miré el cuerpo del anciano, tumbado y completamente vestido en su cama. Sabía que él no volvería a su pueblo a orillas del río.

Se quedaría en Villabé, en el cementerio, donde le encontrarían un sitio muy pequeño, y, a modo de río, oiría el fragor de los coches en la autopista. En el tren, desierto a esas horas, vi cómo llegaba la noche a través de la ventanilla sucia. Creo que pensaba más en Mag Magda que en El Hadj. Estaba mareada. No había comido ni bebido nada desde por la mañana.

Antes de llegar a París, los revisores me pillaron desprevenida. En general, siempre tenía mucho cuidado y me bajaba en cuanto los veía subir al vagón. Pero ese día se me olvidó hacerlo, estaba como en un sueño, embotada, como cuando se ha sufrido mucho. Tal vez ya me hubieran echado el ojo. Cuando los vi, ya los tenía encima. Vinieron directamente hacia mí, ignorando a los otros pasajeros. Unos gitanillos —los que había conocido la primera vez con Juanico — salieron a escape señalándolos con el dedo, pero los revisores venían por mí. Al principio estuvieron muy educados, casi ceremoniosos.

—Señorita, viaja usted sin billete. Por favor, enséñenos algún documento de identidad. —Cuando les dije que no tenía ninguno y que aunque lo hubiera tenido no tenían ningún derecho a pedírmelo, se volvieron mucho menos educados—. En ese caso, tendrá que acompañarnos al cuartelillo.

Formaban una extraña pareja, uno de ellos era alto y fuerte, con papada y un bigotito rubio, y el otro, bajito y moreno, tenía pinta de nervioso y acento de Toulouse. Me agarraron cada uno por un brazo y me hicieron atravesar todo el tren hasta llegar a la locomotora. Me obligaron a sentarme en medio de los dos en una banqueta dura, al lado de la puerta. Les dije que estaban cometiendo un abuso, que no tenían ningún derecho a utilizar la violencia, pero les dio igual. El tren seguía avanzando hacia París, se había hecho de noche. Mis dos guardianes conversaban como si yo no existiera, hablaban de su trabajo, se contaban chismes. Hubiera podido ablandarlos contándoles que mi abuelo había muerto y que por eso habían conseguido pillarme. Pero no tenía ganas de que me compadecieran y, además, no hubiera utilizado a El Hadj por nada del mundo para conseguir un favor de esos mercenarios.

Al llegar a la estación de Austerlitz, me llevaron a una pequeña oficina que había detrás de las taquillas. Me hicieron esperar una hora larga y, durante todo ese tiempo, se quedaron delante de la puerta fumando y contándose sus chismes. Yo pensaba que era un pececillo muy pequeño para unos hombres tan fuertes, con sus uniformes, sus esposas y sus pistolas automáticas. Pero tal vez ellos pensaran que en la vida no hay nada insignificante; hay gente a quien le gusta creer eso.

Cuando llegó su jefe, quiso interrogarme. Se me acercaba a la cara y me gritaba:

—¿Cómo se llama?

—Laila.

—¿Es usted mayor de edad?

—No lo sé. Sí. No. Tal vez.

—¿Dónde viven sus padres?

—En África.

A partir de ese momento la cosa se puso muy fea. El jefe era un hombrecillo insignificante que se llamaba señor Castor, al menos ese fue el nombre que pude descifrar al revés en un sobre que había encima de la mesa.

—¿No tienes papeles?

El tuteo era un signo de impaciencia.

Se me ocurrió una idea para tranquilizarlos.

—Pueden llamar a mi abogado.

—¿Quieres que te dé una bofetada?

Estaba claro que no era la mejor manera de calmarles. Admití:

—Bueno, no es realmente mi abogado. Es la señora que se ocupa de mí. Una educadora, vaya.

La palabra les gustó. Les di el nombre y el número de teléfono de Béatrice. Al fin y al cabo, entre redactora y educadora no había demasiada diferencia. Sobre todo no quería que llegaran a saber que vivía en la Rue Javelot. Nono y Huriya ya tenían bastantes problemas. Por suerte, nada más llegar a París había hecho lo mismo que los comandos en las películas de guerra: hacer desaparecer cualquier cosa que pudiera servir para identificarme.

Béatrice acudió enseguida en su utilitario inglés. Lo pagó todo, el billete y la multa, e incluso tuvo que soportar un sermón.

Lloviznaba. Las escobillas de los limpiaparabrisas rechinaban sobre el cristal como si estuviera lloviendo arena. Le dije a Béatrice:

—No puedo volver a mi casa.

Me miró un segundo sin saber qué decir.

—Si quieres, puedes venir a dormir a mi casa. Raymond no dirá nada.

Era lo mejor que podía haberme dicho. Apoyé mi cabeza en su hombro. Esa noche necesitaba creer que tenía a alguien, una amiga, una hermana mayor.

Me quedé bastante tiempo en casa de Raymond y Béatrice. Creo que estaba muy cansada. No me había dado cuenta de que lo estaba porque no había parado ni un momento. Se me juntaba todo, la niña de Huriya, Nono, los cursos, los recados, Simone, que vivía en nuestra casa, y El Hadj, que había muerto. Ahora, de pronto, ya no me restaban fuerzas, como cuando me había ido de casa de la Señora y Nono me había llevado a la Rue Javelot.

Permanecí allí diez días, o quizás un mes, no recuerdo bien. Fuera hacía frío y estaba oscuro, tal vez nevara. Me quedaba tumbada en el colchón, en la parte del salón que utilizaban como despacho, pero Béatrice se había llevado su ordenador y lo había enchufado en su dormitorio. Había libros por todas partes, en las estanterías y metidos en cajas.

Y yo no hacía otra cosa que leer novelas, libros de historia e incluso de poesía, al azar. Leía a Malaparte, a Camus, a André Gide, a Voltaire, a Dante, a Pirandello, a Julia Kristeva y a Ivan Illich. Eran todos iguales, todos utilizaban las mismas palabras y los mismos adjetivos. No eran punzantes, no hacían daño. Echaba de menos a Frantz Fanon. Trataba de imaginar lo que hubiera dicho él, lo que hubiera pensado de la religión, su risa irónica ante semejantes elucubraciones. La poesía me resultaba ajena. Era como si no tuviera nada que ver conmigo, no era para mí. Sin embargo, me gustaba coleccionar las palabras. Para cantarlas, para lanzarlas en la habitación, para oírlas rebotar y romperse en mil pedazos o, por el contrario, para oírlas caer en el suelo como una fruta madura. Tenía un cuaderno en el que apuntaba las palabras o los comienzos de frases que me llamaban la atención.

Clima
sombras
ave lira
calandria del alba
difractar

las olas rompen
tablero celeste

Aquello no significaba nada. Béatrice volvía hacia las seis de la tarde: cuando abría la puerta, entraba con ella una bocanada de la ciudad, de ruido, de humo. Raymond venía más tarde. Traía vino. Cenábamos los tres juntos en la cocina, pasta al pesto, queso. Me gustaba mucho estar con ellos. Me parecían tan seguros, tan previsibles, tan enternecedores.

Retrasaba el momento de hablar de Magda. Me decía a mí misma que, en cuanto pronunciara su nombre, no me quedaría más remedio que irme. Volvería a encontrarme en medio de la calle, con la gente empujándome, el estruendo de los coches y la entrada a la Rue Javelot como un corredor que conducía al centro de la tierra.

Hablaban de su trabajo. Béatrice contaba cosas del periódico: los gritos que daba su jefe, las llamadas de teléfono y otras cosas de las que yo no entendía nada, como si todo ese mundo estuviera codificado.

Raymond hablaba con monosílabos. Trabajaba como pasante en un despacho de abogados que estaba en Sarcelles, o en Fleury–Mérogis, no lo sé, lejos, se encargaba de los asuntos de los demás abogados.

Trataba de imaginarme a Magda en la habitación pintada de rosa, con una cama muy blanca y esos móviles con música que en Francia cuelgan encima de los bebés para enseñarles a tener paciencia. A Magda corriendo hacia la cocina, tendiendo sus bracitos a Raymond y gritando:

«¡A caballito!». Y él: «¡Julie!», o «¡Romie!». En cualquier caso lo más importante era que nunca llegaran a saber cuál era su verdadero nombre.

Un día, quizá, cuando fuera mayor, yo sería para ella como su tía y le contaría la verdad: «Hoy te diré cuál es tu verdadero nombre, tu nombre de cuna». O tal vez se lo diría Juanico. Se cruzaría con ella en los pasillos del metro, en Réaumur Sébastopol, y le diría: «¡Magda, prima mía!».

Le pusieron Claire, porque así era como se llamaba la madre de Raymond. Y Johanna porque a Béatrice le gustaba mucho ese nombre.

Había cantado *Gimme hope, Johanna*. Cuando la guerra de Vietnam, ella tenía quince años, como otras muchas.

Nunca supe cuánto pagaron por ella. Yo me quedé fuera, en el viento, oyendo el ruido del río de los coches alrededor de la isla. En el cielo revoloteaban unos cuervos, como el día en que nací yo, pero no gritaban de espanto.

En esa época fue cuando pasó todo. Tal vez porque Huriya se había ido a vivir a casa del señor Vu. Ahora estaba sola. Para ganar un poco de dinero había conseguido que me contratara una asociación de sordomudos; mi trabajo consistía en dejar un papel en las mesas de los restaurantes, junto con un llavero, y luego recoger los donativos. Cuando iba a dejar mis llaveros en los restaurantes del centro comercial o me acercaba hasta la estación de Réaumur para escuchar a la gente que tocaba, tenía mucho cuidado. Nunca pasaba dos veces por el mismo lugar, evitaba los pasillos desiertos y las puertas cocheras, y no miraba a nadie a los ojos.

Podía distinguir a los pandilleros de lejos. Iban en grupitos por la zona de Ivry o por la de la plaza Jeanne-d'Arc. En cuanto divisaba un grupo cruzaba a la acera de enfrente, pasando por en medio de los coches, y me perdía por el otro lado. Era tan rápida y tan hábil que nadie hubiera podido seguirme. A veces tenía la sensación de que estaba en la selva, o en el desierto, y que las calles eran ríos, grandes ríos de agua turbulenta llenos de rocas, y que yo saltaba de una roca a otra, bailando.

El ruido de las bocinas y los rugidos de los motores salían del suelo y me subían por las piernas, se me metían en el vientre. Sin embargo, a ese hombre no lo vi venir. Apareció de pronto en la gran explanada barrida por el viento e iluminada por las farolas; era un hombre normal y corriente, con una gabardina y un gorro de piel,

las manos metidas en los bolsillos y un rostro un poco gris. Yo estaba contando el dinero que había recogido en los Vietnamitas, cien o quinientos francos en muy pocos minutos, solo con dejar mis llaveros en la esquina de cada mesa, junto a mi cartón de sordomuda.

En el último momento, le vi los ojos y sentí miedo, porque reconocí en ellos la misma mirada dura y penetrante que tenía Abel cuando entró en el lavadero. Pero era demasiado tarde. Me agarró por las muñecas y me abrazó con una fuerza increíble sin decir una sola palabra.

Seguramente me había seguido y luego había debido de rodear los almacenes para volver sobre sus pasos y encontrarme justo donde él quería, en el recoveco, entre la pared de la torre de pisos y los almacenes cerrados.

Intenté gritar, pero me puso el puño sobre el vientre y apretó de golpe, como si quisiera romperme en dos, y yo me quedé sin respiración y me derrumbé, con los brazos y las piernas como las de un pelele. Era extraño, porque me daba cuenta de lo que me estaba pasando y, al mismo tiempo, me faltaban las fuerzas, como en una pesadilla. Me desabrochó los botones del pantalón vaquero con una sola mano, era fuerte y hábil, mientras que con la otra me mantenía tirada en el suelo, junto a la pared. Me acuerdo de que olía a orina, era un olor horrible que me invadía por completo, que me producía náuseas; había sacado su sexo y trataba de entrar en mí dando unos golpes muy fuertes con los riñones, y su áspera respiración resonaba en el recoveco del edificio.

No sé cuánto tiempo duró, pero me pareció una eternidad: esa mano apoyada en mi pecho, esos golpes en mi vientre, y yo que no podía pensar, ni respirar siquiera. Me parecía que nunca acabaría. Después se retiró. Creo que no lo consiguió, no sé si porque yo era demasiado estrecha para él o porque vio venir a alguien. El caso es que de pronto se fue, y yo me quedé ahí; estaba helada y débil, sangraba sobre el cemento. Bajé por la escalera hasta llegar a la Rue Javelot y entré en el sótano; puse a calentar agua para lavarme

en la bañera de la niña de Huriya. Todo estaba en silencio, amortiguado. Me parecía que ya no oía de ninguno de los dos oídos. No sabía dónde me encontraba. Creo que vomité en el cuarto de baño, al final del pasillo. Creo que grité, abrí la puerta de hierro y di un grito en el túnel, un rugido, para que subiera hasta lo alto de las torres, pero nadie me oyó. Se oían los motores de los ventiladores poniéndose en marcha uno tras otro, con una vibración de avión.

Aquello cubría todos los ruidos. Pensé en Simone. Sentí una terrible necesidad de verla, de estar a su lado mientras ella repetía el estribillo de una canción. Pero sabía que eso era imposible. Creo que esa noche me hice adulta.

Me encontraba bien al hallarme lejos de todo, en casa de Béatrice.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan protegida, sin pensar en el día de mañana, sin preocupación alguna. Solo haciendo lo que yo quería en el apartamento, ordenando tranquilamente las cosas, cuidando a la niña, como cuando Huriya había vuelto del hospital, pero con la diferencia de que aquí entraba la luz, el sol, había una temperatura muy agradable y no había nada que temer. La ventana del salón daba a un pequeño patio interior donde crecía la yedra y el follaje estaba lleno de gorriones. Una mañana encontré uno en el alféizar de la ventana, desmayado, con las plumas revueltas. Le llamé *Harry*. Saqué una caja de zapatos del armario y le construí con algodón un nido muy confortable que puse en la habitación de la niña, al lado de la cuna. Todo aquello me resultaba dulce y agradable, era como si en el resto del mundo no hubiera nada malo, como si no hubiera pandilleros, polis, mujeres golpeadas, y tampoco viejos que se mueren de hambre en sus cuchitriles con las persianas bajadas. Después preparé el biberón de Claire, o de Johanna (me gustaba más este segundo nombre), y tomé de él algunas gotas de leche caliente para mezclarlas con un poco de miga de pan.

En su caja de zapatos, *Harry* estaba hirsuto, pero las plumas ya empezaban a secársele. Me miró colocar las bolas de miga de pan delante de él sin moverse. Después le di el biberón a Magda

(decididamente no podía olvidar su verdadero nombre) y acabó de tomárselo, el gorrión empezó a piar y a agitarse en la caja.

No sé si consiguió comer alguna bolita, pero el suave calor de la habitación le había despertado, y al cabo de un momento se echó a volar gritando y empezó a chocarse contra los cristales de la ventana, mientras al otro lado, en el follaje, sus amiguitos volaban de un lado para otro y le llamaban. Nada más abrirle la ventana, *Harry* se escapó, y en un segundo le vi unirse a los otros gorriones, que giraban como hojas en el viento. A los pocos segundos, *Harry* había desaparecido con ellos.

Mientras le daba el biberón a Johanna, vi a los inspectores abajo, en la calle. Iban vestidos como si fueran gente normal y corriente, con gabardina, anorak y zapatos de goma, pero yo los reconocí enseguida.

Tengo un sexto sentido para ese tipo de gente. Miraban hacia las ventanas de la casa como si trataran de ver algo a través de las cortinas.

Después entraron, debieron de preguntar por mí al portero portugués que me tenía tanta manía y empezaron a llamar al timbre una y otra vez; el ruido hacía chillar a Johanna y resonaba en el fondo de mi cabeza como el grito de un insecto.

No me moví hasta que se fueron. Estaba nerviosísima. No podía quedarme ni un minuto más en esa casa, y, sin embargo, no podía dejar a Johanna gritando sola en su cuna. Busqué el número de teléfono de Béatrice. Estaba tan ansiosa que me apoyaba el auricular del teléfono en el oído sordo y no oía nada de lo que decían al otro lado. Repetía el mensaje como un papagayo: «Por favor, Béatrice, vuelva enseguida, es urgente, por favor, Béatrice». Justo cuando me disponía a cerrar la puerta, sonó el teléfono. Me acerqué el auricular al oído bueno y oí la voz de Béatrice: «Laila, ¿qué ocurre?». Le dije que volviera a casa enseguida, porque tenía que irme. Ahora ya me sentía tranquila. Colgué antes de que me hiciera más preguntas. Por otra parte, Johanna se había dormido. Entonces me eché a andar por las calles, hacia Austerlitz.

Volví a la Rue Javelot. Mientras caminaba a lo largo del túnel, hasta llegar al garaje con el número 28 pintado en la puerta, iba con el corazón en un puño. Me parecía que ya nunca podría vivir allí, que mi vida estaba en otra parte, no importaba dónde, que tenía que irme; Juanico decía cosas parecidas. Decía: «Sabes, alguna vez tendré que irme. Es más fuerte que yo. Después, quizá vuelva; pero si me quedo, te mataré, me mataré».

Ahora comprendía lo que quería decir.

En el apartamento todo seguía igual que antes. Te ahogabas por culpa del radiador, que consumía un montón de electricidad. Vi que Nono había traído algunos aparatos nuevos: televisores, vídeos y un equipo de música. Había también otra moto, roja, con el sillín de piel de cebra. No sé por qué, pero tenía la impresión de entrar en una casa de niños y eso hacía que me entraran ganas de reír y de llorar al mismo tiempo.

Encima de la cama, había un sobre a mi nombre. No conocía la letra, elegante, arcaica. Solo decía: «Para la señorita Laila. París». Lo abrí y al principio no lo comprendí, era simplemente un pasaporte francés a nombre de Marima Mafoba.

El sótano estaba vacío. No había ni rastro de Huriya ni de Pascale Malika. La cuna ya no estaba. Comprendí que se habían ido de verdad, que no volverían.

Dentro del pasaporte había una carta. Reconocí la letra minúscula e incomprensible de Hakim. Siempre me costaba leer sus apuntes. Lo que decía en la carta era muy fácil de entender y, sin embargo, yo lo leía una y otra vez sin comprender.

> Querida Laila.
>
> Antes de irse, mi abuelo dejó este pasaporte para ti. Decía que tú eras como su nieta y que tenías que ser tú la que te quedaras con el pasaporte para poder ir a donde quisieras, como todos los franceses, porque Marima no tuvo tiempo de utilizarlo. Con él podrás hacer lo que quieras. En cuanto a la foto, ya sabes que para los franceses todos los negros son iguales.

Me hubiera gustado verte antes de irme. Al final, he decidido llevar a El Hadj a su país. El banco me ha concedido un préstamo para estudiar, pero lo utilizaré para esto; lástima que no hayas podido venir con nosotros a la casa de mi abuelo en Yamba. Pero ahora que tienes el pasaporte, quizá vayas algún día y yo te explicaré dónde está su tumba.

Un beso,

Hakim.

Cuando lo comprendí, se me llenaron los ojos de lágrimas, como no me había vuelto a pasar desde la muerte de Lalla Asma. Nadie me había hecho nunca un regalo así, un apellido y una identidad. Pero lloraba sobre todo pensando en él, en el anciano ciego que pasaba lentamente las yemas de sus dedos cansados sobre mi rostro, sobre mis párpados, sobre mis mejillas. El Hadj no se había equivocado ni una sola vez. No me llamaba Marima porque hubiera perdido la cabeza, sino porque quería darme un nombre, un pasaporte, la libertad de ir y venir.

12

Supe que la primavera estaba a punto de llegar cuando los árboles del centro comercial empezaron a florecer. Aquellos graciosos ciruelos, cerezos y melocotoneros enanos que se cubrían de pelusilla blanca o rosa, habían sido plantados por los vietnamitas. El cielo seguía gris y frío, pero los días eran más largos, y el ver aquellas yemas tan frágiles me hacía bien.

Hacía semanas que no sabía nada de Nono ni de nadie. Ya no iba a la estación Réaumur-Sébastopol para oír tocar el jumbé. Llamé por teléfono a Simone, pero siempre saltaba el contestador con la voz del doctor Joyeux, una voz elegante y desdeñosa que me daba escalofríos.

Nunca dije quién era. A veces, por la noche, cuando estaba completamente sola en el sótano, oía el ruido de su coche delante de la puerta y el corazón me palpitaba de miedo. Pero solo eran imaginaciones mías.

Nono volvió un mediodía. Un poco más y no lo reconozco.

Llevaba la cabeza rapada. Tenía una mirada extraña, inquieta, de soslayo, que nunca le había visto. Le preparé de comer lo que más le gustaba: unas crepes con queso, unas bolitas de puré y pan con Nutella. Pensé que me contaría qué había hecho y dónde había estado. Pero no decía nada. Comía muy deprisa y tomaba grandes tragos de Coca-Cola. Era la primera vez que le veía tan mal afeitado, con las mejillas, el mentón y el labio superior cubiertos de pelos.

—¿Has estado en la cárcel?

No contestó. Después dijo que sí con la cabeza. Nada más acabar de comer se acostó en su colchón, con la cabeza entre los brazos. Se durmió de golpe.

Yo necesitaba sentir su calor. Hacía muchos días que estaba sola en el sótano, sin hablar con nadie, oyendo tan solo un poco de música en mi viejo transistor a pilas. Me acosté junto a Nono y le rodeé con mis brazos, pero ni siquiera se despertó. Nos quedamos así durante horas, sin movernos, oía su respiración, trataba de adivinar dónde había estado durante todo ese tiempo aspirando el olor de su nuca, de su espalda.

Cuando se despertó, hicimos el amor suavemente, como la primera vez.

Pero antes fue a buscar un condón al bolsillo de su cazadora, a por un «sombrero», como él decía. La idea fue suya. A mí ni siquiera se me había ocurrido pensar en el futuro, en los niños y en la enfermedad.

Luego fuimos juntos al tejado del edificio por el camino secreto: tomamos como siempre el ascensor hasta el piso treinta y uno y luego subimos por la escalera de incendios. Encima de nosotros, el cielo era un cuadrado azul de acero, una ventana que daba al infinito. En ese momento supe que tenía que irme.

Sobre el techo de la tierra, el viento silbaba en los obenques de los mástiles de la televisión. Resultaba extraño oír ese ruido allí, en medio de la ciudad, tan lejos del mar. Sin embargo, me llegaba entremezclado con el lejano fragor de los coches en la avenida de Ivry, en la Place d'Italie, más allá todavía, en los muelles o en la carretera de circunvalación, en oleadas, muy suave, como cuando sube la marea. De pronto sentí un vacío, un deseo que se apoderaba de mí, que me hacía daño. Era por el sonido del mar, hacía mucho tiempo que no lo oía, era algo vertiginoso.

Me dirigí hacia el borde del tejado, inclinada contra el viento, como si allí abajo fuera a poder ver el mar. Nono me agarró:

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¿Quieres morir?

Pensé: «Tal vez sea por eso por lo que la gente se tira por la ventana, porque cree que el mar está ahí abajo». Me agarré a él.

—Abrázame, abrázame muy fuerte, Nono, me encuentro mal.

Me hizo sentarme contra la caja del motor del ascensor, al abrigo de las ráfagas de aire. Temblaba de frío, de cansancio. Nono se quitó su cazadora de cuero y me la echó por los hombros.

—Puedes quedártela, así te acordarás siempre de mí, —dijo simplemente. Tenía la cara tersa y la cabeza un poco grande, como la de un enano. Pero sus ojos eran dulces, muy negros y muy dulces. Pensé que había comprendido que yo quería irme de allí. Tal vez lo había sabido antes que yo y por eso había vuelto.

Ahora todo cambiaría. Acababa una etapa de mi vida. Yo estaba en el tejado, encima del piso treinta y dos, en lo alto de la escalera de incendios, oía el viento y lloraba viendo aquel cielo tan azul, como cuando había llegado por primera vez y Nono me había llevado hasta allí.

Encima de la mesa de caballete donde había hecho mis deberes de filosofía para el profesor Hakim, había una carta del presidente de la comunidad de vecinos en la que decía que habían detectado una estafa en el contador de la luz y en el del agua. Que abrirían una investigación de inmediato. Los culpables serían expulsados y castigados tal y como se merecían. Dejé la carta bien a la vista para que Nono estuviera al corriente. Cerré la puerta de hierro del número 28 con tanta fuerza que el ruido debió de resonar por todo el edificio.

13

Tomamos el tren para Niza. No sé por qué digo «tomamos», porque en realidad yo era la única que viajaba con billete. Juanico se subió conmigo al vagón, como para decirme adiós, y, en un momento dado, se escondió en el portaequipajes del compartimento. Lo hizo para divertirse, porque en realidad no tenía ninguna necesidad de hacerlo, era un experto en burlar a los revisores.

En el compartimento solo íbamos tres personas. Dos en las literas de abajo y yo en una de las literas de arriba. Me quedé bastante tiempo en el pasillo fumando y viendo las luces que se deslizaban a toda velocidad hacia atrás. Juanico se bajó de su palo. No dijo nada. La marca del golpe que le habían dado en la mejilla se le había puesto de color morado. Nada más saber que su padrastro le había pegado, decidí que se vendría conmigo.

No sé a quién de los dos se le ocurrió primero la idea. Seguramente a él, a fuerza de repetir: «Uno de estos días me las piraré». Y ese día ya había llegado.

Me había hablado de un tío suyo materno que vivía en Niza, un tal Ramon Ursu. Solo necesitaba a alguien para poder subirse al tren, pensaba que conmigo sería más fácil. De todas formas se hubiera ido.

Habría buscado un camión de carga en Rungis o en una estación de servicio.

Me daba un poco de pena irme. Hacía tanto tiempo que estaba en París que tenía la sensación de que llevaba allí años y años, ya no

me acordaba muy bien de cuándo había llegado a Austerlitz con Huriya.

Habían pasado tantas cosas. Ahora me sentía muy vieja, bueno, no exactamente vieja, sino diferente, más pesada, con más experiencia.

Ahora ya no me daban miedo las mismas cosas. Podía mirar a la gente a los ojos y mentirles, e incluso enfrentarme a ellos. Podía leer en sus ojos lo que estaban pensando y adelantarme a sus preguntas. Incluso podía ladrar tan bien como ellos.

Pero ya no hubiera podido hacer lo que hacía antes, robar en unos grandes almacenes, deslizarme detrás de alguien e imaginar que era mi familia, o seguir a un tipo por la calle pensando que era el amor de mi vida.

Había comprendido que no eran Marcial, Abel, Zohra o el señor Delahaye los que eran peligrosos, sino sus víctimas, por consentirlo.

Había comprendido que si la gente tiene que decidir entre su felicidad y tú, puedes estar segura de que no será a ti a quien elijan.

Al llegar a Lyon estaba muy cansada. Me subí a tientas a la litera de arriba. La señora de rosa ya estaba durmiendo en la de abajo, pero en la del medio vi la cara redonda de la española, que brillaba a la luz de la estación. La llamé así porque tenía los cabellos y los ojos muy negros.

Pensé que iba a decirme algo, pero se limitó a mirarme sin pestañear, sin sonreír. Juanico se había instalado en la litera y casi roncaba. Olía a sudor y a ropa sucia. Era como estar acostada junto a un vagabundo. Le empujé hacia la pared, pero los traqueteos lo echaban contra mí una y otra vez. Acabé durmiéndome con un sueño pesado, entrecortado tan solo por los destellos de luz y los golpes de los ejes del tren contra los raíles.

Juanico fue quien me sacó de mi torpor. Se había bajado sin hacer ruido y, agarrado a la escalerilla como un mono, me decía al oído, para no tener que gritar: «¡Ven a ver, tía Laila, ven a ver!». Salí a tientas. El compartimento estaba en penumbra, hacía calor y olía a aliento. En el pasillo, la ventanilla encuadraba un rectángulo

deslumbrante. Abofeteado por las casas y los postes, el mar brillaba al sol. El tren serpenteaba a lo largo de la costa, pasaba por debajo de los túneles, volvía a salir, y el mar seguía siempre allí, brillando al sol, con un color azul tan violento que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Juanico bailaba. Era la primera vez que veía el mar. Cuando había venido de Rumanía, el tren los había traído, a él, a su madre y a sus hermanos, directamente desde Timisoara a través de los campos sin pararse, salvo al pasar la frontera entre Alemania y Francia, hasta llegar a los campamentos de nómadas.

De vez en cuando, se volvía hacia mí con una gran sonrisa que hacía brillar sus dientes en su rostro oscuro y me decía: «¿Has visto? ¿Lo ves?». La gente se fue bajando en todas las ciudades de la costa, Agay, Saint-Raphaël, Cannes, Antibes. Antes de llegar a Niza, íbamos solos en el vagón. El tren corría a lo largo de una inmensa playa de piedras, junto a una carretera donde los coches circulaban a la misma velocidad. Veía las olas rompiendo oblicuamente y las gaviotas arremolinadas sobre las alcantarillas. El sol quemaba a través del cristal. Me parecía que me despertaba, que salía de un largo sueño, como de una enfermedad.

Sin movernos del pasillo, tomamos el desayuno que yo había traído de París: unas naranjas de Marruecos y unas rebanadas de pan duro con una onza de chocolate. No hubiéramos tomado jamón por nada del mundo: yo, porque estaba prohibido, él, porque decía que no era un alimento para personas. Una vez que habíamos hablado de esto, él había dicho, no sé de dónde lo había sacado, que podían darte de comer carne humana diciéndote que era jamón. Y luego se había dado una palmada en el muslo de una forma muy gráfica.

Niza era tal y como me la había imaginado. Una bonita ciudad blanca llena de cúpulas, de palomas y de viejos, y unas grandes avenidas bordeadas de plátanos y atestadas de coches. Había

muchos árabes, pero no se parecía en nada a África. Ni tampoco a España.

Era una ciudad para reír, para soñar, una ciudad para pasearse, como hicimos Juanico y yo agarrados de la mano como dos hermanos.

La gente nos miraba de una forma muy rara a causa de nuestro aspecto, de nuestra ropa, yo con la cazadora de Nono, mis vaqueros y mis botas texmex, y Juanico siempre con sus harapos demasiado grandes, sus tres camisetas de diferentes colores puestas una encima de otra —la más larga por debajo y la más corta y ancha, de rayas azules, blancas, rojas y rosas, por encima—, su pelambrera oscura y rizada, y su rostro cobrizo de indio. Nuestro único equipaje era mi bolsa de playa, en la que llevaba mi viejo transistor, las típicas menudencias femeninas y a mi querido Frantz Fanon.

El clima era deliciosamente suave. Caminamos durante todo el día al azar: a lo largo del mar, por las calles de la ciudad vieja e incluso por las colinas llenas de jardines. Juanico no sabía dónde vivía su tío Ramon.

Solo tenía su nombre y su dirección escritos en un sobre: Ramon Ursu. Campamento de acogida de Crémat.

Al mediodía, volvimos a comer pan y chocolate en la gran playa de piedras, rodeados de una bandada de gaviotas. Juanico parecía un cachorro, corría en zigzag a lo largo de la orilla, se tiraba sobre las piedras en medio de las gaviotas y otras muchas locuras de ese tipo. Nunca le había visto así. De pronto parecía realmente un niño, era libre, el futuro ya no existía para él. Ni para mí tampoco: ya no pensaba qué haríamos, dónde dormiríamos ni qué comeríamos esa noche. Lancé a las gaviotas el último trozo de pan, que por otra parte, estaba demasiado duro. Si hubiera podido, también hubiera lanzado mi bolsa de playa azul al mar, con todo lo que contenía. Si no lo hice, no fue por el transistor, ni por el libro de Frantz Fanon (al fin y al cabo, un aparato de radio no es más que una caja de música

y un libro se sustituye por otro), sino por el sobre con el pasaporte de Marima y la carta que Hakim me había escrito antes de llevar a su abuelo a Yamba, en la orilla del Falémé.

Pasamos todo el mes de mayo en Niza, sin hacer otra cosa que ir por la mañana al vertedero y, por la tarde, a la playa y a pasear por las calles de la ciudad vieja.

Al principio, la vida en el campamento fue difícil. Estaba lejos de todo, al norte, en el valle, más allá del extrarradio, más allá de la autopista. Se parecía mucho al campamento Tabriket, salvo que estaba en las colinas, lejos del mar, en unas colinas ásperas, desnudas, donde el viento soplaba racheado y el polvo tenía sabor a cemento. La ciudad, compuesta de una serie de casitas con las paredes de piedra sillar pintadas de rosa y los techos de teja, al estilo provenzal, había sido construida un poco más abajo del vertedero. En total había unas cincuenta casitas, y me imagino que el día de la inauguración, en presencia de los representantes del señor Prefecto y del señor Alcalde, y del director regional de la Caja de Viviendas de Renta Limitada, aquello debía de resultar muy bonito y fotogénico, sobre todo si procuraban no encuadrar los silos del vertedero. Pero al cabo de algunos años se había convertido en una barriada de chabolas igual que las otras. El hollín de las incineradoras se había depositado sobre las paredes; los papeles y las bolsas de plástico cubrían el cercado de alambre y las calles habían pasado a ser unos caminos llenos de baches y de barro.

Lo que estaba bien eran las caravanas. Delante de cada casita, los nómadas tenían una o dos caravanas, algunas sin ruedas, apoyadas en ladrillos. Ramon Ursu nos alojó en una de esas caravanas junto a sus tres hijos, Malko, Georg y Éva. Uno tenía la edad de Juanico y los otros dos eran más pequeños. Por la noche desplegábamos los sacos de dormir y las mantas y dormíamos directamente sobre el suelo de la caravana, apretados los unos contra los otros para no pasar frío.

Ramon Ursu era un tipo alto y forzudo, con los cabellos y las cejas muy negras, que trabajaba como obrero a destajo en las obras de construcción. Hablaba muy mal el francés, pero Juanico me dijo que el rumano lo hablaba igual de mal. En realidad, casi no hablaba. Por las noches, cuando volvía de trabajar, se sentaba en el borde de la cama, en el único dormitorio de la casa, y se ponía a ver la televisión mientras fumaba.

Cuando vio llegar a Juanico, no pareció sorprenderse. Tal vez nos esperara, tal vez le hubieran avisado. Ramon Ursu vivía en la casita con Éléna, una mujer alta y rubia con la cara roja. Éva era hija suya, pero Georg y Malko eran de otra mujer que había abandonado a Ramon.

Por la mañana temprano íbamos con los chicos al vertedero.

Juanico lo llamaba ir a «trabajar».

Los volquetes iban llegando uno tras otro a la sala donde estaba la trituradora de basura. Los chicos del campo esperaban a ambos lados de la sala y, en cuanto el montón de basura estaba en el suelo, se abalanzaban sobre él como ratas antes de que la pala cargadora atrapara el cargamento y lo lanzara a las mandíbulas de acero.

Yo ya había visto vertederos, por ejemplo en Tabriket, pero nunca había visto uno como ese. El aire estaba lleno de un polvo fino y acre que se te metía en los ojos y en la garganta, y olía a moho, a serrín, a muerte. En la penumbra, los camiones maniobraban con los faros encendidos y las luces de marcha atrás chillando, y del techo caían chorros de luz que parecían columnas en medio del polvo. Cuando las mandíbulas se ponían en funcionamiento y empezaban a cortar las piezas de madera, las ramas, los somieres, el ruido era ensordecedor.

Juanico, Malko y Georg rebuscaban en los escombros y traían sus hallazgos hasta donde yo estaba: sillas cojas, cacerolas abolladas, cojines despanzurrados, planchas cubiertas de clavos herrumbrosos, pero también ropa, zapatos, juguetes y libros. Juanico me traía sobre todo libros. No miraba los títulos. Los dejaba en un murete, a

mi lado, cerca de la entrada, y se volvía a ir corriendo para recibir un nuevo volquete.

Había de todo: viejos Reader's Digest, libros de historia anticuados, libros de texto de antes de la guerra, novelas policiacas, Masques, Bibliotecas verdes, rosas, colecciones Rojo y oro y Series negras. Yo me sentaba en el murete, al viento, y leía algunas páginas, por ejemplo de *El arpa de hierba*:

> ¿Cuándo oí hablar por primera vez del arpa de hierba?
>
> Mucho antes del otoño en que nos fuimos a vivir al árbol; digamos que unos otoños antes, y como siempre, *Dolly* fue quien me habló de ella; solo ella podía inventarse un nombre así, "un arpa de hierba".

Leía cualquier cosa: en esa especie de infierno que era el vertedero, me parecía que las palabras no tenían el mismo valor. Eran más fuertes, resonaban de una forma más duradera. Lo mismo que los títulos de las novelas que volvía a tirar después de echarles un vistazo: *La Mantis religiosa, La Puerta que se abre, La Puerta de oro, La Puerta estrecha*. Sin embargo, a veces me llamaba la atención alguna frase y se me quedaba grabada en la memoria, como por ejemplo esta:

> «¿Por qué nos largamos un día?».

O bien esta página arrancada de un libro viejo, milagrosamente intacta en medio de la montaña de escorias:

> La gran llanura está blanca.
> Inmóvil y sin voz.
> Ni un solo ruido, ni un solo sonido.
> Toda la vida está apagada.
> De vez en cuando, se oye el triste lamento
> de algún perro sin cobijo que aúlla en un rincón del bosque.
> ¡Oh, qué terrible noche para los pajarillos!
> Un viento helado y estremecedor corre por las avenidas.
> No teniendo ya el refugio sombreado de los cenadores.
> No pueden dormir sobre sus patas heladas.

En los grandes árboles desnudos que cubre el hielo.
Tiemblan sin nada que los proteja.
Con su mirada inquieta, observan la nieve.
Esperando hasta el amanecer la noche que no llega.

Después, esta poesía se convirtió en una especie de cantilena entre Juanico y yo. De vez en cuando, en la calle, o cuando estábamos dentro de nuestros sacos de dormir, sobre el suelo de la caravana, él empezaba con su gracioso acento: «¡Qué terrible noche para los pajarillos!». O bien era yo la que decía: «¡Ni un solo ruido! ¡Ni un solo sonido!». Creo que era la primera vez en su vida que él recitaba una poesía.

Todas las mañanas me iba al vertedero con los chavales. Era como un juego. Me emocionaba imaginando lo que encontraríamos. Los volquetes subían y bajaban por la colina como grandes insectos. Las toneladas de basura eran vertidas, rastrilladas, trituradas, molidas, y el polvo acre ascendía por todo el valle, ascendía hasta el centro del cielo, tejiendo una gran mancha oscura en el azul de la estratosfera. ¿Cómo era posible que no lo oliera la gente de la ciudad? Arrojaban sus desechos y después los olvidaban. Como sus heces. Pero el polvo, fino como el polen, volvía a caer sobre ellos cada día, sobre sus cabellos, sobre sus manos, sobre sus parterres de rosas. Entre los escombros encontrábamos de todo. Una mañana, Malko se acercó a mí muy orgulloso. Llevaba en las manos un juguete, un camello de cuero montado por un meharista con un uniforme rojo, un turbante blanco y un sable en la cintura.

Tuvimos también una pelea con un grupo de españoles, unos grandullones de veinte años con camisas de flores y un pañuelo indio atado a la cabeza. Nos insultaron porque Malko y Georg hablaban en rumano. Vinieron a ver qué habíamos encontrado, una rueda de bicicleta, unas cacerolas, unas barras de cortina, un alambre herrumbroso, unos trozos de chapa, una máquina de escribir, un paraguas negro impecable y unas botas. Miraron mis libros: unas novelas de espionaje y un libro de poemas en italiano, de Leopardi o de D'Annunzio. Uno de ellos hojeaba los libros y

después los tiraba con desdén. En un arrebato, me agarró por la nuca y trató de besarme. Yo le rechacé, y Juanico saltó sobre él, se le tiró al cuello y le hizo una llave. Se pegaron con una violencia bestial, rodando entre la basura, pero sin dar un solo grito, solo un «¡Ah!» cada vez que se asestaban un puñetazo o un puntapié. Entonces los camiones dejaron de dar vueltas y la gente se apiñó para ver la pelea. Malko y Georg se pegaban con un español y Juanico con otro. Mientras tanto, yo gritaba como una loca, con mi pelambrera revuelta por el viento, mi chaquetón lleno de polvo y, a mi lado, encima del murete, el par de botas que había encontrado.

Después un empleado del vertedero, un viejo que siempre estaba diciendo cosas racistas contra los negros, los árabes y los gitanos, agarró la manga de riego que utilizaban para limpiar el aire del vertedero y nos regó con un chorro tan fuerte de agua helada que Juanico se cayó de espaldas, como una cucaracha, y todos mis libros volaron hechos jirones.

Eso fue lo que más me fastidió, el chorro de agua helada, duro como un látigo, que destruía todos mis libros. Odiaba a ese tipo. Le grité: «¡Canalla! ¡Cerdo! ¡Hijo de perra!». Y después continué con todo mi repertorio en árabe. Fue la última vez que fui al vertedero.

Y luego estaba Sara. La conocí por casualidad en el bar del hotel Concorde, que estaba en el paseo. Un día, al pasar por delante de él, me llamó mucho la atención una estatua de bronce que había en la entrada: representaba a una mujer muy grande que trataba de escapar de los dos bloques de hormigón en los que estaba atrapada. Entré en el vestíbulo para preguntar quién la había hecho, el conserje me dijo el nombre del escultor, Sosnovski, y me lo escribió en un papel. Estaba atardeciendo; había entrado sin Juanico, porque con sus camisetas repugnantes puestas una encima de la otra y su pelambrera alborotada no estaba demasiado presentable, por no hablar de su olor. Y, de pronto, al fondo del vestíbulo, oí la música. Es curioso, porque, en general, a causa de mi oído izquierdo no oigo

la música desde tan lejos. Pero en ese momento el sonido llegaba hasta mí, pesado y bajo; sentía sus vibraciones en mi piel, en mi vientre.

Avancé a través del vestíbulo guiada por el sonido. Por un momento empezó a latirme el corazón, porque pensé que había vuelto a encontrar a Simone, que estaba allí, de pie en el fondo del bar, cantando *Black is the color of my true love's hair*.

Para oírla bien me senté muy cerca de ella, en el escalón del estrado, y, cuando me vio, me sonrió como si me conociera; creo que, gracias a su sonrisa, no me echó de allí el camarero, que seguramente no miraría con muy buenos ojos a esa extraña negrita de cabellos encrespados vestida con unos vaqueros y una chaqueta de cuero.

Estuve escuchando todas las canciones hasta que se hizo de noche.

En el bar, la gente charlaba y se tomaba sus whiskies; las parejas se hacían y se deshacían. Algunas de ellas incluso bailaron. Pero yo bebía las letras de las canciones y la música, miraba la alargada figura de la joven, su vestido de tubo que moldeaba su cuerpo, su rostro, sus cabellos cortos.

Después empezó a hablarme. Me costaba mucho entenderla, trataba de leer en sus labios. En el bar, se tomó una copa de Perrier y me dijo que se llamaba Sara y que era de Chicago. No sé por qué, me llamaba Sister Swallow. Y también me dijo: «*I love your hair*». Me escribió su nombre y su dirección en un sobre, porque, según me dijo, dentro de poco regresaría a Chicago. Yo le escribí mi nombre, pero no sabía qué dirección poner. Al final, escribí la dirección de Béatrice.

El pianista había empezado a tocar otra vez. Sara volvió al estrado.

Me quedé hasta el final, hasta la madrugada. Un tipo alto y moreno vino a buscarla. Llevaba un traje de chaqueta, un abrigo verde y una bufanda blanca, como en el cine. Se llevó a Sara, que se deslizaba ondulante hacia la salida y que, al pasar por delante de mí,

volvió a dirigirme una sonrisa que resplandeció en su cara negra. Parecía una estrella de cine, una diosa, un hada.

A partir de entonces, regresé cada día, de cinco a nueve de la noche. Nada más llegar, me sentaba en mi rincón, al lado del estrado. En el caso de que algún camarero me dijera algo, yo tenía preparada mi respuesta: «Es mi hermana». Pero Sara debía de haberles avisado y nadie me preguntó nunca nada.

Sara cantó para mí durante todo el mes de mayo. Había tormentas, la lluvia era maravillosa. El mar estaba agitado, verde, magnífico. Juanico me acompañaba todos los días a la playa o al gran dique de bloques de hormigón. Pero no era un buen sitio para una chica. Un día que estaba esperando a Juanico, vino un hombre y me enseñó su sexo circuncidado.

Tenía una mirada extraña, como ida, y yo ni siquiera me sentí con fuerzas de gritarle «*Sir halatik*», como le había gritado antaño al viejo del cementerio. Otro día, unos pescadores que estaban en una barca haciendo como si sacaran sus redes empezaron a hacerme gestos obscenos y a gritarme despropósitos que yo no entendía. Juanico estaba furioso:

«¡Hijos de puta, os mataré!». Saltaba de roca en roca, gesticulaba, hacía como si les tirara piedras.

Ese tipo de cosas me sucedían demasiado a menudo, ya no podía más. No había ningún lugar tranquilo en ninguna parte. Cuando una encontraba un rincón aislado, un agujero, una gruta o una placita olvidada, siempre tenía que haber un gesto obsceno, una mierda o un mirón.

Como decía, todas las tardes acudía a escuchar la música de Sara, que se deslizaba sobre mí como una caricia.

Y todas las tardes hablábamos en el intermedio. Bueno, no hablábamos realmente, porque ella no sabía francés y yo no entendía bien lo que me decía. Me sonreía y siempre me decía: «*Sister Swallow, I love your hair*». Era como una especie de cantilena.

Me quedaba hasta el final. Su amigo venía a buscarla todas las noches, y ella pasaba por delante de mí sin decirme nada, como si no nos conociéramos, solo con la expresión divertida de sus ojos, aquella pequeña sonrisa que iluminaba su rostro y su forma de caminar ondulante hacia la puerta del hotel, hacia la noche. Estuve enamorada de Sara durante todo ese mes.

En esa misma época empecé a tener problemas con dos chicos del campamento Crémat que eran hermanos, Dany y Hugues; Dany tenía los cabellos rizados y oscuros, y Hugues era alto y pelirrojo. Unos indios. Así es como los llamaba yo por sus camisas de flores y los pañuelos estampados que llevaban atados en la cabeza, y por su coche, un Chrysler con el que hacían barbaridades. A veces, Juanico, Malko y yo nos montábamos con ellos. Daban vueltas por las calles, al azar, haciendo chirriar las ruedas y empujando los chinchorros. Era una locura. Las calles desfilaban a toda velocidad y el viento frío se metía por las ventanillas abiertas. Creo que eso les embriagaba, y también el haber estado fumando durante toda la tarde, tenían los ojos rojos.

Yo no les temía. Nunca me ha dado miedo la gente como Dany y Hugues, es como si siempre viera en ellos a los niños que han sido insolentes, graciosos y débiles.

Dany tenía veinte años recién cumplidos y su hermano dieciocho, como yo. Poco antes de que se hiciera de noche, aparcaron el Chrysler en el aparcamiento de un almacén de bricolage, tipo Bricoltou o Casa verde, no me acuerdo. Bajamos del coche y los dos hermanos empezaron a recorrer las secciones del almacén como dos salvajes, con los cabellos hasta los hombros y sus camisas de flores desabrochadas a pesar del frío. La gente se quedaba paralizada al verlos, se quedaba mirándolos como si fueran dos lobos que corrían por los pasillos.

Hablaban muy fuerte, en español, se llamaban de un extremo a otro del almacén, reían, sus dientes brillaban en sus rostros oscuros. Después nos fuimos y empezamos a circular sin rumbo fijo, a lo largo del río, hasta la montaña, pasábamos por medio de suburbios

dormidos, inmersos en una bruma a duras penas atravesada por el halo amarillo de las farolas.

Hicimos muchas locuras. Fuimos a un cementerio y nos acercamos a las tumbas para oír respirar a los muertos. Creo que Dany estaba un poco pirado. El tío de Juanico nos lo había advertido: «No vayáis con ellos, antes o después os meterán en algún lío». A mí me gustaba mucho Hugues; iba sentada en la parte de delante del coche, entre los dos hermanos. De vez en cuando nos parábamos para beber, y yo coqueteaba un poco con Hugues, mientras Malko y Juanico fumaban fuera, sentados en el capó. Pero un día Dany intentó besarme y, como le rechacé, se puso furioso. En la frente le sobresalía una vena y le brillaban los ojos. Sacó de la guantera un frasquito de gasolina de los que se utilizan para cargar los mecheros y me prendió fuego. Sentí un gran estallido, como una bofetada, y me encontré fuera chillando, con el pecho y las manos ardiendo. Hugues fue quien apagó el fuego. Me envolvió en su chaquetón y me hizo rodar por el suelo al mismo tiempo que me daba puñetazos. Yo estaba atontada, no entendía nada. Mientras tanto, Dany y Hugues se peleaban y se insultaban. Juanico y Malko los miraban sin hacer nada. Creo que no habían comprendido lo que pasaba.

Cuando entendí por qué se peleaban, me fui, crucé la carretera y los dejé allí. Casi enseguida me recogió un automovilista y me llevó a urgencias.

Parecía amable, quería quedarse, pero yo le di las gracias y le dije que no era nada, solo un pequeño accidente. El interno que estaba de servicio me hizo una cura, tenía quemaduras en los pechos, en el cuello y en los brazos.

—¿Quién te ha hecho esto? —me preguntó.

Yo sabía que luego informaban a la policía. Me dolía, me sentía débil, pero le dije que estaba bien. Le dije:

—No ha sido nada, solo ha sido un accidente al querer encender un fuego. —Pareció creerme. Me limité a pedirle que me llamara a un taxi para volver a Crémat.

Después de eso tuve que irme. Ramon Ursu no dijo nada, pero Éléna vino a la caravana, recogió mis cosas y me las metió en la bolsa.

Me había regalado un jersey rojo y negro de lana. Me miraba con severidad, como si me odiara. Malko y Juanico jugaban a la pelota en la calle llena de agujeros. Le dije a Éléna: «¿Y Juanico?». Hizo un gesto de que se quedaría allí, con ellos. Creo que tenía razón, que era yo quien tenía la culpa de que las cosas no fueran bien. Era gafe. En la entrada, un grupo de gitanos discutía alrededor de unos armazones de metal, como unos cazadores después de descuartizar a su presa. Era domingo por la mañana, la trituradora no funcionaba. Me colgué la bolsa en el hombro izquierdo, a causa de las quemaduras. El cielo estaba muy azul, solo algunas golondrinas surcaban el espacio, oía claramente sus gritos. Tomé un autobús hasta la estación, aún me quedaba dinero para comprar un billete en el primer tren que fuera a París.

14

Ese año hubo muchos cambios en mi vida antes del verano. En primer lugar, me presenté por libre al BAC literario y, como era de esperar, me suspendieron. En los exámenes de matemáticas y de historia, entregué la hoja en blanco. En el oral de francés, la examinadora no podía creerse que yo fuera por libre. Examinaba mi pasaporte, miraba mi expediente y decía:

—Deje ya de mentirme. ¿Dónde ha estudiado usted? —Al final, como si se avergonzara de haberse encolerizado, me dijo—: ¿Sobre qué tema quiere hacer su exposición?

Yo le contesté sin vacilar:

—Sobre Aimé Césaire.

Eso no estaba en el programa, pero ella, muy asombrada, me dijo:

—De acuerdo, la escucho.

Recité de memoria el pasaje de *Cuadernos de un regreso al país natal*, citado por Frantz Fanon:

> Y al señor de los dientes blancos
> los hombres de cuello frágil
> recibe y siente la calma fatal y triangular y
> para mí mis bailes,
> mis bailes de negro feo…

Hasta:

> Átame, átame, amarga fraternidad
> y estrangúlame luego con tu lazo de estrellas

sube, paloma
sube
sube
sube.
Yo te sigo,
impresa en mi ancestral córnea blanca
sube, ávido de cielo
y el gran agujero negro en el que quería ahogarme la otra luna
¡Allí es donde quiero pescar ahora la maléfica lengua de la noche
en su inmóvil vidrición!

Ese año, en el examen de filosofía pusieron como tema el hombre y la libertad, o algo parecido, y yo escribí febrilmente un deber interminable de veinte páginas, en el que citaba continuamente a Frantz Fanon y a Lenin, la frase en la que este decía: «Cuando en la tierra ya no exista ninguna posibilidad de explotar al otro, cuando desaparezcan los hacendados y los propietarios de fábricas, cuando no haya saciados, por un lado, y hambrientos por otro, cuando todo esto se haya vuelto imposible, solo entonces podremos llevar la maquinaria del Estado al desguace».

Y así fue como suspendí. Lo había escrito todo de una tirada, sin volver a leerlo, a la desesperada, después había tirado el montón de hojas sobre la mesa del vigilante y me había ido sin volverme. Ni siquiera busqué mi nombre en la lista, sabía de antemano que no estaría.

En París todo seguía igual y al mismo tiempo todo había cambiado.

En casa de Béatrice hacía una temperatura muy agradable, la gran ventana del salón brillaba llena de luz y Johanna había crecido y le habían salido cabellos. Seguía teniendo los ojos como ágatas y aquella mirada insistente, inquieta.

Me quedaba con ella toda la mañana, mientras Raymond iba a su bufete de abogados y Béatrice a su periódico. La hiedra estaba llena de pájaros, y yo ponía a Johanna cerca de la ventana abierta para que oyera sus gorjeos.

Había decidido irme. Gracias al profesor del Centro Cultural y a un coronel de la Usis que estaba colado por mí, había conseguido el visado y alojamiento en casa de Sara Libcap, en Boston. Incluso me apunté en la lotería que repartía los permisos de residencia en Estados Unidos, ya que ese año el cupo de africanos era bueno. Solo me faltaba el dinero. Antes que vender las medias lunas de mis antepasados, le pedí prestados 25.000 francos a Béatrice. Me daba un poco de vergüenza, pero para mí era una cuestión de vida o muerte, o casi. Tuve la impresión de que Béatrice y Raymond me dieron ese dinero para que saliera de su vida de una vez por todas, para que ya no hubiera nada que uniera a Johanna con su verdadera madre.

Ni siquiera tuve que despedirme. El sótano de la Rue Javelot estaba cerrado. Al volver de Moorea, Yves, el amigo de Nono, había dado instrucciones al presidente de la comunidad y este había mandado cambiar la cerradura. Una tarde pasé por delante de allí en taxi, y me produjo una impresión muy rara ver la puerta de metal de color verde y el número 28 escrito con pintura negra sobre la piedra, como si fuera un garaje o algo por el estilo y allí jamás hubiera vivido alguien, y tampoco hubiera existido jamás la noche en que Pascale Malika había nacido en ese lugar. Era extraño, todo parecía diferente. Nada más salir del túnel, le dije al taxista: «Dé marcha atrás». Me miró por el retrovisor. Le repetí:

«Por favor, me gustaría volver a pasar por ahí». Circulábamos muy despacio, el taxista había encendido las luces de población. Miré el lugar donde el Mercedes de Martial Joyeux había esperado a Simone durante casi toda la noche. En la calzada había unas manchas de aceite que parecían manchas de sangre. Tal vez Simone estuviera muerta. Él le gritaba siempre que la mataría si intentaba dejarle. Pero ella era su prisionera. Nunca podría escapar. Por eso aspiraba el polvo por la nariz y se tomaba las pastillas. Era su forma de evadirse.

El taxi me dejó en el Boulevard Barbés, delante del gimnasio de Nono. Subí la escalera que había entre la tienda de ropa usada y el

vendedor de aparatos de música. En el piso, la puerta del gimnasio estaba cerrada, pero había un guirigay de voces. Estuve un buen rato dando golpecitos en el cristal, hasta que alguien vino a abrir. Era un tipo muy alto vestido de chándal, un árabe al que yo no conocía. Le pregunté:

—¿Dónde está Nono?

Me lo hizo repetir. Gritó hacia el fondo del gimnasio:

—¿Tú conoces a Nono? —Me cortaba el paso, me impedía mirar.

Vino un hombre de unos cuarenta años. Era alto, tenía la tez mate, la nariz grande y los cabellos rizados y entrecanos, se parecía al señor Delahaye. No sé por qué, pero enseguida supe que se trataba de Yves Le Guen, el amigo de Nono. Se me quedó mirando sin decir nada. Seguramente él también me había reconocido. Pero no expresaba nada, ni simpatía ni desagrado y, sin embargo, yo había compartido a Nono con él. Hizo un gesto con la mano para decir que se había acabado, que todo se había acabado. Lo leí en sus labios, porque hablaba tan bajo que no le oía:

—Ya no está aquí. Nono ya no viene por aquí. Ha perdido el combate, está acabado, ya no boxea aquí, ya no volverá a boxear nunca más.

—¿Dónde está? ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo? —le pregunté casi gritando.

El hombre se alzó de hombros:

—No tengo ni idea. Tal vez haya vuelto a África. Tal vez le hayan expulsado. Está acabado.

No me lo podía creer. Me ponía de puntillas, tontamente, para mirar por encima de sus hombros, como si estuvieran ocultándome algo.

Vi la sala sórdida, el ring provisional, a los chicos que golpeaban sus sacos de arena como si bailaran. Unos negros delgados y jóvenes como Nono estaban entrenándose. Después el hombre me dio la espalda, y el árabe me empujó con la mano para poder cerrar la puerta. Olía a ácido, a sudor, a podrido, como Nono cuando volvía del entrenamiento. De pronto me sentí muy sola. Como si por fin

hubiera comprendido que realmente me iba de allí, porque todos se habían ido antes que yo.

Volví a la Place d'Italie para ver a Huriya. Sabía que yo no le gustaba demasiado al señor Vu, pero me daba igual. Estaba decidida a ver a Huriya y a Pascale Malika, aunque solo fuera un minuto. En ese momento todavía no estaba segura de lo que iba a hacer. El restaurante Vu Thai To ya estaba abierto para cenar, pero en el comedor no había nadie. El señor Vu asomó la cabeza por la puerta del *office* y dijo con su desagradable voz:

—¿Qué quiere? —Intenté entrar, pero me impidió el paso. Para ser tan bajito y tan delgado era bastante fuerte. Gritaba—: ¡Váyase de aquí!

¡Váyase de aquí!

Yo esperaba que sus gritos atrajeran a Huriya, pero no apareció. Tal vez la tuviera secuestrada. O tal vez ella no tuviera ningunas ganas de verme. Tal vez yo fuera una auténtica gafe.

Esa noche estuve dando muchas vueltas por el metro, por la zona de Réaumur y de la Gare de Lyon, hasta Denfert-Rochereau. En los vagones y en los andenes se veía a gente muy extraña: soldados desmovilizados que cantaban y bebían vino, vagabundos, mujeres con los ojos transparentes, turistas perdidos, y también gente de lo más normal, con sus carteras, sus bufandas y sus sombreros. En la estación d'Arts-et-Métiers busqué a mi viejo soldado de Eritrea, con aspecto de guerrero issa, envuelto en su hopalanda y con los pies vendados con harapos. Busqué a mi Jesucristo, que mendigaba de rodillas y con los brazos en cruz, y a la María Magdalena, con los ojos verdes, los cabellos revueltos y la boca sangrante, como si acabara de morder. Era extraño, probablemente era la primera vez que los tambores se habían callado; el silencio resonaba por los pasillos de la estación de Austerlitz como después de una tormenta, como después de una descarga de proyectiles.

Lo interpreté como un mal agüero.

El último día antes de tomar el avión para Boston, vagué por la zona de la Rue Jean-Bouton como si fuera a encontrar algo allí,

entre aquellas chicas perdidas, los traficantes de droga de cuatro cuartos y la pensión de la señorita Mayer. Esperaba vagamente que Marie-Hélène saliera del edificio, que viniera hacia mí y me abrazara muy fuerte, y que Nono estuviera en la cocina, tocando el jumbé desnudo de arriba abajo.

Llovía, las gotas repiqueteaban sobre los charcos negros; todo seguía igual y, sin embargo, todo aquello ya formaba parte de una vida mía anterior, muy lejana. Un coche de policía pasó despacio, y yo me marché a toda prisa de allí, mirando hacia otro lado para que no vieran lo negra que era. A pesar del pasaporte de Marima y la carta del servicio de inmigración de la embajada de Estados Unidos en la que me habían comunicado que mi nombre había sido sacado a suertes, el corazón me latía como si me fueran a expulsar de allí. Y pensaba que en el mundo no había ningún lugar para mí, que fuera a donde fuera me dirían que ese no era mi país, que tendría que pensar en irme a otra parte.

15

El verano en Boston era asfixiante. Por encima de la ciudad había una nube de vapor en la que desaparecían los rascacielos. Sara Libcap vivía en un apartamento de dos habitaciones, en un edificio de ladrillos rojos cerca del río Charles, por la zona de B. U. Por la mañana daba clases de música en un colegio religioso y, por la noche, cantaba en un local de jazz con su amigo Jup, que era pianista.

Al principio me sentía muy bien, nunca había tenido tanta sensación de libertad. Era como en los tiempos del fondac y de las princesas, con la diferencia de que allí no me buscaba nadie. Tomaba el tranvía y me iba a donde quería; estaba todo el día fuera, en Back Bay, en Haymarket, en Arlington, en el puerto. Iba a Cambridge a pie, bordeando el río y cruzando el puente. Mientras Sara acudía a dar sus clases, yo me ocupaba de la casa. Lavaba los platos y preparaba algo de comer para el mediodía y la noche. Sara no me había pedido que hiciera nada, pero a mí me parecía natural hacerlo a cambio del alojamiento, como en casa de Béatrice. Con la diferencia de que Sara y Jup nunca me daban dinero. Jamás me preguntaban cuánto me había gastado en la comida, y yo no me atrevía a exigirles nada. Pero veía cómo se me iban mis ahorros y, sin carta verde, no tenía posibilidad de trabajar. Miraba el buzón todos los días, con la esperanza de ver por fin un sobre del servicio de inmigración. Y cada día estaba más nerviosa, tenía la sensación de encontrarme en una trampa que se cerraba suavemente, sin que yo pudiera hacer nada.

Sara y Jup vivían al día. No ahorraban ni un céntimo. Sara pagaba el alquiler del apartamento con su sueldo de profesora de música, y todo lo demás, las salidas con los amigos, los restaurantes y los trapos, lo pagaba con el dinero que sacaba en el piano-bar. Creo que también se drogaban. De vez en cuando me invitaban. Me llevaban al club C. T.

Wayo, en Back Bay; Jup lo llamaba Black Bay porque era donde se oía el mejor jazz.

A Sara le gustaba mucho enseñarme a sus amigos. Me disfrazaba como ella, con unas medias negras, una camisa negra y una boina, o bien me hacía trencitas en el pelo, lo mismo que las princesas en el fondac.

Estaba orgullosa de mí, decía que no me parecía a nadie, que era una auténtica africana. Les comentaba a sus amigos:

—Marima es de África.

La gente decía: «¿Ah, sí?». Y: «¡Oh!». Me hacían preguntas estúpidas del tipo:

—¿Qué idioma hablan en tu país?

Y yo respondía:

—¿En mi país? En mi país no hablamos. —Al principio me prestaba al juego de Sara, pero después empezaron a aburrirme mortalmente todas esas preguntas y miradas y el desconocimiento que esa gente tenía de todo. En el bar, la música sonaba demasiado fuerte, con un ritmo pesado que me retumbaba en el vientre. Por más que me tapara el oído bueno con la mano, el ruido del bajo se me metía en el cuerpo, me hacía daño. Bebía cerveza, Margaritas, Cuba libres, bebía la luz y el humo. Estaba borracha, como cuando Huriya volvía de alguna juerga.

No sabía si aquello me gustaba o no. Era algo nuevo, me sentía como si me hubieran cambiado el cuerpo. Me había vuelto muy delgada, casi flaca, tenía los ojos febriles, sentía la electricidad desde las yemas de mis dedos hasta la punta de los cabellos. Sentía que el alcohol me hinchaba las articulaciones y las volvía más flexibles. Iba de grupo en grupo, Jup me llevaba de la cintura.

Hablaba tan fuerte y tan deprisa que yo no entendía lo que decía. Y Sara se reía de una forma muy divertida, con una risa grave que se volvía cada vez más aguda, que sonaba como una cascada.

A Sara Libcap le gustaba mucho contar cómo nos habíamos conocido, en el hotel Excelsior, o en el Concorde, ya no me acordaba, donde estaba la estatua de la mujer desnuda atrapada entre dos bloques de piedra, como si hubiera habido un terremoto. Y cómo todas las noches me sentaba muy seria en el borde del estrado para oírla cantar temas de Mahalia Jackson y Nina Simone. Ella era mi hermana mayor, ella me había encontrado, a mí, que no tenía a nadie en el mundo, a mí, que podía tocar el darbuka y cantar —es maravillosa—, y me había invitado a ir allí, a Boston, a esa ciudad infecta, a esa ciudad llena de americanos estúpidos, donde nadie, sobre todo nadie de talento, podría conseguir nunca hacer surgir nada de nada del lozadal en el que nos había tocado en suerte vivir.

Eso era al principio. Pero, al final del verano, se desató aquella tempestad, aquel ciclón que lo trastocó todo. No sé si lo que pasó fue realmente a causa del ciclón. Desde principios de agosto hacía un calor bochornoso. A veces la bruma era tan espesa que ocultaba la parte de arriba de los edificios, sobre todo por la zona del puerto. Cuando el ciclón llegó cerca del cabo Cod, hubo una llamada de alerta. La gente parapetó sus puertas y sus ventanas, y sobre las altas torres de cristal pegaron bandas de papel. Pero Sara seguía yendo al colegio a dar sus clases de piano.

Jup había tomado la costumbre de quedarse en casa por las mañanas. Decía que se quedaba para ayudarme a preparar la comida y a limpiar, pero en realidad lo único que hacía era tumbarse en el sofá del cuarto de estar a beber cerveza y mirarme con el rabillo del ojo por encima de la pantalla del televisor encendido.

Pues bien, una mañana tuvo lugar una ridícula escena que me fastidió mucho. Jup se acercó a mí sin decir nada, como si fuera a buscar algo de beber a la cocina. Hacía mucho calor, estaba desnudo, solo llevaba puestos unos calzoncillos, su piel negra

brillaba de sudor. Yo estaba pasando la fregona por el suelo y él, en lugar de saltar por encima de la fregona, pasó por detrás y me agarró. Al principio, pensé que estaba bromeando, porque me tenía enlazada y trataba de besarme. Me pasó una mano por la camiseta para tocarme los pechos, y al ver que me ponía a gritar con todas mis fuerzas me soltó. Yo pensaba que había acabado, pero volvió a agarrarme y trató de arrastrarme hasta el dormitorio, hacia la cama. Jup no era demasiado alto, pero el alcohol había debido de multiplicar sus fuerzas, me levantaba y me llevaba hacia el dormitorio.

Yo seguía gritando y pegándole puñetazos. Entonces me golpeó, primero en la cabeza y después en la mejilla y en el cuello, al mismo tiempo que me gritaba «*Bitch*!» o «*Don't be bitchy*!». Cuando vio que así no conseguiría nada, o tal vez porque tuvo miedo de que los vecinos vinieran a llamar a la puerta para preguntar qué pasaba, me soltó. Tomó mi mano y me la puso sobre su sexo endurecido. Quería que le masturbara, decía que estaba enfermo. Creo que decía que si yo le dejaba en ese estado caería enfermo. Le grité «*Asshole!*» y que se fuera a tomar por culo, y después me fui.

Estuve caminando durante todo el día por las calles de Boston. Al final, el ciclón no llegó. Chocó contra el cabo Cod y después arremetió contra las casas de madera de la gente rica de Martha's Vineyard.

Por la tarde empezó a llover; me dirigí al otro lado del río, a las callejuelas inglesas de Cambridge. La gente había salido de sus casas; se veía a estudiantes y a parejas de enamorados en el césped, cobijados bajo sus paraguas de golf. La lluvia cálida hacía emerger el olor de la hierba, de la tierra.

Me sentía vacía, cansada. En un café que había junto a la parada del tranvía me encontré con Jean Vilan. Me dijo que había venido a seguir unos cursos en Harvard y que daba clases de francés en la Alianza Francesa de Chicago. Era un poco calvo y no demasiado alto, pero tenía unos ojos verdes muy bonitos, un poco turbios, y una sonrisa agradable.

Pasamos el resto del día hablando y caminando por las calles, yendo de café en café. Tenía una voz grave que yo oía muy bien y unas manos grandes y bonitas. Creo que yo nunca había hablado tanto con alguien, me parecía que hacía años que no hablaba así, como con el abuelo de Hakim. Nos cobijábamos bajo los árboles de los parques y, cuando la lluvia nos empapaba demasiado, nos sentábamos en un café. Al final, cuando se hizo de noche, fuimos a su habitación, que estaba en el último piso del hotel The Inn y tenía una ventana que daba a la Massachusetts Avenue.

En realidad no hablábamos, por mi oído enfermo y porque el otro lo tenía cansado. Era como si una especie de vacío me resonara en la cabeza, no quería pensar en lo que había pasado en casa de Sara. Decía cosas al azar mientras Jean me hablaba. Me contaba cosas de su infancia, de cuando vivía con sus hermanos en Bretaña y en París. De vez en cuando nos reíamos, como si todo aquello fuera un chiste.

Era demasiado tarde para volver. No hubiera regresado a casa de Sara por nada del mundo. Nos comimos las galletas saladas que había en el frigorífico y nos bebimos las botellitas de alcohol, de ginebra y de vodka.

No dormí en toda la noche. Cuando se hizo de día, vi a Jean tumbado en el sofá: parecía pálido y cansado y la barba formaba como una sombra en su rostro. Me decía a mí misma que, cuando saliéramos, la gente del hotel pensaría que yo era su amante, o tal vez una puta de paso.

Desayunamos té, huevos y fríjoles en la cafetería del hotel, en el patio interior. Jean tenía que tomar el avión de Chicago a mediodía.

Volví a casa de Sara.

No sé qué le contaría Jup, pero empezó a tratarme de una forma brutal. Pensé en decirle la verdad, pero ¿para qué? No me hubiera creído.

Las mujeres siempre se ponen de la parte de sus hombres, aunque se engañen, aunque las engañen.

Entonces compré un billete de Greyhound, metí mis cosas en una bolsa de playa, mi viejo transistor de siempre manchado de pintura y el libro de Frantz Fanon, recuerdo de Hakim, y partí para Chicago.

Ya no me daba miedo nada. Era capaz de afrontar el mundo. A los dos días de llegar, conseguí que me contrataran en un hotel de Canal Street regido por Mister Esteban, «El Señor», un cubano exiliado, para recoger y lavar los vasos del bar en las «horas de mayor ajetreo», la hora en que llegaban los pasajeros de los Greyhounds. Había una cantante negra que no se parecía en nada a Sara y que desfiguraba los blues acompañada de un pianista agotado. Alquilé una habitación en una casa de South Robinson, que tenía un letrero en una ventana del piso de abajo, como en el cine. Era una casa vieja y desvencijada de madera gris, con unos escalones en la puerta, un tejado de tablillas verdes y dos chimeneas muy altas de ladrillo.

Al poco tiempo, el pianista cayó enfermo y yo le sustituí. Había aprovechado muy bien las clases de Simone y de Sara. Tocaba de memoria, no necesitaba leer la música. Todo se había vuelto muy sencillo: me daban cincuenta dólares por noche; con cuatro veladas ya había pagado mi estudio. Antes de subir al estrado cenaba en el hotel, filetes y gambas, y podía aguantar hasta la noche del día siguiente con unos tazones de leche y de Shredded Wheat. Al dueño del hotel le gustaba mucho mi música. Venía a sentarse en el salón cuando yo tocaba, me escuchaba tomándose una gaseosa. Y cuando la cantante también se fue, me contrató a mí para que cantara y tocara el piano al mismo tiempo. Cantaba el mismo repertorio que Sara, es decir, canciones de Billie Holiday y de Nina Simone. A veces improvisaba, recuperaba la música que tocábamos en los pasillos de la estación de Réaumur–Sébastopol o en el tejado de la Rue Javelot. Solo el redoble del piano, el fragor de una tormenta a lo lejos, el ruido de los coches en las avenidas, y los gritos, las llamadas y las

voces de los cortadores de caña en los campos de Santo Domingo: «¡Auha! ¡Hua!».

El Señor no me decía prácticamente nada, pero por la forma que tenía de retreparse en su silla y de cerrar los ojos mientras daba una calada a su cigarrillo, veía que mi música le gustaba bastante. Yo no prestaba atención a la gente que bebía en el bar, creo que sobre todo cantaba para él. Trataba de imaginarme cómo había sido su vida antes de llegar allí. Tal vez hubiera sido coronel en el ejército cubano o bien juez de paz, antes de Castro. Me parecía que tenía bastante aspecto de juez de paz. Únicamente lo veía durante las veladas en el bar, con su vaso de gaseosa delante. Vivía solo en un anejo del hotel, al final de un camino de tierra. No se ocupaba de nada, ni siquiera de pagar a los empleados.

Sambo, su hombre para todo, era quien me pagaba después de cada velada.

Volví a ver a Jean Vilan. Vivía con una mujer que se llamaba Angelina en un elegante edificio de Pine Grove, cerca de Lakeshore. De vez en cuando pasaba la tarde con él, para olvidarme de todo. Íbamos a un hotel del centro que había en lo alto de una torre. Se estaba tan bien allí con él, era una auténtica suite de lujo. Desde la gran cristalera orientada al este yo veía la noche azul, el lago, las luces de los coches que serpenteaban en la autopista, era como planear a treinta mil pies.

Seguíamos hablando de vez en cuando, pero no como lo habíamos hecho en la habitación del hotel en Harvard. Hacíamos el amor, comíamos, y después me quedaba profundamente dormida, hasta la noche.

La mayoría de las veces, cuando me despertaba, Jean ya se había ido a dar sus clases. Trabajaba en una tesis de sociología sobre los emigrantes mexicanos del extrarradio sur de Chicago. Una o dos veces me llevó con él a los barrios de Roselle, Tinley, Naperville, Aurora, se colaba en las bodas, en los bautizos. Para él era como estar en otro planeta. A pesar de todos sus diplomas, no creo que comprendiera mejor que yo lo que veía.

En Robinson había una gente muy rara. Por la tarde, un poco antes de que se hiciera de noche, salían de sus casas con las ventanas tapiadas por planchas y vendían sus pequeñas dosis de coca y sus pastillas de hachís. Yo había aprendido a evitarlos. Pero justo enfrente de la ventana de mi habitación, al otro lado de la calle, vivía Alcidor. Era un gigante, grande como un oso negro y con cara de niño. Siempre iba vestido con un mono vaquero y una camiseta blanca y roja, incluso cuando soplaba el viento del norte. Vivía en una casita muy pobre con su madre, una mujercita negra que trabajaba en un café. Alcidor se había encariñado conmigo. Todos los días, cuando yo salía de compras, hacia las once de la mañana, me encontraba a Alcidor sentado en las escaleras de su casa, haciéndome grandes gestos. Pero no conseguía hablar bien, le faltaba alguna cosa en la cabeza. Cuando le decía algo meneaba la cabeza, parecía un perro grande, monstruoso e inofensivo. Los chavales del barrio se burlaban de él, le lanzaban huesos de fruta, pero él nunca se enfadaba. Podía quedarse sentado durante horas en el umbral de la puerta, comiendo galletas mientras esperaba a su madre. Los traficantes de droga le dejaban tranquilo. A veces, para divertirse, le hacían fumar un cigarrillo de hachís para ver qué efecto le producía. Alcidor se fumaba el cigarrillo y después se ponía a comer tranquilamente sus galletas. Tal vez se riera un poco más, pero solo eso. En verdad tenía una fuerza increíble.

Un día, una camioneta conducida por un borracho se subió a la acera y derrumbó la pared de un edificio que había un poco más allá. Una viga se quedó medio caída en la acera, en equilibrio sobre uno de los tirantes.

Alcidor se acercó, se agarró a la viga que colgaba y, solo con su peso, la levantó y la volvió a poner en su sitio. Parece ser que un organizador de combates había querido contratarle, pero Alcidor era demasiado dulce, demasiado amable, y en absoluto tenía ganas de pelearse. No tenía demasiada conversación. Lo más que decía era qué tiempo haría en invierno: «*Maybe rain, maybe snow, I don't know*».

Su madre le protegía. Un día que yo estaba sentada junto a él en las escaleras de su casa, empeñada en enseñarle a leer con un libro de historietas, llegó ella y, al verme, se enfadó: «¿Quién es esta negra? ¿Qué quiere usted de mi hijo?». No volví a intentarlo.

Y luego, una tarde, hubo esa historia terrible con la policía. El alcalde debió de dar instrucciones para que detuvieran a algunos traficantes de drogas, solo para conseguir que le hicieran una foto y hablaran de él en los periódicos, y, no sé por qué, habían elegido la calle Robinson —probablemente porque allí nunca pasaba nada—. De pronto, llegó un montón de coches de policía y bloquearon la calle. Los polis entraron al asalto en las casas, sobre todo en las del final de la calle, que tenían las ventanas cerradas con chapas. Debieron de detener a algunos niños, y de pronto vieron a Alcidor. El gigante acababa de despertarse de su siesta y había salido al umbral de la puerta con su mono vaquero de siempre y su camiseta roja y blanca, y cuando vio las luces intermitentes, le llamaron la atención y dio algunos pasos para ver qué pasaba. En lo alto de las escaleras de madera, se le veía todavía más grande y más gordo, parecía un auténtico oso que salía del bosque. Yo tenía el corazón en un puño, porque sabía que no se había dado cuenta del peligro, de que a los policías les daba miedo. Hubiera querido gritarle:

«¡Alcidor! ¡Vete, vuelve a tu casa!». Los altavoces de la policía vociferaban órdenes, pero Alcidor, claro está, no entendía nada. Continuaba caminando hacia ellos, con las manos metidas en los bolsillos y contoneándose con complacencia. Y luego tres polis se lanzaron sobre él y trataron de tirarle al suelo, pero él los rechazó de un empellón. Pensaba que era un juego. Miraba sus armas apuntadas hacia él sin comprender, y continuaba avanzando hacia el medio de la calle. Pero ya no llevaba las manos en los bolsillos. Cuando los polis vieron que no iba armado, se lo pasaron en grande con él, se le echaron encima y empezaron a apalearle la espalda, los brazos y la cabeza. Alcidor sangraba por la nariz y la cabeza, pero seguía de pie, giraba sobre sí mismo gruñendo y con los brazos extendidos, como si tratara de agarrarse a algo. Después los polis le

golpearon en las piernas y se cayó al suelo, donde continuaron pegándole con las porras, con tanta fuerza que me parecía oír los golpes.

Lo insultaban y le pegaban. Al final, Alcidor lloraba tumbado en el suelo, con los brazos encima de la cabeza para protegerse de los golpes. Daba gritos y gruñidos y pedía socorro a su madre.

La anciana llegó justo en el momento en que estaban metiéndole en un furgón. Era tan enorme que no conseguían hacerle entrar de pie, así que le habían empujado la cabeza hacia delante y le golpeaban las piernas para que las encogiera dentro del coche. Y la anciana negra corría detrás de ellos gritando, tratando de retenerlos. Después se fueron y ella regresó a su casa y cerró la puerta. Estaba convencida de que todos los que vivíamos en esa maldita calle habíamos sido los que habían llamado a la policía para que vinieran a buscar a su hijo. Y dos días después, cuando Alcidor volvió, algo había cambiado. Ya no se sentaba fuera para ver pasar a la gente. Se quedaba encerrado dentro de su casa. Tenía miedo.

Poco tiempo después vimos un letrero en la casa. La anciana se había llevado a Alcidor a otro barrió; no volví a saber nada de él.

Después de eso empecé a ir a la deriva. Me harté de tener que compartir a Jean con Angelina. Salí con Bela, un ecuatoriano que vivía en Joliet. Era alto, delgado, con los cabellos tan largos como los indios de las películas y un pequeño diamante incrustado en la oreja izquierda.

Soñaba con el *reggae*, con el raga, con hacerse famoso. Mientras tanto trapicheaba con chinas de hachís, anfetaminas y un poco de coca. Él también se colocaba, pero yo no lo sabía. Lo acompañaba a los bares, a los locales de blues, conocía a muchos músicos. Pasábamos toda la noche por ahí. En esos sitios había estrellas de baloncesto, jugadores retirados, *disc jockeys* sin Technics, egerias que iban de Janet Jackson cuando canta *Run away if you want to survive*, jamaicanos que iban de Ziggy Marley, haitianos que se

creían los Fugees. A mí los que más me gustaban eran los Roots: Razhel «The Godfather of Noise», Black Thought, Hub, Question Mark y Kamel. Y también Common Sense, KRS one y Coed. Había cambiado mi viejo transistor por un *walkman*, iba a todas partes con la música metida en mi único oído, como si el mundo estuviera mudo. Me vestía como ellos; caminaba, fumaba y hablaba como ellos, decía: «*You know what I'm saying*?». Nadie podía creerse que yo fuera del otro extremo del mundo. Una vez que les hablé de Marruecos entendieron Mónaco. No volví a hacerlo. Nadie sabía lo que significaba ser de África, y además no me habían concedido todavía el pedacito de plástico verde que daba todos los derechos. De vez en cuando veía a Jean, pero a él no le gustaba compartirme con alguien como Bela. Y como no tenía demasiada barbilla, todavía parecía más triste.

Gracias al Señor conseguí un número de la seguridad social y un permiso de conducir. Una noche, sin decirme nada, invitó a Mister Leroy a su bar para que me oyera cantar. Cuando acabé mi actuación, Mister Leroy me escribió en su tarjeta de visita una cita para el día siguiente. Fui completamente sola al estudio de grabación; no se lo conté a nadie, ni siquiera a Bela y a Jean. No comprendía muy bien para qué me quería Mister Leroy. Me puse un pantalón estrecho y un jersey negro muy grande de cuello alto, por si pertenecía a la clase de los abusones. El estudio estaba en el sótano de un edificio de Ohio, era una gran sala tapizada con un aislante negro y con un piano blanco en el centro. Era un poco terrorífico. Toqué como había aprendido a hacerlo con Simone en su casa de la calle Butteaux-Cailles, inclinada sobre el teclado para oír bien el sonido de las notas graves. Canté dos canciones de Nina Simone, I *put a spel on you* y *Black is the color of my true love's hair*. Y luego toqué mi canción, esa en la que vociferaba como los cortadores de caña, en la que gritaba como hacían los vencejos en el cielo encima del patio de Lalla Asma, en la que cantaba como los esclavos que enviaban a sus abuelos loas en las plantaciones, o de pie en el mar. La titulé *On the mol*; en recuerdo de la Rue Javelot y

de la escalera de incendios que conducía al techo del mundo. El corazón me latía demasiado fuerte. Para darme valor, pensé en la voz extraña y fresca de Djemaa que escuchaba antaño en el campamento Tabriket, con el transistor pegado al oído, cuando anunciaba a Cat Stevens en Radio Tánger, The Voice of America.

Ahora, después de todos esos años, sabía lo que quería oír, ese redoble ininterrumpido, sordo, grave, profundo, el ruido del mar sobre el zócalo de la tierra, el ruido de los ejes del tren sobre unos raíles infinitos, el continuo rugido de la tormenta en el horizonte. Como un suspiro o un rumor que provenían de lo desconocido, como el ruido de la sangre en mis arterias cuando me despertaba por las noches y me sentía sola.

Ahora, mientras tocaba, ya no tenía miedo a nada. Sabía quién era.

Ni siquiera me importaba el trocito de hueso que se me había roto en el oído izquierdo. Ni el saco negro, ni la calle blanca, ni el grito cascado del pájaro de mal agüero. Ni Zohra, ni Abel, ni la señora Delahaye, ni siquiera Jup, toda esa gente que acechaba por todas partes, cazaba, tendía sus redes. Canté durante mucho tiempo, casi sin retomar aliento; me dolían las yemas de los dedos. Sentía un gran vacío, como el que se siente en los pasillos del metro cuando todo el mundo se va. El señor Leroy no dijo nada. Me marché del estudio con el corazón encogido, tenía la sensación de haber fracasado para siempre. Fui a refugiarme al hotel, con Jean Vilan.

Dormí durante dos días y dos noches, casi sin despertarme. Había llegado al límite de mis fuerzas. Después de haber visto al gigante Alcidor tirado al suelo por los polis, golpeado y abandonado, llamando a su madre como un niño, no podía volver a la calle Robinson. Todavía me parecía oír el sonido de las sirenas de los coches de policía cuando habían acordonado la calle. Allí podía verse el cielo azul del otoño, los árboles rojos y todo lo demás, pero no era diferente de la calle Jean-Bouton, ni tampoco del patio de Lalla

Asma, ni de la calle blanca donde me habían secuestrado cuando era pequeña.

En noviembre, justo antes de que empezara a nevar, recibí al mismo tiempo una carta del Servicio de Inmigración con mi permiso de residencia y una cita con Mister Leroy para grabar *On the roof*. En el estudio de grabación se hallaban el productor, los ayudantes y los técnicos. Estuve tocando y cantando toda la mañana, la grabación avanzaba a pedacitos. Tenía que ir hacia atrás una y otra vez, volver a empezar. Después, cuando todo aquello acabó, firmé un contrato para un disco single y para todo lo que produjera durante cinco años. Nunca había tenido tanto dinero. No entendía bien lo que pasaba. Esa noche, Bela, yo, los músicos, Mister Leroy y los ayudantes de producción nos fuimos a cenar todos juntos a un restaurante de Grand que pertenecía a Magic Johnson. La cabeza me daba vueltas, me parecía que ya no tenía límites. Una periodista negra me hacía preguntas y yo le contestaba lo primero que se me ocurría, unas veces le decía que era francesa y otras africana. Cuando me preguntó por el título de mi próxima canción, le dije sin vacilar: *To Alcidor with love*. Me invadía una especie de ira reprimida, temblaba. Tenía la sensación de que la música de los tambores de Réaumur-Sébastopol estaba en todas partes, en el aire, en el humo de los bares, en el resplandor rojo que permanece sobre Chicago hasta que amanece.

Por la mañana, los dejé a todos. Caminé a lo largo del lago. Hacía mucho frío: solo llevaba mi chaquetón de cuero y mi boina negra metida hasta las orejas. Los álamos temblones estaban incendiados, el cielo tenía un color azul intenso. El sol salía sobre el lago. Vi unas bandadas de grullas que se dirigían hacia Nuevo México.

Esperé muy formal en los pasillos de la Alianza francesa. Jean Vilan tardó en reconocerme a causa de mi chaquetón negro y de mi boina. Se disculpó ante los estudiantes, les dijo que tenía que hacer algo importante, algo urgente. Caminamos por las grandes avenidas y luego desayunamos, como en Harvard. Fuimos hasta el terraplén

que rodea la planta depuradora, a la orilla del lago. Ya había gente en el césped, personas que salían a correr arrastrados por sus elegantes caniches y viejos en chándal practicando taichi. Hacía frío. Al pasar por delante de un edificio de Sheridan, alquilé un estudio: pagué al contado un mes de fianza y un mes de adelanto. Quería hacer como si Jean y yo estuviéramos casados, sin testigos, sin iglesia, sin papeles. Sin futuro.

Creo que fue en ese momento cuando me quedé embarazada.

16

No sé por qué demonios tuve que volver con Bela a su apartamento de La Plaza, en Joliet. Tal vez porque él mismo era un demonio. O tal vez lo fuera Jean Vilan, por todo lo que me había hecho esperar de él, por todo lo que él esperaba de mí. No creo que nadie se aburriera tanto como yo.

En Sheridan, me hallaba encerrada en una jaula de cristal y de hierro encima de la ciudad y del lago helado, en un lugar tan hermético que a veces me parecía haberme quedado sorda de los dos oídos. Me pasaba todo el día esperando. Esperando a que Jean acabara de dar sus clases, a que acabara con sus alumnos, con sus profesores, con sus artículos. Y después a que acabara con Angelina. Hacia las cuatro de la tarde llegaba a todo correr con unas flores, una botella de vino o unas naranjas, como si viniera a visitar a una enferma. Hacíamos el amor incluso encima de la moqueta, delante del ventanal vacío, donde ya empezaba a anochecer. Me quedaba dormida abrazada a él, como antaño, cuando me pegaba a la espalda de Lalla Asma. A medianoche se marchaba de puntillas. Un día le pedí que me enseñara una foto de su amiga. Se la veía sonriendo con cara de boba en un gran césped verde, delante de una piscina. Le pegaba mucho llamarse Angelina. Era alta, rubia, angélica, es decir, todo lo contrario a mí. Era rusa o lituana, ya no me acuerdo. Era médica.

Bela también era todo lo contrario a Jean. Era delgado como una liana, dulce y violento, con una especie de ira reprimida. Elegía con mucho cuidado su ropa, sus zapatos y sus camisas de seda negras.

Todas las mañanas sacaba brillo al diamante que llevaba incrustado en la oreja; decía que su hermana se lo había dejado en herencia, que se lo había dado antes de morir de una sobredosis en casa de sus padres, en Washington. Con él yo no sentía tanto el vacío, el aburrimiento de tener que esperar. De hecho, ya no esperaba nada. Vivíamos al día, escuchábamos música, íbamos a los bares y a las discotecas por la noche. A Mister Leroy no le gustaba Bela. Un día me llamó por teléfono, no sé cómo consiguió el número, y me dijo: «Ese tipo no es bueno para ti, es demasiado débil, te hará fracasar». Yo me enfurecí y decidí no volver nunca más al estudio.

Era antes de primavera, Bela tenía problemas de dinero, debía varios meses de alquiler. Teníamos pensado irnos a California en coche pero al final nunca nos decidíamos. Por la noche nos quedábamos hasta las cuatro o las cinco de la mañana en las discotecas, bebiendo y fumando, y cuando nos despertábamos, ya era demasiado tarde. Yo ni siquiera sabía en qué día de la semana vivía. A Bela le echaron del apartamento de La Plaza. Una tarde que volví a casa con leche, pasta y algo para cenar, me encontré con que habían cambiado la cerradura de la puerta. Bela llegó furioso, nunca le había visto así. Habían metido todas nuestras cosas en bolsas de basura y las habían dejado en la calle, bajo la lluvia. Bela daba patadas a la puerta y blasfemaba. El vigilante de los apartamentos vino con su porra eléctrica y su teléfono. Bela parecía dispuesto a pelearse con él, pero el vigilante le dio una descarga con su porra y luego llamó a los polis. Yo gritaba, agarraba a Bela y gritaba. Le arrastré por los cabellos hasta el aparcamiento. Era una situación ridícula, terrorífica. Metimos nuestras bolsas de basura en el coche y nos fuimos antes de que llegaran los polis. Para vengarse, Bela lanzó una botella de zumo de tomate contra la fachada aullando como un lobo. Nos refugiamos en casa de uno de sus amigos, en el barrio chino, y después decidimos partir hacia California. Cruzamos Estados Unidos casi sin pararnos, turnándonos para conducir y durmiendo en los aparcamientos.

En algún sitio, no sé si en Arkansas o en Oklahoma, hacía tanto frío y había tanta nieve que caí enferma. Temblaba, me dolía la cabeza, tenía náuseas. Bela me decía: «No es nada, se te pasará, es un resfriado». Pero no se me pasó. No era un resfriado, era una meningitis. Cuando llegamos a California, estaba moribunda. La espalda y la nuca se me habían quedado rígidas, un dolor punzante me latía en los oídos, y tenía la sensación de que se me iba a parar el corazón. Ya no podía hablar, ya no entendía lo que Bela me decía. Tenía los ojos abiertos día y noche, como si cayera a través del espacio. En San Bernardino perdí el niño, con mucha sangre, y a Bela le dio miedo que pudiera morirme en su coche.

Me dejó con mi bolsa en la puerta de un hospital. No sé lo que les contó, creo que les dijo que me había recogido en la carretera haciendo autoestop, o algo parecido, el caso es que no volví a verlo. Tal vez le detuviera la poli mientras trapicheaba con su coca y sus pastillas. Así fue como perdí uno de los pendientes de oro que Lalla Asma me había dado, pero estaba demasiado enferma para preocuparme por ello.

Cuando ingresé en el hospital de San Bernardino, estaba inconsciente, o casi. Me pasaba todo el tiempo hecha un ovillo, escondida debajo de las sábanas para huir de la luz. Debido a la fiebre y a la deshidratación tenía la lengua negra e hinchada y me sangraban los labios. Ni siquiera me daba cuenta de que estaba sorda. Me encontraba como dentro de un capullo, acurrucada en el fondo de una cueva, completamente metida en mi enfermedad. Mi vientre era mi alma, mi ser, lo tenía tan raspado, tan legrado y tan vaciado, que solo vivía para él. A veces me despertaban para hacerme orinar en la cuña y luego me hacían una punción lumbar. Cuando sentía la aguja hundirse en mi espalda, entre las vértebras, aullaba de dolor. Después me volvía a derrumbar en la cama.

Fue entonces cuando vi a Nada por primera vez. La llamé Nada para mis adentros, porque me puso su fresca mano sobre la frente y

fue como el rocío de la mañana. Vi su hermoso rostro terso y oscuro, sus ojos almendrados y negros, sus cabellos peinados en una trenza tan espesa como un brazo. Se había sentado junto a mi cama, yo miraba sus ojos, me hundía en su mirada. Me agarré a su mano, no quería que se fuera.

Después, por primera vez desde hacía mucho tiempo, me quedé dormida. Soñé que no estaba dormida, que me deslizaba hacia atrás en una ola. Todas las mañanas esperaba la llegada de Nada, su mano fresca, sus ojos. Era la única que me guiaba hacia la superficie, hacia la luz. Empezaba a salir de mi cueva. Solo ella podía volver a llevarme hasta el umbral, hasta el lugar donde se oía la música de los niños, los gritos de los pájaros e incluso los rugidos de los coches en las calles. Coleccionaba los somníferos para ella. Los envolvía en un pañuelo que escondía debajo de la almohada y, por la mañana, se los daba. Era lo único que tenía para ofrecerle.

Una mañana vino el jefe del servicio con sus estudiantes. Mientras él hablaba, los estudiantes tomaban notas en sus cuadernos. Me los quedé mirando fijamente hasta que bajaron los ojos. Se reían burlonamente, pero a mí me daba igual, porque antes o después llegaría Nada.

Venía antes de que se hiciera de noche, antes de volver a su barrio, a la Misión de San Juan. No se llamaba Nada: en su bata blanca llevaba una chapita con su nombre: CHÁVEZ. Era una india juanera. Me hablaba a través de gestos, expresaba con sus manos y su cara lo que quería decirme. Dibujaba letras con sus dedos. Y yo aprendí a responderle, aprendí a decir mujer, hombre, niño, animal, ver, hablar, saber, buscar. Sabía lo del niño. En el hospital habían tenido que atenderme por ese problema, aparte de por todo lo demás. No me preguntó nada. Me enseñó las fotos de algunos hombres en una revista, Hugh Grant, Sammy Davis, Keanu Reeves, Bill Cosby, y comprendí lo quería decirme. Nos reímos mucho. Creo que temía que me hubiera quedado embarazada por una violación. Entonces escribí el nombre de Jean Vilan en la revista y le dije que sí, que era un nombre de hombre.

Una mañana le dije por gestos que quería irme de allí. Nada reflexionó durante un instante y después me trajo mi ropa. Se echó hacia atrás y abrió la puerta de mi habitación. Fue curioso, porque hasta ese momento lo único que había visto de ella era su rostro con el óvalo muy marcado, parecido a una máscara de oro inca, sus cejas arqueadas, sus ojos como dos lágrimas de jade y su cabellera negra, lisa y brillante. Pero cuando la vi delante de la puerta abierta, me di cuenta de que era muy obesa. Debió de leer el asombro en mis ojos, porque sonrió e hizo como si dibujara con sus manos sus enormes caderas.

Me puse mis vaqueros negros, mi blusa escarlata y la boina, en la que llevaba prendido el único pendiente Hilal que me quedaba. Me coloqué las famosas gafas negras que él me había regalado antes de partir. Unas gafas en señal de luto, pero era yo la que me había perdido.

Quería dejarle algo de recuerdo a Nada, le regalé mi ejemplar de Frantz Fanon, totalmente sobado y acartonado, como un prospecto sin ilustraciones sacado de un cubo de basura. Pero era lo más valioso que tenía. Cuando besé a Nada Chávez, me dio algunos dólares, unos billetes atados con una goma, lo mismo que Huriya cuando estábamos a punto de irnos de Tabriket. Bajé por la escalera y pasé por delante de la sala de guardia, muy recta, con la vista al frente.

Llevaba tanto tiempo sin salir que la cabeza me daba vueltas y mis piernas se negaban a caminar; estuve a punto de regresar. Oía el sonido de mis pasos sobre la acera, el ruido de la sangre en mis venas y el rumor del viento en mis pulmones. Pero no oía nada más.

17

Camino durante días. Hasta el final de las calles, hasta el mar. Hasta el final del mundo, hasta la muerte. Me deslizo entre la gente, entre los coches, corro a menudo. Soy la más rápida. Nada puede detenerme.

Aprendí a correr hace mucho tiempo, cuando salí del patio de Lalla Asma. Aprendí a evitar las trampas, los peligros, a la policía de Zohra.

Acecho con el rabillo del ojo, me lanzo, guardo el equilibrio como una funámbula en la mediana de la calzada. Los camiones, los autobuses y los tráilers pasan casi rozándome. El viento me golpea el rostro, aspiro el polvo fino y negro que levantan sus diez neumáticos.

Camino en el sentido contrario al de los vehículos, es algo que sé por instinto. Si caminas en el mismo sentido que ellos, no los ves venir.

Tú eres la presa, la víctima. Los coches aminoran la velocidad, se arrastran a lo largo de la acera con sus capós brillantes y sus vidrios ahumados. Se abren las puertas y unos brazos tratan de agarrarte, de hacerte subir.

En cambio, si caminas en sentido contrario, la que estás loca eres tú y ellos son los que te tienen miedo, dentro de sus carrocerías, detrás de sus vidrios. Se echan a un lado, te dejan en paz. Seguramente dan bocinazos y aúllan como lobos. Pero en el atardecer tienes el sol de frente; el sol te quema el pecho y los cabellos, y no oyes nada.

Me acuerdo de Nada Chávez, mi princesa del fondac de San Bernardino. Tan hermosa con sus caderas anchas, su rostro de india, sus ojos, en los que yo podía leer como en las corrientes que se deslizan por la superficie del agua, y su mano fresca como el rocío de la mañana. Fue la única que no me hizo ninguna pregunta, que no me tendió ninguna trampa. Cuando llegaba por las mañanas, se sentaba en la silla de plástico, a la cabecera de mi cama, y extendía su mano para que yo depositara en ella el pañuelo de papel con las píldoras blancas y rojas que hacen dormir a los locos. Después apoyaba su mano en mi frente y me daba fuerzas. Y un día, cuando supo que yo ya estaba preparada, me abrió la puerta para que me fuera.

Para comer, para estar a la sombra, o al resguardo de las lloviznas matinales, voy a los grandes centros comerciales. Desde la estación de Greyhounds, en la Séptima Avenida, hasta Santa Mónica, se tarda una hora en autobús, o media hora a pie. Cuando llego allí, me encuentro a mis anchas. Desaparezco en medio de la muchedumbre, recorro los pasillos, cruzo las placitas, las terrazas, bajo por las escaleras mecánicas, me subo en los ascensores transparentes. Me paseo por todas partes, incluso por el sótano, por los aparcamientos. Estoy muy ocupada. No camino al azar. Me conozco cada recoveco, cada pasaje. Como antaño en el tejado de la Rue Javelot, pero esto es tan grande como una isla, tan grande como un continente.

Conozco los nombres, los rostros, los diseños de los escaparates.

Tengo fichados a los guardias. Y ellos me tienen fichada a mí. Creo que han debido de verme en las pantallas de sus televisores y se han avisado unos a otros: «Hay una chica extraña, una chica de color, con una camisa roja y una boina negra en la que lleva prendido algo parecido a una estrella o una luna. ¡No la perdáis de vista!». Unas sombras me siguen el rastro, como los lobos en los bosques de Canadá, como los tiburones en la bahía de Copacabana. Los llevo detrás de mí, sé exactamente dónde están y lo que hacen.

Puedo despistarles cuando quiera, pero me divierte saber que están ahí, que se pasan el relevo, que me siguen con los ojos.

Entonces hago como que me escondo, escojo despacio unas chaquetas de cachemira, dudo, toco las telas, miro las etiquetas, con la cabeza un poco ladeada, como una gallina al acecho. Después lo dejo todo y me voy rápidamente. Una vez me detuvieron. Una mujer brutal me metió en una cabina y me registró de arriba abajo. No sabía con quién se las gastaba. No sabía que yo tenía ojos detrás de la cabeza. Desde que me quedé sorda del segundo oído, puedo verlo todo a kilómetros, puedo percibir el movimiento de un guardia que se rasca la entrepierna en la otra punta del vestíbulo. No iba a robar solo para darle el gusto de atraparme.

Me limito a probarme la ropa. Es mi forma de ser otra, es decir, de ser yo. Faldas cortas de cuero negro o de rayón, vestidos blancos ajustados, pantalones a media pierna, vaqueros superholgados.

Chaquetones, camisas de seda, jerséis de T. Hilfiger, de Nautica, polos Gap, R. Loren, C. Klein, Lee, y camisas blancas de L. Ashley. Voy al departamento de hombres, me pruebo los trajes, los abrigos, los monos Oshkosh, los chubasqueros The Men's Store y Sears. Después me vuelvo a poner mis vaqueros negros, mi camisa escarlata y mi boina, y me voy.

Busco mi reflejo en los espejos. Me da miedo, me atrae. Soy yo y no soy yo. Giro sobre mí misma, miro los colores vivos, las telas brillantes. Mis ojos ya no son mis ojos. Parecen dibujos: largos, arqueados, en forma de hoja como los de Nada o en forma de llama como los de Simone. Ya tengo las arruguitas que sonríen en los rabillos de los ojos de la vieja Tagadirt. O las profundas ojeras de Huriya cuando su hijo estaba a punto de nacer bajo tierra.

Quiero hablar con mi cuerpo. Camino hacia el espejo, a lo largo del pasillo, como una princesa en su balcón. Camino, giro, me contoneo, y siento las miradas sobre mí, las lentes de las cámaras invisibles. Algunas veces, las dependientas se paran y me miran. O bien los niños y los adolescentes. En una ocasión se me acercó una chica con una agenda, quería que le firmara un autógrafo, como si

fuera una estrella de Hollywood. Escribí NADA Mafoba. Tenía catorce años, una bella cara de gatita, unos grandes ojos oscuros y almendrados, los cabellos recogidos en un moño y un vaquero demasiado grande para ella, desgastado por las rodillas. Le dije que me escribiera su nombre en una hoja de su agenda. Se llamaba Anna.

Para comer me compro bocadillos baratos. A veces voy a los restaurantes, a Wilshire, Halifax, La Cienega, y me esfumo antes del postre. Algunos hombres me invitan. Me siguen y yo los llevo hasta una cafetería. Se sientan a mi mesa, les dirijo una sonrisa y sé que no tendré que pagar nada. Cuando descubren que soy sorda, les entra miedo. O bien se ponen como una furia. Yo como y bebo y, antes de que se den cuenta, ya estoy fuera, cruzo corriendo y tomo las calles de sentido único. Una vez hubo uno que no lo aguantó. Estuvo dando vueltas y vueltas en su coche hasta que me encontró. Era un tipo guapo, alto y bien vestido, pero era un canalla. Corrió detrás de mí y me tiró de un puñetazo al suelo, con mis gafas negras y mi bolsa. Nadie me ayudó a levantarme. Debían de pensar: «¡Mira, una puta a la que acaban de pegar!».

Antes de que anochezca tomo el autobús para ir a la Séptima Avenida. Paso por delante del chófer sin pagar. A veces no me dicen nada, pero cuando se enfurecen, hago el gesto de que no oigo y les pago con mis *quarts*. El albergue es un gran edificio de ladrillos que está junto a Alameda. Siempre hay una cola de gente esperando, sobre todo de gente como yo, con la piel oscura y los cabellos negros. A las seis, reparten café y bocadillos. El dormitorio de las mujeres está en la parte de atrás, en medio de un cuadrado de hierba amarillenta adornado con unas yucas muy grandes. Desde mi cama, veo las hojas de las yucas contra el cielo de color malva. Las mujeres se lavan en grupo en una sala de duchas de cemento gris. Nadie mira a nadie, pero yo observo de reojo sus espaldas cansadas, sus pechos, su piel amarilla, gris, chocolate, sus vientres cosidos de cicatrices moradas, sus piernas con varices. Es como es, no pienso en nada, solo existo a través de mis ojos. Después me pongo debajo

del agua caliente que me escuece en la boca, donde aquel canalla me golpeó.

No duermo. O bien duermo con los ojos abiertos.

La música fue lo que me salvó.

Había visto un piano negro muy bonito en Beverley. Cada vez que pasaba por delante, no podía apartar los ojos de él. Esa tarde no había demasiada gente y un hombre diferente vigilaba el piano. Era muy joven, rubio, con gafas y sin demasiada barbilla, se parecía a Jean Vilan. Leía un libro sentado en su silla.

Me acerqué al piano; toqué la madera negra y el teclado de color marfil. Miré al vigilante: seguía leyendo sin prestarme atención. Pensé:

«¿Estará sordo él también?». Me senté al piano y empecé a tocar. Al principio rozaba las teclas con los dedos tratando de volver a encontrar los sonidos en mi cabeza; canturreaba, susurraba. Inclinaba la cabeza de lado para captar bien los sonidos, como hacía Simone cuando me enseñaba. Y luego, de pronto, me empezaron a venir. Mis dedos se deslizaban sobre el teclado, volvía a encontrar los acordes, las melodías, cambiaba los estribillos. Tocaba temas de Billie, de Jimi Hendrix, fragmentos que se interrumpían, que desaparecían. Tocaba todo lo que se me ocurría, sin orden, sin detenerme, improvisaba como en Chicago, como en la Butteaux-Cailles, volvía atrás, empezaba de nuevo, y los sonidos brotaban fuera de mí, de mi boca, de mis manos, de mi vientre.

No veía nada, estaba dentro de la caja del piano con la boca abierta, mi vientre que resonaba, mi garganta, incluso mis piernas, como si caminara al aire libre, al sol, como si corriera.

Ahora oía la música con todo mi cuerpo, me envolvía un escalofrío que se deslizaba sobre mi piel, que me hacía daño incluso en los nervios, en los huesos. Los sonidos inaudibles subían por mis dedos, se mezclaban con mi sangre, con mi respiración, con el sudor que me caía por el rostro y la espalda.

El joven se había acercado a mí. Estaba de pie, un poco apartado, y yo no podía verle la cara. Pero vi que en el vestíbulo, en

la entrada de la tienda, había mucha gente parada: niños sentados en el suelo, parejas enlazadas, viejos en chándal chupeteando sus botellas de soda. En un determinado momento vi a Anna, la chica que me había pedido que le firmara un autógrafo. Se había metido en la tienda y se había sentado en el escalón de la tarima, como cuando yo escuché a Sara por primera vez en el hotel Concorde, en Niza.

Yo tocaba para ella, para ellos, recuperaba mi música, el redoble sordo de los tambores de Réaumur-Sébastopol, de Tolbiac, de Austerlitz.

La voz de Simone cantando el viaje de regreso a la costa africana, y las sirenas de los polis y los golpes que le daban a Alcidor en la calle Robinson, en Chicago. Comprendía que ya no tocaba solo para mí, sino para todos los que me habían acompañado: para la gente que vivía en los sótanos de la Rue Javelot, para los emigrantes que iban conmigo en el barco y por la carretera del Valle de Arán, y también para los emigrantes de Suikha y del campamento Tabriket, que esperan en el estuario del río, que miran interminablemente la línea del horizonte como si fuera a cambiar algo en sus vidas. Tocaba para todos ellos y, de pronto, me acordé del niño que la fiebre se había llevado y toqué también para él, para que mi música le llegara al secreto lugar en el que se encontraba.

Me sentía invadida por la música, la oía pasar sobre la piel de mi rostro de la misma forma que un ciego puede oír la crepitación del sol y el sonido del mar. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Era la primera vez que lloraba desde hacía mucho tiempo, desde que Yamba El Hadj Mafoba se había quedado helado completamente solo en su cama, en Évry-Courcouronnes.

Hubiera podido seguir tocando así para siempre. Noté que las manos de los guardias me levantaban con mucho cuidado. Volví a extender los dedos hacia el teclado, pero de pronto ya no había nada, solo silencio. Muy poco a poco, como en una procesión, los guardias me llevaron a lo largo del vestíbulo, mientras, a los lados, la gente me aplaudía en silencio. Anna caminó durante un momento a

mi lado, no aplaudía, no hablaba, solo tendía su mano hacia mí, y su cara de gatita estaba muy triste; vi durante un instante sus ojos alargados y brillantes de lágrimas. Los guardias me metieron en un furgón blanco; dentro había un hombre mayor que se parecía al señor Ruchdi, el profesor de mi biblioteca. Me estrechó contra él, como si me conociera. Estaba tan cansada, que me abandoné, apoyé mi cabeza en su hombro y creo que me quedé dormida.

Ahora estoy por fin a la sombra, sentada dentro de una pequeña habitación para mí sola que, al estar orientada hacia el norte, se encuentra completamente protegida del sol. No hay ventana, solo un tragaluz enrejado en lo alto de la pared por el que solo se ve el cielo, azul en este momento. Junto a la cama hay una silla de plástico y una mesilla de noche. Dentro de ella hay un orinal y, en un cajón, la bolsa negra en la que tengo todas mis cosas, es decir, las gafas negras y la boina en la que prendí mi último pendiente Hilal.

El profesor viene a visitarme todas las mañanas. No sé si realmente es profesor, pero yo le he llamado así en recuerdo del amable señor Ruchdi de mi biblioteca junto al museo. Le divierten los malabarismos que hago con el inglés, el francés y el español. Él no habla solo me hace preguntas y escribe en grandes hojas de papel que arranca de su bloc.

Escribe nerviosamente, en letras mayúsculas, cosas como esta: «¿Cómo se encuentra de estado de ánimo?», «¿Cuál es su postre preferido?». Pero le gustaría saber de dónde soy, lo que me ha sucedido, si tengo familia y cómo se llamaba el hombre que me dejó embarazada.

Cuando me pregunta sobre mi familia, escribo nombres que él lee con atención, como si fueran un enigma: Nada, Sara, Anna, Magda, Malika. Cree que soy mexicana, o haitiana, o quizá guayanesa.

Hoy ha venido Chávez por primera vez. No sé cómo me ha encontrado. Tal vez tengan un mismo fichero para los dos hospitales, o a lo mejor ha leído en el periódico local un artículo con mi fotografía y este apetitoso titular:

¿LA CONOCE USTED?

No llevaba puesto su uniforme de enfermera; iba vestida con un pantalón muy grande y una blusa de flores de embarazada, me imagino que por solidaridad. Nos hemos dado un beso como si fuéramos viejas amigas, y luego ella se ha sentado en la silla y yo en la cama. Hemos hablado y reído, y después me ha hecho salir al jardín. Esto no es San Bernardino, sino Mount Zion, en Beverley. Hay palmeras y hojas por todas partes, una hierba muy verde —y dinero —. No está vallado ni hay guardias. Podría irme sin ningún problema. Tal vez por eso mismo me haya quedado.

Todas las mañanas, Chávez viene a verme con el Profesor. Ha debido de pedir un permiso para poder faltar al trabajo. O quizá su trabajo sea yo. Nos montamos en el coche del profesor y damos vueltas por las calles, sin rumbo fijo. Él me hace preguntas, siempre con su bloc de papel. Le gustaría saber quién soy, qué he hecho y dónde he aprendido a tocar el piano. Volvimos juntos al centro comercial, delante del piano, pero no me inspiró. El vigilante había cambiado, ya no era el joven que me gustaba tanto. El piano era inmenso y estaba completamente solo en medio de la tienda, como un artilugio infernal.

Entonces les llevé a una librería para comprar unas revistas de moda y me puse a hojear unos libros, al azar. De pronto, reconocí la fotografía del profesor en la sobrecubierta de un libro de filosofía. El libro se titulaba *Hypnos and Thanatos*, o algo parecido. Debajo del título, estaba escrito su nombre: Edward Klein. Yo estaba muy contenta de saber cómo se llamaba y él parecía un poco apurado, pero también contento.

Me sonrió ligeramente, como si dijera: «Sí, ese soy yo». Más tarde me regaló su libro con una dedicatoria: «*To my dearest unknown!*».

Cierta tarde, la puerta de mi habitación del hospital Zion se ha abierto y he reconocido a Mister Leroy.

Pero no me ha producido ningún asombro. He llegado a un punto en el que todo me resulta normal y al mismo tiempo absolutamente irracional.

Como todo tiene su explicación, diré que ha venido por Nada Chávez. Dentro de mis *Condenados de la tierra*, había olvidado una copia de mi contrato con Canal. Nada ha llamado por teléfono a Chicago y Mister Leroy ha tomado el primer avión. Me trae una invitación para el Festival de Jazz de Niza. Alli han visto de todo, incluso a una sorda tocando el piano. Con el mismo impulso sincero y torpe, Chávez ha pedido en información el número de teléfono de Jean Vilan, quien seguramente va a tener problemas con Angelina, porque llega mañana. Es posible que tenga que renunciar a la médica lituana. Dios es testigo de que yo no he pedido nada a nadie.

18

Volví a Niza con otro nombre y otro rostro.

Hacía mucho que esperaba ese momento, era mi revancha. Tal vez todo lo que he hecho ha sido para poder llegar a él. Simone, que de esto sabía algo, decía siempre que el azar no existe.

La organización del festival me alojó en el hotel de la orilla del mar donde la mujer de bronce seguía tratando de escapar de los muros que la aprisionaban. Siempre había un piano encima del estrado y alguien cantando temas de Billie Holiday. Yo también canté mi canción encima del estrado, por la noche. En el increíble bochorno, bajo un cielo plomizo, todos los días caminaba por las calles de Niza, como si pudiera reconocer algo. La gran playa de piedras parecía un hormiguero, las calles estaban atascadas de coches. Por todas partes se veía a la muchedumbre cansada, ociosa.

Por allí había caminado con Juanico. Fui en autobús a lo largo del torrente desecado, hasta los pilares de la autopista, y busqué la entrada del campo. Realmente yo no debía de ser la misma, porque nada más cruzar la puerta del campo, entre las alambradas, un hombre me cerró el paso con su camioneta. Tenía una mirada brutal, malvada. Cuando le pregunté por Ramon Ursu, se burló de mí. Gritó a los demás algo que no entendí, un nombre deformado: «¡Russu! ¡Russu!». En ese momento llegó otro hombre, alto, con bigote y muy elegante, a pesar de sus harapos. Me hizo un gesto diciéndome que allí no había nadie, que todo el mundo se había ido. Me volvió a acompañar hasta la entrada del campo.

Traté de llamar por teléfono a Jean para decirle que viniera enseguida. Para hablarle del niño que íbamos a tener en cuanto yo volviera. Pero a causa del desfase horario, solo pude hablar con el contestador. No sabía qué decir, dije que le volvería a llamar. Estaba mareada, me dolía mucho el costado. Me acordaba de Huriya cuando caminaba por la montaña con su hijo dentro de su vientre. ¿Por qué no tenía yo el mismo coraje cuando además ya no llevaba nada en mi vientre? De pronto la música me ahogaba. Solo deseaba silencio, sol y silencio.

Dejé un mensaje para la organización del festival diciendo que lo anulaba todo. Me fui del hotel por la tarde y tomé un tren nocturno para Cerbère, para Madrid, para Algeciras. Era verano, había turistas por todas partes. Los hoteles estaban completos. En Algeciras pasé dos días en un aparcamiento polvoriento, lleno de coches parados, de caravanas.

Dormí en el suelo, envuelta en una manta. Una familia marroquí compartió conmigo su agua, su Fanta y su pan. Los niños jugaban entre los coches parados, bailaban con la música de sus radiocasetes. De vez en cuando, unos guardias armados con fusiles ametralladores pasaban a lo lejos, al otro lado del recinto alambrado. El sol quemaba en el centro del cielo blanco. Pero las noches eran suaves y frescas. Hablábamos a través de gestos, contábamos las horas y los días, en un calendario. Al principio los niños se burlaban de mí porque era sorda, pero después se acostumbraron. Para ellos, no era más que un juego.

Al tercer día, nos embarcamos en el *ferry*. Yo no sabía muy bien por qué estaba allí. Seguía a la gente, sin entender. No iba en busca de ningún recuerdo ni a sentir el escalofrío de la nostalgia. Ni tampoco el regreso al país natal, porque, además, yo no tengo. Ni las dos orillas. Mi orilla, ahora, es la del gran lago azul bajo el viento frío de Canadá. Era más bien como un hilo que se tensaba hasta el centro de mi vientre y tiraba de mí hacia un lugar que no conocía.

Viajé en autocar hacia el sur. Había turistas alemanas en pantalón corto, francesas con sombreros y americanas en

chancletas. Hacíamos una parte del viaje juntas y luego ellas se iban en otra dirección. En Marrakech yo tomé un autobús para ir a la montaña y ellas se fueron hacia el mar, a Agadir, Essauira y Tan Tan Plage.

En Tizin Tichka, mientras el conductor del autobús se tomaba un té, le compré a un alemán una enorme amonita para Jean. Como no me cabía en la bolsa, el alemán me fabricó una mochila con una vieja bolsa de rafia. Era un hombre alto y fuerte, con la piel roja como los indios americanos, e iba vestido con un sayal. Me enseñó una tarjeta postal que su hermano le había enviado desde América, desde un pueblo del bosque, en el estado de Washington.

Así es como llegué a Fum-Zguid. Por el sur, la carretera va hacia Tata, por el norte, hacia Zagora. De frente, solo las pistas abiertas por los camiones y los senderos para las cabras y los camellos. Atravieso la extensión áspera, pelada, con sus pozos desecados y las chozas de barro y piedra que parecen nidos de avispas.

Ya he llegado. No puedo ir más lejos. Estoy como en el borde del mar, o en la orilla de un estuario infinito.

He dejado mi bolsa y la amonita en una habitación del pueblo.

Al guía que he contratado en el hotel he estado a punto de hacerle por primera vez la pregunta que guardo en mi boca desde hace tanto tiempo: «¿Sabe usted si aquí raptaron a una niña hace quince años?».

Pero no le he dicho nada. En cualquier caso sabía que no tenía respuesta.

Desde que he vuelto, mi oído ha mejorado mucho, ¿pero acaso es suficiente oír las voces y las palabras para comprender?

Las gentes de aquí, la gente que veo y la gente de las aldeas que no veo, pertenecen a esta tierra de la misma forma que yo nunca he pertenecido a ninguna. Hacen la guerra, algunos vienen a apoderarse de una tierra que no les pertenece, a cavar pozos en un lugar que no es suyo.

La gente de aquí, la gente de Asaka, Alugum, los Ouled Aissa, los Uled Hilal, lo único que pueden hacer es luchar. Hay heridos,

muertos.

Las mujeres lloran. Algunos niños desaparecen. ¿Qué podemos hacer si las cosas son así?

Es aquí, ahora estoy segura. En el cenit, la luz es igual de blanca, la calle está igual de desierta. La luz hace llorar los ojos. El ardiente viento arrastra el polvo a lo largo de los muros. Para protegerme del viento y la luz, me he comprado una gran almalafa azul, como las mujeres de aquí, y me he envuelto en ella, dejando tan solo una abertura para los ojos. En mi vientre ya me parece sentir los ligeros movimientos del niño que tendré, que vivirá. Si he venido aquí, hasta el otro extremo del mundo, ha sido también por él.

El guía se ha cansado de seguirme en mis idas y venidas a lo largo de la calle desierta. Está sentado en una piedra, a la sombra de una pared; fuma un cigarrillo inglés observándome de lejos. No es un Ouled Hilal, ni un Aissa, ni un Khriuiga invasor. Es demasiado alto, se ve perfectamente que es de la ciudad, de Zagora, o de Marrakech, tal vez incluso de Casa.

Al final de la calle, delante de la última casa, justo donde empieza el desierto, hay una anciana vestida de negro sentada en un taburete, delante de la puerta de su patio. Su rostro no está oculto bajo un velo, es negro y arrugado, como un trozo de cuero viejo y quemado. Me mira acercarme, sin bajar los ojos. Su mirada, cortante como una piedra, parece tan vieja y dura como la amonita de Jean. Es una auténtica Hilal, pertenece al pueblo de la media luna.

Me he sentado junto a ella. Es bajita y delgada, apenas me llega al hombro, como una niña. La calle está vacía, desollada por el sol del desierto. Mis labios están secos y agrietados; hace un momento, al pasarme el dorso de la mano por ellos, he visto que me sangraban. La anciana no me habla. No se ha movido cuando me he sentado. Solo me ha mirado: en su rostro de cuero negro sus ojos son brillantes y tersos, muy jóvenes.

No necesito ir más lejos. Ahora sé que por fin he llegado al final de mi viaje. Es aquí y solo aquí. La calle blanca como la sal, los

muros inmóviles, el grito del cuervo. Aquí es donde hace quince años, hace una eternidad, me raptó alguien del clan Khriuiga, un enemigo del clan de los Hilal, por un asunto de agua, de pozos, por venganza. Cuando tocas el mar, tocas la otra orilla. Aquí, posando mi mano en el polvo del desierto, toco la tierra en la que nací, toco la mano de mi madre.

Jean llega mañana, he recibido su telegrama en el hotel de Casa.

Ahora estoy libre, todo puede empezar. Como mi ilustre antepasado (¡otro más!) Bilal, el esclavo que el Profeta liberó y envió a recorrer el mundo, he salido finalmente de la edad de la familia para entrar en la del amor.

Antes de irme, he tocado la mano de la anciana, lisa y dura como una piedra del fondo del mar, una sola vez, ligeramente, para no olvidar al escritor de la ruptura, de la aventura poética y de la sensibilidad extasiada, investigador de una humanidad fuera y debajo de la civilización reinante.



JEAN-MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO (Niza, Francia, 13 de abril de 1940), normalmente abreviado como J. M. G. Le Clézio, es un escritor francés, autor de más de cuarenta obras y que fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 2008.

Le Clézio proviene de una familia bretona emigrada a Isla Mauricio en el siglo XVIII. Su padre es inglés y su madre bretona; vivieron en África donde él trabajó hasta jubilarse, y él volvió a Francia solo para tener a sus dos hijos. Así sucedió en 1940 con el futuro escritor, pero al iniciarse en ese momento la Segunda Guerra Mundial su padre, dada su nacionalidad, no pudo ver ya a su familia que quedó en Niza. En esta ciudad su madre (que se escondía de la Gestapo) y su abuela enseñaron a leer a Le Clézio. Cuando tenía 8 años, se trasladó un tiempo con su madre y hermano a Nigeria, donde su padre servía como cirujano en las Fuerzas Armadas Británicas; este viaje en la infancia fue definitivo, y la figura paterna le inspirarán la

novela *Onitsha* (1991) y *El africano* (2004), donde retoma su experiencia con su padre en un escrito muy personal.

Le Clézio inició sus estudios superiores en la Universidad de Bristol de 1958 a 1959, pero terminó su licenciatura en el Collège Universitaire Littéraire de la Universidad de Niza. Era un gran espectador de cine, como se reflejará en libros futuros, así *Ballaciner* de 2007. Después de graduarse como doctor en letras, se mudó a los Estados Unidos como profesor. En 1967, fue enviado a Tailandia para realizar el servicio militar, pero, expulsado por protestar contra la prostitución infantil, fue enviado a México para cumplirlo. Entre 1970 y 1974, vivió con los indios Embera-Wounaan de Panamá.

Escribió una tesis doctoral sobre Henri Michaux, por la que obtuvo un máster en la Universidad de Aix-en-Provence, en 1964; más tarde, en 1983, escribió otra tesis en la Universidad de Perpiñán sobre los comienzos de la historia del México colonial: *La conquista de Michoacán*.

Tras especializarse en literatura francesa, Le Clézio se hizo famoso a los 23 años con su primera novela, *Le Procès-verbal* (*El atestado*), de 1963 que fue seleccionada para el Premio Goncourt y que obtuvo el Premio Renaudot de ese año. En ella definía su literatura como existencialista, pero también próxima a las obras de sus coetáneos, también franceses, Georges Perec y Michel Butor, que estaban revolucionando la literatura. Desde entonces, ha publicado más de cincuenta libros, entre cuentos, novelas, ensayos, dos traducciones sobre la mitología hindú, un sinnúmero de prefacios y comentarios en diversas publicaciones.

En 1975 contrajo matrimonio con Jemia, saharaui del entonces Sahara español; con ella ha tenido dos hijas, y firmó *Gens des nuages* (*Gentes de las nubes*), relato de una visita al Sáhara Occidental. Desde 1990 ha alternado su lugar de residencia entre Albuquerque (Nuevo México, Estados Unidos), Mauricio —isla donde ha realizado una investigación amplia sobre sus orígenes familiares

(tiene también esta nacionalidad desde hace decenas de años)—, y Niza.

Le Clézio ha tenido otros reconocimientos, además del juvenil. Fue el primero en obtener el Premio Paul Morand en 1980, adjudicado por la Academia francesa, por su novela *Desierto*. En 1994 fue elegido por los lectores de la revista francesa *Lire* como el mejor escritor francés vivo. Y el 9 de octubre de 2008 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, por ser «El escritor de la ruptura, de la aventura poética y de la sensualidad extasiada, investigador de una humanidad fuera y debajo de la civilización reinante».

Empezó a escribir novelas de aventuras muy temprano, a los 7 años, y siguió haciéndolo durante años. Hasta 1963 no publicó nada, pues consideraba que esos escritos juveniles eran meramente preparatorios para su oficio futuro. Su carrera literaria puede dividirse en dos grandes períodos. En el primero de ellos, de 1963 a 1975, Le Clézio exploró la locura, el lenguaje reiterativo, la escritura torrencial y se dedicó a la experimentación, al igual que hicieron autores contemporáneos suyos, como Georges Perec y Michel Butor. La imagen pública de Le Clézio era la de un innovador rebelde, y recibió elogios de Michel Foucault y Gilles Deleuze.

A su primera novela, *El atestado*, siguieron otras dos en las que también realizó una descripción de los tiempos de crisis. Ellas son la colección de relatos *La Fièvre* (*La fiebre*) de 1965 y *El diluvio* de 1966, en las que pone de manifiesto los conflictos y el miedo predominantes en las principales ciudades del mundo occidental. En esta etapa también destacó como autor comprometido con la ecología, como demuestran sus obras *Terra amata* de 1967 y *Le Livre des fuites* (*El libro de las huidas*) de 1969.

El segundo periodo comenzó a finales de los años 70 en los que el estilo de Le Clézio viró drásticamente. Abandonó la experimentación; el estado de ánimo de sus novelas se convirtió en menos atormentado, abordó temas como la infancia, la adolescencia o los

viajes, con los que logró atraer a un número de lectores más amplio. En 1980 escribió el relato *Desierto*, que pone de manifiesto el contraste entre «la grandiosidad de las culturas perdidas del norte de África y la mirada de los inmigrantes indeseados en Europa», basándose en la familia de su mujer. *El buscador de oro* y *Viaje a Rodrigues*, de 1985-86 recrean su visión de la Isla Mauricio, como luego en *La cuarentena*, de 1995. En 2003, publicó *Révolutions*, que es su mayor síntesis autobiográfica, trasmutada en una novela.

Pero no hay que olvidar las obras que se centraron en la cultura amerindia, en la que profundiza a partir de la traducción de obras como *Les Prophéties du Chilam Balam* (*Las profecías del Chilam Balam*) y *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido*. La temática de sus obras cambió, fue centrándose en viajes y mundos desconocidos, por lo que obtuvo mayor éxito de ventas. Sin embargo, como el autor señala, él no viaja en realidad, sino que busca distintos lugares para implantarse; pues, una vez elegidos, quiere adaptarse en ellos, adquirir todas las costumbres del lugar elegido en cada etapa: «Son para mí como vidas sucesivas». De ahí la fuerza de su literatura.

Escribe *Urania*, con un trazado abiertamente utópico (tiene como modelo lejano la utopía de Tomás Moro). Decía Le Clézio en ese año, 2006, que le gustaría «remitirme a la idea de la novelista Flannery O'Connor, mujer tan pesimista como sensible: mediante una intuición fulgurante, percibe el mundo y la sociedad humana en toda su compleja violencia como cualquier niño en cuanto abre los ojos a la vida que le rodea». Con *Ballaciner*, de 2007, ha hecho una pequeña y original historia del cine basada en su experiencia. Su novela *La música del hambre*, aparecida en 2008, antes de ser premiado, recuerda la juventud de su madre sobre el fondo de la Francia ocupada.

Es un firme defensor de Mamá Rosa, directora de un refugio mexicano allanado por la policía en julio de 2014, cuando se encontraron niños, comiendo alimentos en mal estado y mantenidos

en contra de la voluntad de sus padres. Él escribió un artículo en *Le Monde* argumentando que está cerca de la santidad.

Notas

[1] En español en el original. *(N. de la E)*. **<<**

[2] En criollo en el original. *(N. de la T)*. **<<**